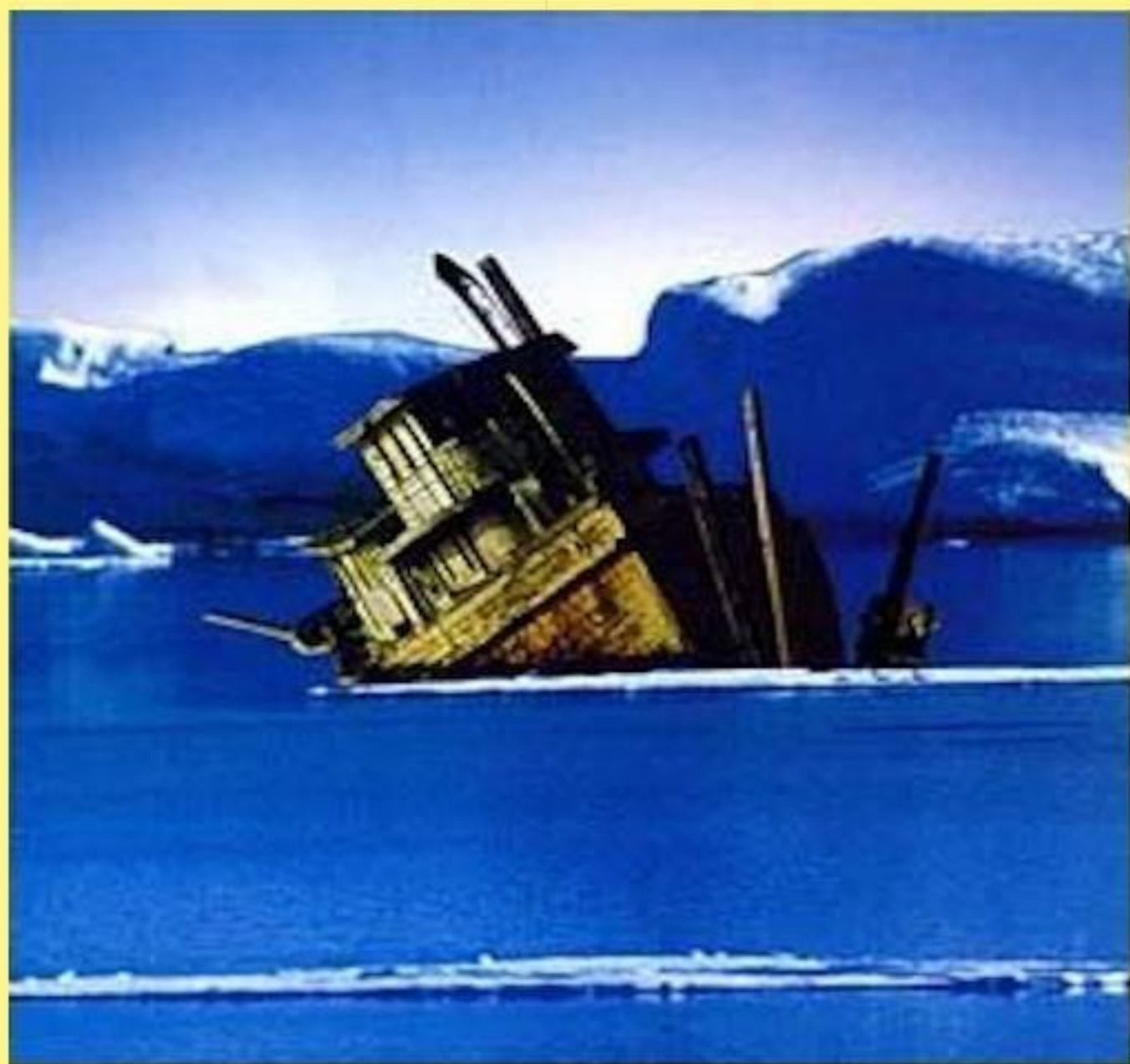


JEAN ECHENOZ

Me voy



Lectulandia

Félix Ferrer es un artista frustrado, reconvertido en galerista, inteligente y algo atormentado, seductor intranquilo y con una cuenta corriente que oscila entre el triunfalismo y la catástrofe. Pero cuando Ferrer dice que se va, habla en serio: emprende un viaje al polo Norte en busca de una vasija para convertirse en el rey de esa cacharrería «étnica» que se ha enseñoreado del mercado del arte. Comienza el vértigo de desventuras hasta que, en la última línea del libro, Ferrer declare, nuevamente: «Me voy». Parodia de un mundo de aeropuertos en el que nos movemos sin enterarnos de nada, de una Europa convertida en un pasillo sin puertas ni ventanas donde los ricos se apiñan para no ver el horror que los rodea, del arte convertido en mercancías, del amor carcomido por la intolerancia.

Lectulandia

Jean Echenoz

Me voy

ePub r1.0
Sibelius 24.01.14

Título original: *Je m'en vais*
Jean Echenoz, 1999
Premio Goncourt 1999
Traducción: Javier Albiñana
Ilustración de Ángel Jové
Editorial Anagrama S.A., 2000

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Me voy, dijo Ferrer, te dejo. Puedes quedártelo todo, pero me marchó. Y como los ojos de Suzanne, que se perdían hacia el suelo, se detenían sin motivo en un enchufe, Félix Ferrer dejó las llaves sobre la consola de la entrada. Luego se abrochó el abrigo y cerró con suavidad la puerta de la casita.

Afuera, sin echar una mirada al coche de Suzanne, cuyos cristales empañados callaban bajo las farolas, Ferrer echó a andar hacia la estación de metro Coentim-Celton, que quedaba a seiscientos metros. A eso de las nueve de la noche, un primer domingo de enero, los vagones estaban casi vacíos. Sólo viajaba una decena de hombres solitarios, como parecía serlo Ferrer desde hacía veinticinco minutos. En circunstancias normales, le hubiese gustado encontrarse una celda sin asientos frente a frente, como un pequeño compartimiento para él solo, lo cual constituía su disposición preferida en el metro. Aquella noche ni siquiera se le pasaba por la mente, distraído pero menos preocupado de lo que se imaginaba por la escena que acababa de tener con Suzanne, mujer de carácter difícil. Comoquiera que había imaginado una reacción más violenta, gritos mezclados con amenazas e insultos más serios, se sentía aliviado pero como contrariado por ese mismo alivio.

Había dejado junto a él el maletín, que contenía sobre todo objetos de aseo y ropa interior de recambio, y primero había mirado fijamente hacia delante descifrando de modo maquinal anuncios publicitarios de revestimiento de suelo, de contactos de parejas y de revistas de información inmobiliaria. Más tarde, entre Vaugirard y Volontaires, Ferrer abrió el maletín y extrajo el catálogo de unas subastas de obras de arte tradicional persa, que hojeó hasta la estación Madeleine, donde se apeó.

En los aledaños de la iglesia de la Madeleine, de unas guirnaldas eléctricas pendían estrellas apagadas sobre las calles todavía más vacías que el metro. Los escaparates engalanados de las tiendas de lujo recordaban a los ausentes transeúntes que se sobreviviría a los festejos de fin de año. Solo y embutido en su abrigo, Ferrer contorneó la iglesia hacia un número par de la rue de l'Arcade.

Para encontrar el código de acceso del edificio, sus manos se abrieron paso bajo la ropa: la izquierda hacia la agenda metida en un bolsillo interior, la derecha hacia las gafas sepultadas en un bolsillo a la altura del pecho. Una vez salvado el portal, despreciando el ascensor, atacó con firmeza una escalera de servicio. Llegó a la séptima planta menos jadeante de lo que imaginaba y se plantó ante una puerta cuyas jambas daban fe de por los menos dos intentos de robo. No figuraba nombre alguno en la puerta, sólo una foto prendida con unas chinchetas y con los cantos doblados, que representaba el cuerpo sin vida de Manuel Montoliu, ex matador de toros reciclado a peón después de que un animal llamado Cubatisto le abriera el corazón como un libro el 1 de mayo de 1992: Ferrer dio dos ligeros golpes sobre aquella foto.

Mientras esperaba, las uñas de su mano derecha se hundieron levemente en la cara interna de su antebrazo izquierdo, en el punto mismo donde se cruzan numerosos tendones y venas azules bajo la piel blanca. Luego, muy morena, pelo muy largo, no más de treinta años ni menos de un metro setenta y cinco, la mujer que le abrió la puerta y que atendía al nombre de Laurence le sonrió sin pronunciar una palabra y cerró la puerta tras ellos. Y a eso de las diez de la mañana siguiente Ferrer salió hacia su taller.

Seis meses después, también a eso de las diez, el mismo Félix Ferrer se apeó de un taxi ante la terminal B del aeropuerto Roissy-Charles-de-Gaulle, bajo un ingenuo sol de junio, velado hacia el noroeste. Como Ferrer llegaba con mucho adelanto, no había comenzado la facturación de los equipajes de su vuelo: durante tres cuartos de hora, el hombre tuvo que recorrer los vestíbulos empujando un carrito cargado con una cartera, una bolsa de viaje y su abrigo, demasiado caluroso ya para la época del año. Una vez se hubo tomado el segundo café y hubo comprado pañuelos de papel y aspirina efervescente, buscó un sitio tranquilo donde esperar a sus anchas.

El que le costara encontrarlo obedece a que un aeropuerto no es nada propiamente dicho. Es un mero lugar de paso, un cedazo, una frágil fachada en medio de una planicie, un belvedere circundado de pistas por el que brincan conejos con el aliento cargado de queroseno, una plataforma giratoria infestada de corrientes de aire que acarrearán gran variedad de corpúsculos de innumerables orígenes —granos de arena de todos los desiertos, partículas de oro y de mica de todos los ríos, polvos volcánicos o radiactivos, pólenes y virus, ceniza de puros y polvos de maquillaje—. Dar con un rincón apacible en un aeropuerto no es empresa fácil, pero Ferrer acabó descubriendo, en el subterráneo de la terminal, un centro espiritual ecuménico en cuyos sillones se podía tranquilamente no pensar en gran cosa. Allí mató un poco el tiempo. Luego facturó el equipaje y deambuló por la zona libre de impuestos, donde no adquirió ninguna botella de alcohol, ni tabaco, ni perfume, ni nada. No se marchaba de vacaciones. No era cosa de ir cargado.

Subió al avión poco antes de las trece horas. Era un DC-10 en el que una música envolvente, puesta muy baja para apaciguar a la clientela, le acompañó mientras se instalaba. Ferrer dobló el abrigo, lo introdujo junto con la cartera en el cajón de arriba, acomodándose en el exiguo metro cuadrado que le habían adjudicado junto a la ventanilla, y procedió a acondicionarlo: cinturón abrochado, periódicos y revistas dispuestos delante, gafas y somnífero al alcance de la mano. Por suerte, el asiento contiguo al suyo estaba libre; podría utilizarlo de anejo.

Luego siempre es lo mismo, uno espera pacientemente, escucha con oído evasivo las advertencias grabadas y observa con mirada ausente las explicaciones de seguridad. El aparato acaba poniéndose en movimiento, al principio imperceptiblemente, luego más rápido, y despega rumbo al noroeste atravesando nubes. Entre éstas, más adelante, inclinado sobre el cristal, Ferrer vislumbrará una extensión de mar, adornada con una isla, que no podrá identificar, y luego otra extensión de tierra cuyo corazón es ahora un lago cuyo nombre no conocerá. Ferrer da cabezadas, observa indolentemente en una pantalla avances de películas que le cuesta mirar hasta el final, distraído por las idas y venidas de las azafatas que tal vez

ya no son lo que eran, está totalmente solo.

Rodeado de doscientas personas apiñadas en una carlinga, se está en efecto más aislado que nunca. Esa soledad pasiva, piensa uno, sería quizás la ocasión para hacer un balance de la vida de uno, de meditar sobre el sentido de las cosas que la producen. Uno lo intenta un momento, se obliga a hacerlo un rato, pero no insiste mucho tiempo ante el deshilvanado monólogo interior que ello origina, de modo que se acurruca y se amodorra, le gustaría dormir, pide una copa a la azafata porque así dormirá mejor, luego le pide otra para tragarse el somnífero, y se duerme.

En Montreal, al bajar del DC-10, los empleados del aeropuerto parecían anormalmente desperdigados bajo un cielo más vasto que los demás cielos. El autocar Greyhound era también más largo que los demás autocares, pero la autopista tenía una anchura normal. En Quebec, Ferrer cogió un taxi marca Subaru en dirección al puerto, sector de los guardacostas, muelle 11. El taxi le dejó ante un letrero en el que se leía escrito con tiza: DESTINO: ÁRTICO y, dos horas después, el rompehielos NGCC *Des Groseilliers* zarpaba rumbo al Gran Norte.

Desde hacía cinco años, hasta la noche de enero en que abandonó la casa de Issy, todos los días de Félix Ferrer salvo el domingo habían transcurrido de la misma manera. Tras levantarse a las siete y media y pasarse primero diez minutos en el retrete acompañado de cualquier texto impreso, desde un tratado de estética hasta un humilde folleto, preparaba para Suzanne y para él un desayuno científicamente dosificado de vitaminas y sales minerales. Procedía acto seguido a realizar veinte minutos de gimnasia mientras escuchaba las noticias en la radio. Una vez hecho eso, despertaba a Suzanne y ventilaba la casa.

Después, Ferrer se metía en el cuarto de baño y se cepillaba los dientes hasta la hemorragia sin mirarse nunca en el espejo, dejando no obstante correr en balde diez litros de agua municipal fría. Se lavaba siempre siguiendo un mismo orden, invariablemente de izquierda a derecha y de abajo arriba. Se afeitaba siempre en el mismo orden, invariablemente la mejilla derecha, luego la izquierda, la barbilla, el labio inferior, el superior y el cuello. Y, comoquiera que Ferrer, sometido a esos órdenes inmutables, se preguntaba cada mañana cómo escapar al ritual cotidiano, esa misma pregunta había acabado integrándose en el ritual. Sin llegar a resolverla nunca, a las nueve salía hacia su taller.

Lo que llama el taller ya no es un taller. Lo era vagamente cuando Ferrer se denominaba a sí mismo artista y se creía escultor; ya no es más que la trastienda de su galería, que puede servirle de estudio desde que Ferrer se ha reciclado al comercio del arte ajeno. El taller se halla situado en la planta baja de un pequeño edificio del distrito IX, en una calle que no parece en absoluto idónea para montar una galería: arteria comercial y bulliciosa, más bien popular para el barrio en el que está ubicada. Enfrente mismo de la galería se gesta una gigantesca obra, que sólo se halla en sus inicios: por el momento están excavando profundamente el suelo. Ferrer se hace un café al llegar, se toma dos Efferalgán, abre el correo, del que tira la mayor parte, da un leve repaso a los papeles que corren por la mesa y aguarda hasta las diez, luchando valientemente por ahuyentar de su mente la idea de fumarse el primer pitillo. A continuación abre la galería y hace unas llamadas. Hacia las doce y diez, también por teléfono, busca a alguien con quien comer y siempre lo encuentra.

A partir de las tres y durante toda la tarde, Ferrer atendía la galería hasta las siete y media. A esa hora llamaba a Suzanne, invariablemente en los mismos términos, no me esperes para cenar si tienes hambre. Suzanne le esperaba siempre y, a las diez y media, Ferrer estaba en la cama con ella, bronca de pareja una noche sí otra no, y a las once fin de las hostilidades. Y durante cinco años, sí, de ese modo habían ido las cosas hasta que cambiaron bruscamente el 3 de enero pasado. Tampoco cambiarían todas las cosas, empero: no sin una leve decepción, Ferrer se vería obligado a admitir

que, en el angosto cuarto de baño de Laurence, seguiría lavándose de izquierda a derecha y de abajo arriba. Pero no viviría mucho tiempo en su casa, un día de esos regresaría a vivir al taller.

Con un perpetuo retraso de varios aspiradores, aquel taller venía a ser como una madriguera de soltero, un escondite de fugitivo acorralado, un piso abandonado mientras los herederos andan a la greña. Cinco muebles garantizaban un mínimo confort, más una pequeña caja fuerte cuya combinación había olvidado Ferrer hacía tiempo. La cocina, de un metro por tres, contenía un fogón cubierto de manchas, una nevera vacía con un par de verduras mustias y unos estantes con latas de conservas caducadas. Como la nevera se utilizaba muy poco, un iceberg natural invadía el congelador, y Ferrer, cuando el iceberg degeneraba en banquisa, lo descongelaba con ayuda del secador de pelo y un cuchillo del pan. La cal, el salitre y el yeso purulento habían colonizado la penumbra del aseo, pero un ropero albergaba seis trajes oscuros, una hilera de camisas blancas y una batería de corbatas. Y es que Ferrer, cuando atiende su galería, tiene por norma ir impecablemente vestido: atuendo estricto y casi austero de político o de director de agencia de banco.

En lo que hacía las veces de sala de estar, exceptuados dos carteles de exposiciones celebradas en Heidelberg y en Munich, nada recordaba las actividades artísticas pretéritas del galerista. Exceptuados también dos bloques de mármol fachosos y medio trabajados, que servían de mesa baja o de soporte de televisor y que conservarían siempre para sí mismos, en su fuero interno, las formas que supuestamente tenían que salir un día de sus entrañas. Podían haber sido un cráneo, una fuente, un desnudo, pero Ferrer se había cansado y los había dejado de lado.

Lo de ahora era un rompehielos de cien metros de eslora y veinte de manga: ocho motores de locomotora juntos que desarrollaban 13.600 caballos, velocidad máxima 16,20 nudos, calado 7,16 m. Habían acomodado a Ferrer en su camarote: mobiliario sujeto con pernos a las paredes, lavabo con grifo de pedal, pantalla de vídeo atornillada en la prolongación de la litera individual y Biblia en el cajón de la mesita de noche. Más un pequeño ventilador, paradójico dado que al fondo había un radiador que generaba una canícula de unos treinta grados, como en todos los equipamientos polares, ya sean barcos, cabinas de tractor o edificios. Ferrer repartió sus enseres en el ropero, dejando al alcance de la mano, junto a la litera, una obra dedicada a la escultura inuit.

Formaban la tripulación del *Des Groseilliers* cincuenta hombres y tres mujeres, a las que Ferrer localizó de inmediato: una joven maciza y colorada destinada a las amarras, otra que se mordía las uñas y se encargaba de la contabilidad y una enfermera con el físico ideal de una enfermera, discretamente maquillada, delicadamente bronceada, poco vestida bajo la bata, responsable asimismo de la biblioteca y de la videoteca y llamada Brigitte. Como Ferrer adquiriría pronto la costumbre de ir a pedirle libros y películas, tardaría pocos días en comprender que Brigitte, al caer la noche, se reunía con un radiotelegrafista de barbilla cuadrada, nariz fusiforme y poblados bigotes con las guías en punta. Pocas esperanzas cabía pues concebir a ese respecto, pero ya veríamos, ya veríamos, todavía era pronto.

Ferrer conoció a los mandos el primer día, en el puente. El comandante parecía un actor y el segundo de a bordo un animador, pero ahí quedaba la cosa: los demás oficiales, tanto los superiores como los subalternos, no recordaban nada especial. Una vez hechas las presentaciones, comoquiera que a todos se les ocurrían pocas cosas que decir, Ferrer se fue a deambular por el amplio y tibio cuerpo del rompehielos, progresivamente atraído por sus olores. A primera vista todo estaba limpio y no olía a nada, pero buscando un poco se atisbaban en medio del orden fantasmas olfativos de gasoil, de grasa quemada, de tabaco, de vómitos y de basuras comprimidas; luego, buscando un poco más, se percibía un fondo flotante y vago de humedad sucia o mohosa, de evacuación salobre, grito del corazón del sifón.

Unos altavoces zumbaban consignas, unos tipos se tronchaban de risa detrás de unas puertas entreabiertas. Paseando por las crujías, Ferrer se cruzó en silencio con distintos miembros de la tripulación, auxiliares y mecánicos poco habituados a la presencia de no profesionales y demasiado ocupados de todas formas: al margen de sus tareas en las maniobras, la mayoría de ellos se afanaban todo el día en amplios talleres de mecánica o de electricidad situados en los niveles inferiores del barco, atestados de artefactos enormes y de minúsculos y delicados instrumentos. Sólo logró

conversar un rato con un marinero joven y tímido, vulnerable y musculoso, que le señaló unas aves de paso. La perdiz nívea, por ejemplo, el eíder, con el que se hacen edredones, el fulmar, el petrel, y creo que eso fue más o menos todo.

Era más o menos todo, las comidas, ricas en grasas, eran siempre a las mismas horas y sólo se disponía de una breve media hora para tomarse una o dos cervezas. Pasado ese primer día de descubrimientos, el tiempo brumoso empezó a deshilacharse. Por el ojo de buey de su camarote, Ferrer vio desfilar Terranova a su derecha antes de que empezaran a recorrer las costas de Labrador hasta la bahía de Davis y el estrecho de Hudson, sin que en ningún momento se percibiera el rumor de los motores.

Bañando altos acantilados con una tonalidad entre ocre oscuro y violácea, el aire inmóvil era helado y, por lo tanto grávido, pesando con fuerza sobre un mar igualmente inmóvil, de un color gris-amarillento arenoso: ningún soplo de viento, ningún barco, pronto prácticamente ningún ave para animarlo con el menor gesto, ningún ruido. Las costas, desiertas, salpicadas de musgos y líquenes cual mejillas mal afeitadas, caían abruptamente cortadas a pico sobre el agua. A través de la niebla uniforme, se adivinaba, más que verse, el imperceptible deslizarse de los glaciares desde las cumbres. El silencio continuó siendo total hasta que llegaron a la banquisa.

Como era relativamente fina al principio, el rompehielos comenzó a abrirse camino frontalmente. Enseguida, la masa de hielo se hizo demasiado espesa para poder proceder así y el rompehielos se colocó encima para aplastarla con todo su peso. La banquisa explotaba, agrietándose en todos los sentidos hasta donde alcanzaba la vista. Ferrer bajó a la roda del barco y, separado por sesenta milímetros de metal, escuchó de cerca el ruido que ello producía: banda de película de castillo con fantasmas compuesta de rascados, silbidos y bufidos, efectos de bajo y chirridos diversos. En cambio, cuando subió al puente, no percibió ya más que un leve y continuo crujido, como una tela que se desgarrar sin ofrecer resistencia por encima de los submarinos nucleares inmóviles, silenciosos, tranquilamente posados en el fondo, cuya tripulación juega a las cartas aguardando en vano contraórdenes.

Seguían navegando, pasaban los días. No se cruzaron con nadie salvo, una vez, con otro rompehielos del mismo modelo. Se detuvieron una hora a su altura, conversaron tras intercambiar los mandos mapas y planos, pero eso fue todo. Son territorios adonde no va nadie, por más que los reivindiquen un buen número de países: Escandinavia porque de allí llegaron los primeros exploradores de la zona, Rusia porque no está muy lejos, Canadá porque está cerca y Estados Unidos por ser Estados Unidos. En dos o tres ocasiones divisaron pueblos abandonados en la costa de Labrador, contruidos originariamente por el gobierno central para beneficio de los indígenas, y perfectamente equipados, desde la central eléctrica hasta la iglesia. Pero, al no estar adaptados para las necesidades de los aborígenes, éstos los habían

destruido antes de abandonarlos para ir a suicidarse. Junto a las barracas despanzurradas, se veían aquí y allá osamentas de focas resacas, colgadas de cruces, recuerdos de reservas alimentarias protegidas así de los osos blancos.

Eran interesantes aquellos espacios vacíos y grandiosos pero, al cabo de unos días, un tanto latosos. Fue entonces cuando Ferrer se hizo asiduo de la biblioteca. Pidió prestados clásicos de la exploración polar —Greely, Nansen, Barentsz, Nordenskjöld— y vídeos de todo tipo *Río Bravo*, *El beso mortal*, por supuesto, pero también *Perversas cajeras* o *La becaria es voraz*. Pidió estas últimas obras una vez no tuvo dudas sobre el lío de Brigitte con el radiotelegrafista: perdidas ya las esperanzas con la enfermera, no temía ya desacreditarse ante ella. Escrúpulos inútiles: Brigitte, esgrimiendo una sonrisa inmutable, toda indulgencia maternal, anotaba con indiferencia en su registro el préstamo de *Los cuatro jinetes del apocalipsis* o de *Llénanos*. Sonrisa a tal punto relajante y permisiva que muy pronto Ferrer no dudó en inventarse todos los días afecciones fáciles de simular —cefaleas, agujetas— para ir a reclamar cuidados —compresas, masajes—. Al principio, la cosa funcionaba.

Lo que no funcionaba tan bien, seis meses atrás, era la galería. Y es que, en la época a la que me refiero, el mercado del arte no estaba muy boyante y, dicho sea de paso, el último electrocardiograma de Ferrer dejaba también bastante que desear. Había tenido ya varios avisos cardíacos y un ligero infarto, sin más consecuencias que obligarle a renunciar al tabaco, extremo sobre el cual el especialista Feldman se mostró inflexible. A partir de entonces, si su vida marcada por el Marlboro se asemejaba hasta el momento al ascenso de una cuerda con nudos, al verse privado de cigarrillos, vino a ser como trepar indefinidamente por una cuerda, pero lisa.

Durante los últimos años, Ferrer se había creado una pequeña reserva de artistas a quienes visitaba regularmente, a quienes aconsejaba eventualmente, y a quienes importunaba evidentemente. No eran escultores, dados los antecedentes de Ferrer, sino pintores, por supuesto, como Beucler, Spontini, Gourdel y sobre todo Martinov, que está en ascenso estos últimos tiempos y sólo trabaja con el amarillo, y también algunos artistas plásticos. Por ejemplo, Eliseo Schwartz, que, especializado en temperaturas extremas, imaginaba compresores de aire en circuito cerrado (¿Por qué no añades válvulas, sugería Ferrer, un par de válvulas?), también Charles Esterellas, que instalaba aquí y allá montículos de azúcar glas y de talco (¿No le falta a todo esto un poco de color?, aventuraba Ferrer), Marie-Nicole Guimard, que ampliaba picaduras de insectos (¿Y no lo ves mejor con orugas?, sugería Ferrer. ¿O serpientes?), y Rajputek Fracnatz, que trabajaba exclusivamente con el sueño (Andate con ojo con los barbitúricos, se inquietaba Ferrer). Pero, para empezar, ese tipo de obras no lo apreciaba ya mucho la gente, y al final esos artistas, Rajputek en particular, a quien Ferrer despertaba sobresaltado, acabaron dándole a entender que sus visitas eran inoportunas.

Todo aquello, en cualquier caso, no se vendía ya muy bien. Se habían acabado los tiempos en que se desgañitaban sin cesar los teléfonos, en que escupían continuamente los faxes, en que las galerías del mundo entero preguntaban por los artistas, solicitaban opiniones de artistas, biografías y fotos de artistas, catálogos y proyectos de exposición de artistas. Había habido unos años de fiebre bastante divertida en los que no suponía ningún problema ocuparse de todos aquellos artistas, buscarles becas en Berlín, fundaciones en Florida o puestos en escuelas de arte de Estrasburgo o de Nancy. Pero la moda de todo aquello parecía ya caducada y el filón agotado.

Habida cuenta de que no acababa de convencer a los coleccionistas de que compraran aquellas obras, y consciente por otra parte de que el arte étnico ganaba terreno, Ferrer modificó su campo de acción. Al tiempo que iba desechando a los artistas plásticos, continuaba, por supuesto, dedicando atención a sus pintores,

especialmente a Gourdel y a Martinov —éste en pleno auge, aquél en claro declive—, pero planeaba ahora dedicarse casi totalmente a estéticas más tradicionales. Arte bambara, arte bantú, arte indio de las llanuras y todo ese tipo de cosas. Para que le asesorara en sus inversiones, había contratado los servicios de un informador competente llamado Delahaye, que tres veces por semana atendía con él la galería.

No obstante las cualidades profesionales de Delahaye, su aspecto jugaba en su contra. Delahaye es un hombre que es todo curvas. Columna arqueada, semblante apático y bigote asimétricamente yermo que oculta sin regularidad todo el labio superior hasta el punto de que se le mete en la boca, deslizándosele incluso algunos pelos en las narices: es demasiado largo, da la impresión de ser falso, postizo. Los gestos de Delahaye son ondulantes, redondeados, sus andares y su pensamiento son también sinuosos, y hasta las patillas de sus gafas están torcidas, sus cristales no residen en el mismo piso; en una palabra, no hay nada en él rectilíneo. Póngase un poco más recto, Delahaye, le decía a veces Ferrer, irritado. El otro seguía igual, en fin, qué se le va a hacer.

Los primeros meses que siguieron a su marcha de la casa de Issy, Ferrer aprovechó bien el nuevo orden de su vida. Disponiendo de una servilleta, un tazón y medio ropero en casa de Laurence, al principio dormiría todas las noches en casa de ella, en la rue de l'Arcade. Luego, poco a poco, la cosa va degradándose: ya sólo es una noche de cada dos, luego de cada tres y, muy pronto, de cada cuatro; las demás noches Ferrer las pasa en la galería, primero solo, luego menos solo, hasta el día en que Laurence: Ahora mismo te largas, pírate, le dice, recoge tus cositas y fuera.

Vale, muy bien, dice Ferrer (además, en el fondo, me importa un pepino). Pero tras pasar una fría y solitaria noche en la trastienda de la galería, sale a primera hora y se mete en la agencia inmobiliaria más próxima. Ni un minuto más en esa cochambre de taller.

Le proponen ir a ver un piso muy diferente, en la rue d'Amsterdam. Típicamente haussmanniano, ya lo ve, dice el agente: molduras en el techo, parqué en espiga, doble living y doble entrada, dobles puertas acristaladas, espejos altos sobre chimeneas de mármol, pasillos amplios, habitación para el servicio y tres meses de fianza. Bien, conforme, dice Ferrer (me lo quedo).

Se instala. Le lleva una semana comprar unos muebles y mandar revisar la fontanería. Una noche, cuando se siente ya por fin en su casa, arrellanado en uno de sus sillones en rodaje, una copa en la mano, un ojo puesto en la televisión, llaman de pronto a la puerta y es Delahaye, así sin avisar. Paso un momentito, dice Delahaye, sólo quería hablarle de una cosa, ¿no molesto? La estatura y corpulencia de Delahaye, reducidas, le impiden en principio ocultar algo o a alguien tras él; con todo, esta vez parece haber una presencia a su espalda, en la penumbra del rellano. Ferrer se pone ligeramente de puntillas. Sí, dice Delahaye, volviéndose, discúlpeme. Estoy con una

amiga, es un poco introvertida. ¿Podemos pasar?

Existen, cualquiera puede observarlo, personas de físico botánico. Las hay que traen a la mente follajes, árboles o flores: girasol, junco, baobab. Delahaye, que va siempre mal vestido, recuerda esos vegetales anónimos y grisáceos que crecen en las ciudades, entre los adoquines sueltos de un patio de almacén abandonado, en el hueco de una grieta que se insinúa en una fachada en ruinas. Insignificantes, átonos, discretos pero tenaces, tienen, saben que no tienen más que un pequeño papel en la vida, pero saben desempeñarlo.

Así como la anatomía de Delahaye, su comportamiento, su confusa elocución evocan, pues, una pertinaz mala hierba, la amiga que le acompaña pertenece a otro estilo vegetal. Llamada Victoire y hermosa planta silenciosa a primera vista, parece más silvestre que ornamental o decorativa, datura más que mimosa, más espinosa que rutilante, en una palabra, de apariencia no muy cómoda. Comoquiera que sea, Ferrer sabe de inmediato que no va a perderla de vista: claro, dice, pasen ustedes. Acto seguido, prestando escasa atención al embarullado relato de Delahaye, va a hacer todo lo posible, como quien no quiere la cosa, para hacerse el interesante a sus ojos y cruzar con ella el máximo posible de miradas. Esfuerzo inútil a primera vista, dista mucho de haber ganado la partida, pero nunca se sabe. Sin embargo, bien explicado, lo que relata Delahaye esa noche podría no carecer de interés.

El 11 de septiembre de 1957, cuenta Delahaye, en el extremo norte de Canadá, un pequeño barco de transporte llamado *Nechilik* quedó aprisionado en la costa del distrito de Mackenzie, en un punto que no ha quedado fijado hasta ahora. Mientras navegaba entre Cambridge Bay y Tuktoyaktuk, el *Nechilik* quedó bloqueado en la banquisa con un cargamento de pieles de zorro, de oso y de foca, junto una carga de antigüedades consideradas de inestimable valor. El barco naufragó tras chocar con un arrecife, y quedó enseguida apresado por el hielo. Los hombres de la tripulación, que huyeron a pie de la embarcación atrapada, con lo que a más de uno se le congeló algún miembro, pasaron mil penalidades para regresar a la base más cercana, donde algunos hubieron de sufrir amputaciones. Durante las semanas siguientes, pese a que el flete poseía un altísimo valor comercial, el aislamiento de la región hizo que la compañía de la bahía de Hudson desistiera de recuperar el barco.

Delahaye refirió aquellos hechos, de los que acababan de informarle. Incluso le habían dado a entender que, buscando bien, no sería difícil agenciarse información más detallada con respecto a la ubicación exacta del *Nechilik*. Todo aquello, desde luego, era aleatorio, pero, de precisarse los detalles, la operación podía presentar un interés superior. Como es sabido, el descubrimiento de un objeto artístico indígena o de una antigüedad conlleva cuatro o cinco etapas: en primer lugar, suele descubrirlo un pobre diablo aborigen; luego un capitoste local supervisa ese tipo de tráfico en el sector; a continuación, pasa a manos de un intermediario especializado en esa rama

concreta; los últimos eslabones, en fin, los forman primero el galerista y luego el coleccionista. Ni que decir tiene que todo ese mundillo va enriqueciéndose progresivamente, y el valor del objeto va por lo menos decuplicándose en cada etapa. Pues bien, en el caso del *Nechilik*, suponiendo que la operación resultara factible, se evitarían todos aquellos intermediarios actuando directamente sobre el terreno: de ese modo se ganaría mucho tiempo y dinero.

Pero aquella noche, a decir verdad, Ferrer prestó escasa atención a aquel relato, pues estaba demasiado pendiente de la tal Victoire. Poco se imaginaba que una semana después ésta se instalaría en su casa. De habérselo dicho alguien, se hubiera quedado encantado, aunque no sin experimentar cierta inquietud, probablemente. Pero, si le hubieran dicho también que, de las tres personas reunidas en su casa, cada una iba a desaparecer a su manera antes de finalizar el mes, su inquietud hubiera alcanzado un punto máximo.

El día en que cruzaran el círculo polar se celebraría, como es habitual, el paso de dicha línea. Ferrer fue informado de manera alusiva, con tono guasón y vagamente intimidador, teñido de fatalidad iniciática. Con todo, ignoró la amenaza, suponiendo que ese ritual se reservaba para el ecuador, o para los trópicos. Pero no fue así: también esas cosas se celebran en el frío.

Aquella mañana, así pues, tres marineros disfrazados de súcubos irrumpieron vociferando en su camarote y le vendaron los ojos, arrastrándole luego a paso de carga por un entramado de crujías hasta el gimnasio, tapizado de negro para tal ocasión. Le quitaron la venda. En una tarima central se sentaba un majestuoso Neptuno en presencia del capitán y de algunos oficiales subalternos. Corona, túnica y tridente, calzado con aletas de submarinista, Neptuno, interpretado por el jefe de personal subalterno, tenía a su lado a la que se comía las uñas, que hacía de Anfitrite. El dios de las aguas, girando los ojos, ordenó a Ferrer que se prosternase, que repitiera con él distintas memeces, que midiera el gimnasio con una regla de dos decímetros, que sacara con los dientes un manajo de llaves del fondo de un barreño de ketchup y otras inocentes novatadas. Mientras Ferrer obedecía, le dio la impresión de que Neptuno insultaba discretamente a Anfitrite. Al final, el capitán soltó un pequeño discurso y entregó a Ferrer un diploma acreditativo.

Luego, cruzado el círculo ártico, empezaron a ver algunos icebergs. Pero sólo de lejos: los barcos prefieren evitar los icebergs. Tan pronto diseminados a la deriva como agrupados, inmóviles, cual armada fondeada, algunos presentaban un aspecto liso y reluciente, inmaculado bloque de hielo, otros estaban sucios, renegridos, amarillentos por las morrenas. Sus contornos dibujaban perfiles animales o geométricos, su tamaño oscilaba entre el de la place Vendôme y el Champ-de-Mars. Con todo, parecían más discretos, más desgastados que sus homólogos antárticos, que se desplazan pensativamente en grandes bloques tabulares. Eran asimismo más angulosos, asimétricos y alambicados, como si se hubieran dado la vuelta varias veces durante un mal sueño.

Por las noches, Ferrer, que también dormía mal, se levantaba y subía al puente para matar el tiempo con los hombres que estaban de guardia. El puente, amplio y vacío, como un vestíbulo al amanecer, estaba acristalado en todo su contorno. Bajo el soñoliento control de un oficial, dos timoneles se relevaban cada cuatro horas ante las consolas, sondas y radares, sin despegar el ojo del visual de la alidada. Ferrer se acomodaba en un rincón, sentado en la espesa moqueta. Contemplaba el paisaje iluminado por potentes faros, aunque en el fondo no había nada que ver, sólo una extensión indefinidamente blanca en la oscuridad, tan poca cosa que a veces se hacía pesado. Por hacer algo, consultaba las mesas de mapas, el GPS y los faxes

meteorológicos. Rápidamente iniciado por los hombres de guardia, a veces pasaba el rato recorriendo frecuencias de emisoras: todo ello le tenía ocupado un buen cuarto de hora, y eso que llevaba ganado.

En el fondo, sólo se produjo un acontecimiento, cuando por razones técnicas se detuvieron en medio de la banquisa. Como habían arrojado una escala, en cuyas barras el hielo formaba miniaturas de perfiles montañosos, Ferrer bajó a dar una vuelta. Silencio inmutable, no más ruido que el de sus pasos ahogados por la nieve y el respirar del viento, un par de veces el grito de un cormorán. Alejándose un poco, no obstante las consignas, Ferrer divisó una familia de morsas amodorradas, sentadas unas contra otras en un bloque de hielo flotante. Atendidos por sus compañeras, había viejos machos monógamos, calvos y bigotudos, llenos de cicatrices producto de los combates. Abriendo un ojo de cuando en cuando, una hembra se abanicaba con la punta de las aletas y volvía a dormirse. Ferrer regresó a bordo.

Luego prosiguió el curso de las cosas, interminable. Con todo, había una manera de combatir el tedio: cortar el tiempo como un salchichón. Dividirlo en días (D menos 7, D menos 6, D menos 5 antes de llegar), pero también en horas (tengo un poquillo de hambre: H menos dos antes de comer), en minutos (me he tomado el café: normalmente M menos 7 u 8 antes de ir al baño) e incluso segundos (daré la vuelta al puente: S menos 30 más o menos; entre que me decido a dar esa vuelta y luego me lo pienso, pasa un minuto). En resumidas cuentas, basta, como en la cárcel, cuantificar el tiempo de todo lo que uno hace —comidas, vídeo, crucigramas o tira cómica— para matar el tedio de raíz. Aunque también se puede no hacer nada en absoluto, pasarse una mañana leyendo con el niqui y los calzoncillos de la víspera, dejando para más adelante el momento de asearse y vestirse. Como la banquisa proyecta por el ojo de buey una blancura cegadora y brutal que invade todo el camarote, sin dar la menor sombra por un efecto escialítico, tapa uno la abertura con una toalla, y espera.

Aun así, algunas insignificantes distracciones sí las hay: la inspección regular de los camarotes efectuada por el mecánico jefe y el responsable de seguridad, el rato de entrenamiento para los ejercicios de evacuación y la colocación cronometrada del equipo de supervivencia autoflotante con termostato. También se puede visitar, lo más a menudo posible, a la enfermera Brigitte, aventurarse a echarle un poco los tejos cuando el radiotelegrafista está en su puesto, se la puede felicitar por su competencia, su atractivo aspecto o su bronceado paradójico en semejantes climas. Así se entera uno de que, a fin de evitar la depresión o cosas peores, una convención colectiva ha previsto que en las regiones privadas de sol el personal femenino pueda disfrutar de sesiones de rayos ultravioletas cuatro horas por semana.

El resto del tiempo es domingo, un perpetuo domingo cuyo afelpado silencio marca una distancia entre los sonidos, las cosas, los instantes mismos: la blancura

contrae el espacio y el frío hace más lento el tiempo. El cuerpo se embota en la tibieza amniótica del rompehielos; sumido en ese anquilosamiento, uno no piensa ya en moverse; desde el paso por el círculo polar, Ferrer no vuelve a poner los pies en el gimnasio, de hecho se concentra fundamentalmente en la hora de las comidas.

Pupila hecha un puntito en un iris verde eléctrico como el dial de los antiguos aparatos de radio, sonrisa fría pero sonrisa a la postre, Victoire se instaló pues en el piso de la rue d'Amsterdam.

Llegó sin traer muchos bártulos, sólo una maleta pequeña y una bolsa que depositó en la entrada, como si fuera a dejarlas una hora en la consigna de una estación. Y en el cuarto de baño, amén del cepillo de dientes, un minúsculo neceser que contenía tres accesorios plegables y tres muestras de productos de belleza.

Se quedaba en casa y se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en un sillón, ante la televisión sin volumen. Por lo demás, hablaba poco, en cualquier caso lo menos posible de sí misma, contestando a las preguntas con otra pregunta. Parecía estar siempre a la defensiva, aun cuando no lo justificase ninguna amenaza exterior, si bien ese aire receloso podía suscitar precisamente ideas agresivas. Cuando Ferrer recibía visitas, parecía siempre una invitada más, y él esperaba verla marcharse a eso de medianoche como los demás, pero se quedaba, se quedaba.

Una de las consecuencias de la presencia de Victoire en casa de Ferrer era que Delahaye se dejaba caer por allí cada vez con más frecuencia, siempre tan desaliñado. Una noche en que se presentó por la casa de la rue d'Amsterdam vestido más estrafalariamente que de costumbre —deforme parka cuyos faldones se bamboleaban sobre un pantalón de chándal verde—, Ferrer juzgó preciso intervenir en el momento en que el otro se disponía a marcharse. Reteniéndolo un momento en el rellano, no se lo tome usted a mal, Delahaye, le expuso que sería preferible que fuera mejor vestido cuando atendía la galería, que un marchante debía cuidar su aspecto físico, Delahaye le miraba sin entender.

Póngase en el lugar del coleccionista, insistió Ferrer en voz baja, apretando el interruptor del minutero. El coleccionista va allí a comprarle un cuadro, y duda. Ya sabe usted lo que significa para él comprar un cuadro, tiene miedo de perder su dinero, miedo de no estar en la onda, miedo de perderse un Van Gogh, miedo de lo que dirá su mujer, todas esas cosas. Tanto miedo tiene que no ve ya el cuadro, ¿comprende? Sólo le ve a usted, al marchante, a usted con su ropa de marchante. Por lo tanto, le va a atribuir al cuadro el aspecto que tiene usted. Si va hecho una cochambre, verá esa cochambre en el cuadro. Mientras que si va impecablemente vestido, ocurrirá lo contrario y por lo tanto será bueno para el cuadro, o sea para todo el mundo, especialmente para nosotros, ¿entiende?

Sí, contestó Delahaye, creo que le entiendo. Bueno, dijo Ferrer, pues hasta mañana. ¿Crees que se ha enterado?, preguntó luego sin esperar respuesta, pero Victoire se había ido ya a la cama. Apagando una tras otra las luces, Ferrer se metió en la habitación oscura y, la tarde siguiente, apareció en la galería con un traje de

tweed color castaño, camisa azul claro a rayas azul marino y corbata de punto en tonos oscuros y dorados. Delahaye, que había llegado antes, iba mal afeitado y llevaba el mismo atuendo, todavía más arrugado que la víspera, cualquiera diría que duerme vestido, fíjate tú qué camisa.

Creo que lo del *Nechilik* marcha, anunció Delahaye. ¿Lo de qué?, preguntó Ferrer. El barco ese, dice Delahaye, ya sabe, el barco de las antigüedades. Creo que he encontrado informadores. Ah, sí, dice Ferrer, evasivamente, distraído por la campanilla de la puerta de entrada. Ojo, susurra, entra alguien. Réparaz.

Ambos conocen a Réparaz, es un cliente asiduo. Gana un montón de dinero con los negocios, que le aburren un montón, y es que no todos los días resulta excitante poseer el monopolio mundial del Smartex. Los únicos momentos en que se distrae un poco son cuando va a comprar obras de arte. Y también le encanta que le aconsejen, que le indiquen las tendencias, que le lleven a conocer artistas. Un domingo Ferrer lo llevó a visitar el taller de un grabador por la zona de la Porte de Montreuil, y Réparaz, que sólo sale del distrito VII para cruzar el Atlántico en su jet privado, se entusiasmó mientras cruzaban el distrito XI. Ah, qué arquitectura, qué gente tan exótica, increíble, qué a gusto le acompañaría a usted todos los domingos. Portentoso. Vaya, que Réparaz no había perdido el día. Sin embargo, pertenece al tipo de cliente dubitativo. Por el momento, daba vueltas en torno a un gran acrílico amarillo bastante caro de Martinov, acercándose, alejándose, volviéndose a acercar, etcétera. Espere, dijo Ferrer en voz baja a Delahaye, ahora verá. Voy a hacerle el número de las objeciones. Eso les encanta.

Qué, dijo acercándose al Martinov, ¿le gusta? Tiene algo, dijo Réparaz, lo cierto es que tiene algo. Lo encuentro, verá, ¿cómo le diría? Sí, ya lo sé, dijo Ferrer. Pero, vamos, muy bueno no es que sea, francamente, dista de ser el mejor de la serie (porque es una serie, como sabe), y en cualquier caso, no está del todo acabado. Además, entre nosotros, Martinov es un poco caro. Ah, replicó el otro, pues para mí que en ese amarillo hay algo. Desde luego, concedió Ferrer, tampoco digo que esté mal. Pero aun así es un poco caro para lo que es. Yo que usted, le echaría una ojeada a aquello, añadió, señalando una obra compuesta de cuatro cuadrados de aluminio pintados de verde claro yuxtapuestos, apoyada en un rincón de la galería. Eso sí que es interesante. Va a subir de precio muy pronto, pero de momento es bastante asequible. Y observe qué claridad, ¿no? Es evidente. Es luminoso.

Pero aun así es muy poca cosa, dijo el empresario. Quiero decir que no se ve gran cosa. A primera vista, dijo Ferrer, puede interpretarse así. Pero, por lo menos, cuando vuelve usted a su casa y ve esa obra colgada en la pared, no se siente agredido. Eso cuenta. Me lo pensaré, dijo Réparaz al marcharse, pasaré con mi mujer. Hecho, dijo Ferrer a Delahaye, ya lo verá. Seguro que se queda con el Martinov. A veces hay que llevarles la contra. Hay que darles la impresión de que piensan ellos solos. Hombre,

aquí llega el otro.

El otro, cuarenta y ocho años, mosca pilosa bajo el labio inferior y chaqueta de pana, sonriente, con un bastidor envuelto en papel kraft bajo el brazo, era un pintor cuyos asuntos llevaba Ferrer desde hacía diez años. Traía un cuadro y venía a ver cómo iba la cosa.

Muy bien no es que vaya, contestó Ferrer con voz de hastío. ¿Te acuerdas de Baillenx, que se llevó un cuadro tuyo? Pues me ha devuelto el cuadro, no quiere saber nada de él y he tenido que quedármelo. Luego estaba Kurdjian, acuérdate, que tenía pensado comprar algo. Pues nada, al final no compra, prefiere comprar un americano. Además tienes dos grandes formatos que pasaron a subasta y se han cotizado por un precio irrisorio, o sea que francamente la cosa va muy regular. Bueno, dijo Gourdel, que no sonreía tanto mientras desembalaba el cuadro, he traído esto.

Lo que pasa es que también en parte es culpa tuya, prosiguió Ferrer sin molestarse en mirar el objeto. Lo has jodido todo pasándote del abstracto al figurativo, he tenido que cambiar completamente de estrategia a la hora de plantearme tu trabajo. Ya sabes que un pintor que no para de cambiar plantea problemas, la gente espera una cosa y luego se lleva un chasco. Sabes que lo que cuenta son las etiquetas, qué caray, a mí me resulta más fácil promocionar un producto que no se mueva demasiado, si no, es una catástrofe. Sabes de sobra que nos movemos en un terreno precario. En fin, yo te aviso, pero tú verás. En cualquier caso, éste no puedo quedármelo, primero quiero dar salida al resto.

Una pausa. Luego Gourdel empaqueta de cualquier modo el bastidor, se despide de Ferrer con un ademán y sale. En la acera se cruza con Martinov, que llega en ese momento. Martinov es un tipo joven, de mirada inocentemente astuta, e intercambian unas palabras. Ese capullo se me está quitando de encima, dice Gourdel. No lo creo, le consuela Martinov. Sabe lo que haces, confía en ti. Algo de sentido artístico sí tiene. No, replica Gourdel antes de alejarse en la luz lívida, nadie tiene ya sentido artístico. Los únicos que han tenido un poco han sido los papas y los reyes. Desde entonces, ya nadie.

Así que has visto a Gourdel, dice Ferrer. Acabo de cruzármelo, contesta Martinov, no parece irle muy bien. Está de capa caída total, dice Ferrer, económicamente es un desastre, ya no es más que un residuo simbólico. Tú, en cambio, últimamente muy bien. Hace un rato ha pasado un tipo y casi seguro que se queda con el amarillo grande. Bueno y, aparte de eso, ¿en qué estás ahora? Pues mira, dice Martinov, estaba metido con mi serie vertical, y voy a mandar dos o tres a una exposición colectiva. Un momento, dice Ferrer, ¿qué historia es ésa? Nada, dice Martinov, si sólo es para la Depositaria de Fondos. ¿Cómo?, dice Ferrer, no me digas que vas a hacer una exposición colectiva en la Depositaria de Fondos. ¿Qué pasa?, dice Martinov, está muy bien la Depositaria de Fondos. Personalmente, dice Ferrer, me parece ridículo

que expongas en la Depositaria de Fondos. Ridículo. Y encima, una exposición colectiva. Te devalúas. Te lo digo yo. Bueno, en fin, allá tú.

Así pues, Ferrer escuchó luego de bastante mal humor las informaciones generales que le daba Delahaye sobre el arte boreal: escuelas de Ipiutak, de Thule, de Choris, de Birnik y Denbigh, culturas paleoballeneras que se sucedieron entre los años 2500 y 1000 antes de nuestra era. Cuando Delahaye comparaba los materiales, las influencias y los estilos, Ferrer prestaba menos atención que cuando el otro se ponía a hablar de números: cada vez parecía más probable, en efecto, que el asunto del barco abandonado en el frío, de confirmarse, mereciera el desplazamiento. Sin embargo, por el momento, no se confirmaba, a falta de informaciones más concretas. Pero corrían los últimos días de enero y, en cualquier caso, recordó Delahaye, aunque surgieran más datos, las condiciones climáticas impedían zarpar antes de la primavera, época en la cual, a tan altas latitudes, empieza a amanecer.

Iba precisamente a amanecer cuando Ferrer abrió un ojo: el ojo de buey dibujaba un rectángulo azul gris pálido en una pared del camarote. En la exigua litera no fue fácil volverse hacia la pared opuesta, y, una vez logrado, Ferrer no disponía más que de treinta centímetros de colchón para mantenerse sobre un costado, pero al menos hacía bastante más calor que las demás mañanas. Intentó afianzar su postura mediante ligeros movimientos de reptación lateral in situ, si la cosa era posible, pero resultó inútil. Luego, mientras intentaba amplificar esos movimientos para ganar un poco de ese terreno caliente, un brusco empujón adverso le proyectó hacia atrás: Ferrer dio con sus huesos en el suelo.

Cayó con todo su peso sobre el hombro derecho, pensó que se lo había dislocado y se estremeció: el suelo del camarote estaba especialmente frío, teniendo en cuenta que Ferrer no llevaba nada encima, salvo el reloj. Se incorporó valiéndose de todos sus miembros y examinó la litera, al tiempo que se rascaba el cuero cabelludo.

Pero las cosas han cambiado, al parecer. Se ha producido lo imprevisible. En esa litera, al fin sola y suspirando de satisfacción, dándose la vuelta antes de ponerse otra vez a roncar, la enfermera Brigitte vuelve a sumergirse apaciblemente en su sueño. El bronceado de su rostro es más intenso y pronunciado que lo habitual, de un tono marrón oscuro que tira al naranja. Resulta que la víspera volvió a dormirse en los UVA, la pobre, y recibió una dosis excesiva. Ferrer se encoge de hombros, se estremece de nuevo y consulta el reloj, las seis y veinte; luego se pone un jersey.

No se encuentra muy bien, la verdad, está inquieto. La última vez que fue a la consulta de Feldman, el cardiólogo le previno contra las temperaturas extremas: el calor o el frío excesivos, los cambios bruscos de temperatura, todo eso es malísimo para los pacientes coronarios. No llevas una existencia sana dado tu estado, a partir de ahora tienes que plantearte un programa de vida más sana. De modo que Ferrer se guardó muy mucho de decirle que se marchaba al polo norte. Se limitó a aludir, sin dar más detalles, a un viaje de carácter profesional. Bien, pues pásate por aquí dentro de tres semanas o un mes, dijo Feldman, va siendo hora de que te haga un ecodoppler, y verás como encuentro argumentos para que dejes de hacer gilipolces. Al recordar esas palabras, Ferrer se lleva maquinalmente una mano al corazón, con objeto de comprobar que no late muy fuerte, ni demasiado lento, ni demasiado desacompasado, pero no, la cosa va bien, parece ir bien.

Ha entrado un poco en calor, menuda pinta tiene, embutido en ese jersey, con los pobres cataplínes encogidos, que apenas le bailan por abajo. A falta de algo mejor que hacer, echa una ojeada por el ojo de buey. Un lejano fulgor recuerda la aparición del sol naciente, sólo reflejado, de momento, en las golondrinas de mar de inmaculadas alas, que giran en las alturas. En medio de esa luz mortecina, Ferrer cree

comprender que dejan atrás, a la izquierda, la erosionada mole de la isla Southampton, grisácea como un viejo montón de grava: van a internarse en el canal que conduce a Wager Bay: Ferrer se quita el jersey y vuelve a acostarse.

Fácil de decir. Magníficamente proporcionada, la verdad sea dicha, la enfermera Brigitte no deja de ocupar la totalidad de la litera: no queda ya sitio ni para deslizar un brazo. No se puede acceder a ella bajo ningún ángulo. Armándose de valor, Ferrer decide abordarla por arriba, tumbándose sobre la enfermera con toda la delicadeza de que es capaz. Pero Brigitte empieza a gemir desaprobadoramente. Se zafa y se debate hasta tal punto que por un momento Ferrer piensa que lo tiene crudo, pero, por fortuna y paulatinamente, la enfermera acaba relajándose. Ambos se dedican a hacer el amor y sólo pueden hacerlo con un restringido margen de maniobra, dado que la estrechez de la litera impide más combinaciones de las que permite: sólo pueden colocarse el uno sobre el otro, si bien alternativamente y en los dos sentidos, cosa que no está ya nada mal. Se toman su tiempo, habida cuenta de que es domingo, se esmeran, se demoran y no salen del camarote hasta las diez de la mañana.

Era domingo, un auténtico domingo, se notaba en el aire, donde algunos grupos diseminados de cormoranes avanzaban más cansinamente que de costumbre. Mientras subían hacia el puente, se cruzaron con una parte de la tripulación que salía de la capilla, entre ellos el radiotelegrafista, que disimulaba mal su despecho. Pero, de todas formas, iban a tardar poco en alcanzar la meta de Ferrer; para el radiotelegrafista era cuestión de horas el librarse de aquel rival, quien, una vez alcanzada esa meta, se despidió del comandante y de los oficiales en el puente, regresó al camarote e hizo las maletas.

El rompehielos depositó a Ferrer en Wager Bay y zarpó de inmediato. Caía aquel día una bruma uniforme, expansiva, opaca y baja como un techo, ocultando las cimas de los alrededores e incluso la parte superior del barco, pero al mismo tiempo difundiendo muy vivamente la luz. Al bajar a tierra, Ferrer vio al *Des Groseilliers* dislocarse en aquella niebla, disolverse sus masas en favor de sus contornos y esas mismas líneas en favor de sus intersecciones, que acabaron también esfumándose.

Ferrer prefería no demorarse en Wager Bay: no era más que un grupo de barracones prefabricados con paredes de chapa ondulada y oxidada con ventanucos iluminados por un ocre polvoriento. Entre esas viviendas apretujadas en torno a un poste, unas calles esquemáticas respiraban apenas, angostos pasajes irregulares abarquillados por el hielo sucio, obstruidos por montones de nieve, y sus cruces estaban sembradas de oscuras masas de metal o de cemento, de fragmentos de plástico petrificados. Una bandera, rígidamente desplegada como un trapo extendido aunque helada horizontalmente, restallaba inmóvil en lo alto del poste cuya sombra, apenas distinguible, se extendía hasta la delgada plataforma del helipuerto.

Junto al pequeño helipuerto había una minúscula terminal, de donde Ferrer partió,

rumbo a Port Radium, en un Saab 340 Cityliner para seis personas, aunque los únicos pasajeros eran él y un ingeniero de la base meteorológica de Eureka. Cincuenta minutos más tarde, en Port Radium, que se parecía a Wager Bay como un hermano poco querido, Ferrer se reunió con sus guías. Eran dos indígenas llamados Angutretok y Napaseekadlak, vestidos con edredón acolchado, fibra polar de *synchilla*, ropa interior transpirable de *capilene*, monos fluorescentes y guantes equipados con un sistema que producía calor. Oriundos del distrito vecino de Tuktoyaktuk, eran de parecida complexión, más bien bajos y gordos, piernas cortas y manos muy finas, rostros pentagonales imberbes y tez amarilla, pómulos salientes y pelo tieso y negro y dientes resplandecientes. Tras darse a conocer, presentaron a Ferrer a los perros de trineo.

Aquellos perros, jauría aletargada en un recinto y en torno a un jefe, eran hirsutos, astrosos, de pelo negro amarillento o amarillo mugriento y muy malas pulgas. Amén de no querer a los hombres, que a su vez no los querían y no los acariciaban nunca, tampoco parecían tenerse mucho cariño entre ellos: las miradas que intercambiaban tan sólo reflejaban envidia y celos. Ferrer no tardaría en comprender que, individualmente, ninguno de aquellos animales era de trato fácil. Cuando llamabas a uno por su nombre, se volvía apenas y giraba de nuevo la cabeza si no veía nada de comer. Si le pedías que se pusiese a trabajar, ni siquiera reaccionaba, dándote a entender con una breve mirada lateral que tenías que dirigirte al jefe de la jauría. Este, consciente de su importancia, se mostraba remiso y apenas contestaba con una mirada, mirada irritada de ejecutivo al borde del estrés, mirada distraída de su secretaria mientras se hace la manicura.

Partieron el mismo día, ya se alejan. Van equipados con carabinas Savage 116 FFS con rayos infrarrojos, gemelos 15×45 con estabilizador de imagen, cuchillos y látigos. El cuchillo de Napaseekadlak tiene un mango de oosik, hueso que sirve de miembro sexual a la morsa y cuyas cualidades de flexibilidad, resistencia y porosidad son ideales para asirlo con firmeza. El de Angutretok, menos tradicional, es un White Hunter II Puma con mango de Kraton.

Al salir de Port Radium se internaron en un pequeño desfiladero. A ambos lados yacían fragmentos desprendidos de nieve helada diseminados sobre las rocas, cual residuos de espuma en una jarra de cerveza vacía. Avanzaban más bien rápido, bruscamente sacudidos en su trineo por los accidentes de terreno. Al principio Ferrer intentó intercambiar unas palabras con sus guías, sobre todo con Angutretok, que sabía un poco de inglés, pues Napaseekadlak sólo se expresaba con sonrisas. Pero las frases, una vez emitidas, sonaban demasiado breves antes de solidificarse: como permanecían un instante heladas en medio del aire, bastaba alargar luego una mano para que cayeran en ella, revueltas, palabras que se fundían suavemente entre los dedos de uno hasta que se apagaban entre cuchicheos.

Los mosquitos no tardaron en pasar al ataque, pero por fortuna eran fáciles de matar. Y es que, en aquellas latitudes, el hombre es prácticamente desconocido por los animales, que no desconfían de él: los mosquitos se chafan con el revés de la mano, sin que intenten escapar. Lo que no les impide hacerle a uno la vida imposible, atacando decenas de ellos por metro cúbico y picando a través de la ropa, especialmente en los hombros y en las rodillas, donde la tela se tensa. Si hubieran querido sacar una foto, sus enjambres, revoloteando en torno al objetivo, habrían oscurecido la vista, pero no tenían cámara, no estaban allí para eso. Tras taponar todos los agujeros de ventilación de los gorros, avanzaban dándose palmadas en todo el cuerpo.

En una ocasión divisaron un oso blanco, pero estaba demasiado lejos para mostrarse hostil.

Los perros crearon toda clase de problemas. Por ejemplo, una mañana, al salir proyectado Ferrer de su trineo sobre una arista de nieve rugosa, el vehículo, perdiendo el control, comenzó a dar tumbos en todas direcciones. Pero en vez de detenerse, los animales, creyéndose libres, salieron de estampida en varias direcciones a la vez. El trineo acabó volcando y quedó encajonado en mitad de la pista, inmovilizando en el extremo de sus correas a los perros, que de inmediato empezaron a pelearse con estrépito entre ellos. Entretanto Ferrer, a un lado de la pista, intentaba recobrarse masajeándose la cadera. Tras ayudarlo a incorporarse, Angutretok procedió a calmar a los animales a latigazo limpio, pero no consiguió sino empeorar las cosas: lejos de calmarse, el primer perro azotado reaccionó mordiendo a su vecino, el cual mordió al siguiente, el cual mordió a otros dos, que reaccionaron del mismo modo hasta que todo degeneró en un amplio conflicto, en una confusión total. Lograron dominarlos a duras penas. Luego reemprendieron el camino. El verano boreal progresaba. La noche no caía nunca.

En París, a principios de febrero, primero fue Ferrer el que estuvo a punto de desaparecer de verdad.

Los últimos días de enero habían sido muy ajetreados. Tras insistir varias veces Delahaye en el interés que presentaba el *Nechilik*, Ferrer decidió tomárselo en serio y estudiar el tema de más cerca. Visitando museos, colecciones privadas, consultando a expertos, viajeros y conservadores, empezó a conocer bien todo lo referente al arte polar, especialmente su valor comercial. Si lo que quedaba del barco resultaba algún día accesible, no había duda de que el asunto podía ser importante. Ferrer compró incluso en una galería del Marais dos pequeñas esculturas, que estudiaba detenidamente cada noche: una mujer dormida de Povungnituk y una figuración de espíritus de Pagnirtung. Aunque esas formas no le resultaban familiares, esperaba comprenderlas un poco, reconocer su estilo, desentrañar su sentido.

En cualquier caso, aquella operación hacia el norte seguía siendo por el momento puramente hipotética. Delahaye, pese a sus averiguaciones, tardaba en conseguir información que permitiera situar con más exactitud el barco atrapado en el hielo. Así y todo, Ferrer, a la espera de aquellos elementos, trazaba ya las líneas maestras de una eventual expedición. Pero, durante aquellos días de invierno, surgieron nuevos quebraderos de cabeza. El proyecto de una primera retrospectiva de Martinov —tras renunciar éste a la Depositaria de Fondos—, los desperfectos provocados por el agua en el taller de Esterellas —que habían reducido a la nada todas sus instalaciones de azúcar en polvo—, el suicidio fallido de Gourdel y otras preocupaciones provocaron un inhabitual incremento de actividad. Casi sin darse cuenta, Ferrer se vio abrumado de trabajo, desbordado como cualquier técnico comercial. Entraba tan poco aquello dentro de sus costumbres que ni siquiera cobró clara conciencia de ello: acabaría pagándolo al cabo de unos días.

De unos días o de unas noches, porque una vez, mientras dormía, se produjo un incidente fisiológico: todas sus funciones vitales, agotadas, se durmieron al mismo tiempo que él. Aquello no duró más que dos o tres horas como mucho, durante las cuales sus ritmos biológicos se pusieron en huelga. Los latidos de su corazón, el ir y venir del aire en sus pulmones, tal vez incluso su renovación celular, no funcionaron más que en un estricto mínimo apenas perceptible, una suerte de coma, casi imposible de distinguir de la muerte clínica para un profano. De lo que sucedía en su cuerpo tampoco tuvo Ferrer la menor conciencia, no experimentó el menor sufrimiento, a lo sumo lo percibió como un sueño, y tal vez en efecto soñó. A decir verdad, tampoco debió de ser tan mal sueño, ya que cuando abrió los ojos estaba de bastante buen humor.

Se despertó más tarde que de costumbre y sin haber advertido nada. Ni se le pasó

por la mente que acababa de ser víctima de un bloqueo aurículoventricular. De haberle examinado, los especialistas hubieran pensado primero en un B.A.V. del tipo Mobitz II; luego se lo hubieran pensado un poco mejor, se hubieran puesto de acuerdo y habrían preferido diagnosticar un bloqueo de segundo grado tipo Luciani-Wenckebach.

Comoquiera que fuera, cuando se despertó, Victoire no estaba. A primera vista daba la impresión de que no había dormido allí: a veces la joven pasaba la noche en casa de una amiga, por lo general una tal Louise, al menos eso aseguraba ella, con su habitual tono evasivo, indiferente —Ferrer no era lo bastante celoso, ni dependiente, como para intentar comprobarlo—. Con todo, cuando se levantó, supuso que Victoire había cambiado de cama durante la noche para dormir tranquila, por la sencilla razón de que él roncaba, Ferrer sabe que a veces ronca, no le queda más remedio que admitirlo. Así que fue a comprobar si Victoire no estaba durmiendo en la habitación del fondo. No. Bueno. Pero luego, al comprobar en primer lugar la ausencia de sus objetos de tocador en el cuarto de baño, luego la de su ropa en el ropero y por último la de su persona durante todos los días siguientes, hubo también de admitir que se había marchado.

Cuando tenía tiempo, la buscaba. Pero si Victoire tenía algún allegado a quien poder acudir, algún familiar, derechohabiente o cosa semejante, jamás se los había presentado. Tenía pocas costumbres exceptuando tres bares: el Cyclone, el Soleil y sobre todo el Central, del que también era asiduo Delahaye, aunque éste era bastante ilocalizable en los últimos tiempos, pues, según él, andaba desbordado de trabajo con el proyecto *Nechilik*. Ferrer había visto en dos o tres ocasiones a Victoire con aquella mujer de su edad llamada Louise, que trabajaba con un contrato temporal en la Compañía de Ferrocarriles. Recorrió aquellos bares, vio a Louise, pero no obtuvo información alguna.

De modo que volvió a vivir solo. Pero eso no le sienta nada bien. Sobre todo las mañanas en que se despierta erecto, o sea la mayoría de las mañanas, como les ocurre a la mayoría de los hombres antes de deambular entre el dormitorio, la cocina y el cuarto de baño. Por fortuna, con esas idas y venidas, al poco pasa a hallarse en estado de media erección: pero lastrado, casi desequilibrado por ese apéndice perpendicular a la combada vertical de sus vértebras, acaba sentándose y abre el correo. Operación casi siempre decepcionante y que por lo común concluye muy pronto añadiendo una nueva sedimentación a la papelera pero que, mutatis mutandis si no nolens volens, hace que su aparato recobre un tamaño normal.

No, eso no es bueno para él, no puede seguir así. Pero no es fácil improvisar cuando súbitamente se hace un vacío. Si bien la presencia de Victoire no ha durado mucho tiempo, se ha prolongado lo suficiente como para que se esfume la presencia de otras mujeres en el entorno de Ferrer. El muy inocente pensaba que seguían allí,

como si no tuvieran otra cosa que hacer que esperarle pacientemente, en plan recambio. Y no, ponen todas tierra por medio, no le han esperado, claro está, viven su vida. De modo que, como no puede estar mucho tiempo solo, se pone a buscar por todas partes. Pero es sabido que basta buscar para no encontrar a nadie, vale más aparentar que no se busca, comportarse como si tal cosa.

Vale más esperar el azar de un encuentro, sobre todo aparentando que tampoco uno lo espera. Porque así es, según dicen, como nacen los grandes inventos: por el contacto inesperado de dos productos colocados al azar, uno al lado de otro, sobre una mesa de laboratorio. Cierto que previamente se requiere haber colocado esos productos uno al lado de otro, aunque no se tuviera previsto asociarlos. Previamente se requiere haberlos convocado juntos en el mismo momento, lo que evidencia que, mucho antes de que uno lo sospechara, tenían algo que ver entre ellos. Son las cosas de la química. Vamos a buscar muy lejos toda clase de moléculas para intentar combinarlas: nada. Pedimos que nos manden unas muestras desde el otro extremo del mundo: nada. Hasta que un buen día, un gesto torpe, hacemos tambalearse dos objetos que corrían desde hacía tiempo por la mesa de laboratorio, salpicadura inesperada, probeta que se vuelca sobre un cristizador, y de inmediato se produce la reacción que llevábamos años esperando. O por ejemplo olvidamos unos cultivos en un cajón y zas: la penicilina.

Pues precisamente, merced a un proceso similar, tras largas e inútiles búsquedas en el transcurso de las cuales Ferrer exploró círculos concéntricos cada vez más alejados de la rue d'Amsterdam, acabó encontrando lo que buscaba en la persona de su vecina de rellano. Se llama Bérangère Eisenmann. Más inesperado imposible, porque es exactamente la puerta de al lado. No olvidemos, eso sí, que tal proximidad no ofrece tan sólo ventajas, tiene su lado bueno y su lado no tan bueno, problema sobre el que de buena gana nos extenderíamos más detalladamente, si dispusiéramos de tiempo. Pero no podemos desarrollar ese punto de manera inmediata, dado que solicita nuestra atención una novedad más urgente: en efecto, nos enteramos en este instante de la trágica desaparición de Delahaye.

Se multiplicaban los incidentes con los perros. Otro día, por ejemplo, entre dos prismas transparentes de hielo cortante, se toparon con un cuerpo de paquidermo que reposaba allí desde vete a saber cuándo. El cadáver, medio sepultado, estaba garrapiñado de hielo, mejor conservado por la banquisa que un faraón bajo una pirámide: el frío embalsama tan radicalmente como mata. No obstante las exclamaciones, juramentos y chasquidos de látigos de los dos guías, los perros se abalanzaron con entusiasmo sobre el mastodonte, y lo que siguió fue una serie de crujidos jadeantes, pringosos y repugnantes de mandíbulas afanosas. Luego, una vez ahítos los canes, tras zamparse en un santiamén la parte emergida del animal sin siquiera esperar a que se descongelara, hubieron de esperar a que se echasen una siesta para reemprender el camino. Empezaban a estar un poco hasta el gorro de aquellos perros. Sería el último día en que recurrirían a sus servicios. Continuaron avanzando, en aquella luz perpetua cada vez más oscurecida por las nubes de mosquitos.

Recordemos que allí, en esa estación, nada separa los días ni se pone ya el sol. Es menester consultar el reloj para saber cuándo toca descansar, vendarse los ojos para dormir después de haber barrido con un ala de gaviota el suelo de la tienda. Los mosquitos, por su parte, comoquiera que sus larvas han alcanzado la madurez en los innumerables charcos, atacan con renovados ímpetus. Organizan sus asaltos en apretadas escuadrillas, y ya no son decenas sino centenas por metro cúbico, penetrando en la nariz, la boca, las orejas y los ojos mientras uno recorre y patea el hielo helado. Por consejo de Angutretok, contradictorio con respecto a las prescripciones del cuerpo facultativo encarnado por Feldman, Ferrer tuvo que volver a fumar, por más que, con aquel frío, el sabor del tabaco recobrado le produjera náuseas. Pero era el único modo de alejar a los dípteros: en sus momentos de furia, más valía incluso fumar dos o tres cigarrillos a la vez.

Seguían avanzando por aquella pista apenas perceptible, balizada, cada dos o tres kilómetros, por mojones regularmente colocados. Simples túmulos de piedras amontonadas por los primeros exploradores de la región para marcar su paso, aquellos mojones habían servido primero de puntos de referencia, pero podían contener en ocasiones objetos que daban fe de la actividad que hubo antaño en la región: viejas herramientas, restos de comida calcificados, vetustas armas e incluso, a veces, documentos y osamentas. Por ejemplo, un cráneo en cuyas órbitas crecían briznas de esfagno.

Y así seguían adelante, de mojón en mojón, con una visibilidad bastante reducida, pues los mosquitos no eran los únicos que oscurecían el entorno, también las nieblas contribuían lo suyo. No contentas con enturbiar la transparencia del aire y hurtar los

objetos a la mirada, las nieblas podían también agrandarlos de modo considerable. Contrariamente a las cosas vistas en un retrovisor, que están siempre más cerca de lo que aparentan, a ratos, en la inmensidad blanca, creían al alcance de la mano la oscura silueta de un mojón que estaba aún a una hora de trineo.

El episodio del paquidermo había acabado con la paciencia de los guías. Tan pronto llegaron al primer campo base después de Port Radium, en una tienda donde alquilaban skidoos, cambiaron todos los perros por tres de aquellos vehículos, a los que engancharon remolques ligeros. Prosiguieron el viaje montados en esos vehículos, que, irrisorios en el silencio ártico, emitían pequeñas explosiones de Velosolex. Dejando tras de sí en el hielo polvoriento numerosas manchas de aceite y grasientos regueros, continuaron avanzando sinuosamente, dibujando a ratos largos bucles para contornear las barreras heladas sin cruzarse con el menor árbol ni la más mísera brizna de hierba. Es que las cosas han cambiado lo suyo por aquellos pagos, desde hace cincuenta millones de años. Allí crecían entonces el chopo, el haya y la secuoya, pero todo eso se acabó. Todavía la antevíspera, un poco más al sur, veían de cuando en cuando algún líquen, un vago brezo, un frágil abedul o un sauce rastrero, una diminuta adormidera ártica, o una seta ocasional, pero ahora ya nada, ni el menor vegetal en el horizonte.

Seguían alimentándose de las mismas raciones individuales equilibradas, estudiadas para ese tipo de viajes. Pero, a fin de mejorar el condumio habitual, en una ocasión recogieron unos angmagssaets para freírlos. Tras desplomarse al mar un grueso bloque de hielo, una enorme ola proyectó sobre una orilla esos pececillos con forma de sardina; antes tuvieron que ahuyentar a las gaviotas que, amenazando lanzarse en picado, giraban veladamente por encima de los angmagssaets. En otra ocasión, Napaseekadlak arponeó una foca. Y, como era sabido, de la foca se aprovecha todo, viene a ser el equivalente polar del cerdo: su carne se asa, se cuece, se fríe a fuego lento, su sangre con sabor a clara de huevo permite confeccionar aceptables morcillas, su grasa proporciona luz y calor, con su piel se fabrican excelentes lonas de tienda de campaña, sus huesos suministran agujas y sus tendones hilo, incluso con sus intestinos se fabrican bonitos visillos transparentes para la casa. El alma, por su parte, una vez muerto el animal, permanece en la punta del arpón. Así, Angutretok preparó un plato de hígado de foca con setas asadas en el brasero, junto al cual, para que el alma no pasase frío, Napaseekadlak había depositado el arpón. Mientras cenaban, Angutretok enseñó a Ferrer algunas de las ciento cincuenta palabras para designar la nieve que existen en idioma iglulik, desde la nieve costrosa hasta la nieve cristalina, pasando por la nieve fresca, la nieve fina y en polvo, la nieve húmeda y compacta y la nieve alzada por el viento.

Cuanto más se dirigían hacia el norte, más frío hacía, normal. En todos los pelos del rostro de Ferrer se habían aglomerado permanentemente trocitos de hielo:

cabellos y pestañas, barba y cejas, bordes de las aletas nasales. Él y sus guías avanzaban tras sus gafas oscuras, contorneando cráteres, circos provocados por meteoritos de los que los indígenas, tiempo atrás, extraían hierro para fabricar armas. En una ocasión divisaron otro oso a lo lejos, solo en la banquisa, montando guardia junto a un agujero de ventilación de focas. El oso, demasiado absorto en su vigilancia, los ignoró, pero Angutretok, por si las moscas, mostró a Ferrer la actitud que era menester adoptar en caso de encuentro intempestivo con un oso. No escapar corriendo: el oso corre más rápido que uno. Más bien desviar su atención arrojando hacia un lado alguna prenda de color. Por último, cuando el encuentro resulta inevitable, recordar en último extremo que todos los osos blancos son zurdos: puestos en la tesitura de defenderse, mejor abordar al animal por su lado menos ágil. No deja de ser ilusorio, pero menos es nada.

No se celebraría funeral por Delahaye, sólo un responso en una pequeña iglesia cerca de Alésia, al final de la mañana. Cuando llegó Ferrer, había ya bastante gente, pero no reconoció a nadie. Jamás habría imaginado que Delahaye tuviera tantos parientes o amigos, aunque tal vez no fueran más que resignados acreedores. Tomó discretamente asiento en el fondo de la iglesia, no en la última fila ni detrás de un pilar, sino en la penúltima, no muy lejos de un pilar.

Toda aquella gente acababa de entrar, iba a entrar, entraba: para evitar cruzarse con miradas, Ferrer bajó los ojos hacia sus zapatos, pero la tranquilidad le duró poco: abriéndose paso a contracorriente, una mujer pálida, de mejillas hundidas y vestida con traje sastre se acercó a presentarse: la viuda de Delahaye. Ah, dijo Ferrer, que no tenía ni idea, que jamás hubiera imaginado que el otro estuviera casado. Bueno, lo había estado, pues mejor para él.

Sin embargo, según le informó la viuda, ella y Delahaye hacía seis años que no convivían, habitaban en casas distintas, si bien es verdad que no lejos el uno del otro. Y es que seguían manteniendo amistad, se llamaban cada tres días y cada cual tenía, en caso de ausencia, una llave del piso del otro para cuidar de las plantas y recoger el correo. Pero, pasada una semana, inquieta por el silencio de Delahaye, la mujer acabó entrando en su casa y descubrió su cuerpo sin vida en el suelo del cuarto de baño. Es el problema cuando se vive solo, concluyó con una mirada interrogante. Desde luego, opinó Ferrer. Luego la viuda de Delahaye, que, según dijo, había oído hablar mucho de él, Louis-Philippe le quería a usted mucho, propuso imperiosamente a Ferrer que se sentase junto a ella en primera fila. Con mucho gusto, contestó falsamente Ferrer, cambiando de sitio de mala gana. Pero como en el fondo era la primera vez —se dio cuenta— que asistía a una ceremonia semejante, así podría ver un poco más de cerca cómo van esas cosas.

En realidad, es bastante sencillo. Tenemos el ataúd colocado sobre un soporte, con los pies hacia delante. En la base del ataúd tenemos una corona de flores a nombre de su ocupante. Tenemos al cura, que se concentra en segundo plano a la izquierda, y al capellán en el proscenio derecho —corpulencia colorada de enfermero de psiquiátrico, expresión disuasiva y traje negro, un hisopo en la mano derecha—. Tenemos a la gente, que acaba de sentarse. Y cuando en la iglesia casi llena se hace el silencio, el cura desgrana unas oraciones, seguidas de un responso, invita a la gente a inclinarse ante los restos mortales o a bendecirlos con el hisopo, a elección. La ceremonia es bastante breve y concluye enseguida, Ferrer se dispone a ver inclinarse a la gente cuando la viuda le pellizca en un brazo, señalando el ataúd con la barbilla y enarcando las cejas. Como sea que Ferrer frunce las suyas sin comprender, la viuda vuelve a alzar las cejas y a señalar, pellizcándole más fuerte y empujándole. Al

parecer le toca a él actuar. Ferrer se levanta, la gente le mira, Ferrer está apuradísimo pero se acerca. No sabe cómo hacerlo, no lo ha hecho nunca.

El sacristán le alarga el hisopo, Ferrer lo coge sin saber si lo coge bien y se pone a agitarlo atolondradamente. Pese a que no se propone trazar figuras especiales en el aire, forma unos círculos y barras, un triángulo, una cruz de San Andrés, dando vueltas en torno al ataúd ante los atónitos ojos de la gente, sin saber cuándo ni cómo pararse, hasta que la gente empieza a murmurar. Entonces el capellán, sobria pero firmemente, lo coge por una manga y lo repatria hacia su silla de la primera fila. Pero en ese instante, sorprendido por el vigor capellanil, sin dejar de blandir el hisopo, lo suelta: el objeto se estrella sobre el ataúd, que suena a hueco al recibir el impacto.

Más tarde, al salir de la iglesia, Ferrer, nervioso, vio a la viuda de Delahaye conversando con una joven: tardó unos segundos en reconocer a Louise. Ambas se habían vuelto una vez hacia él mientras hablaban, y cambiaron de expresión cuando vieron que él las observaba. Optando por acercarse a ellas, Ferrer tuvo que abrirse paso entre los asistentes, que se quedaban allí, formando pequeños grupos como a la salida del teatro, y se volvieron hacia él al verlo acercarse, como cuando se reconoce al actor de la escena del hisopo.

Sin que Ferrer le hubiera preguntado nada, Louise repitió de inmediato que seguía sin saber nada de Victoire. La viuda, sin que se lo hubieran preguntado tampoco, declaró poniendo en ello mucho énfasis que la desaparición de Delahaye creaba un vacío que nada podría nunca colmar. Hasta tal punto, precisó con exaltación, que parecía inconcebible que Delahaye no continuara manifestándose post mortem. Entretanto, se verían en el cementerio a la hora del té. Difícilmente podía sustraerse Ferrer a una invitación así formulada. Pero es un hecho que post mortem, cuando Ferrer regresaba a su casa de la rue d'Amsterdam antes de volver a salir para el entierro, un gran sobre color beige sin franquear, deslizado bajo la puerta fuera de las horas de reparto, aumentó su confusión. El sobre, que ostentaba su nombre y dirección escritos con normógrafo, contenía las coordenadas del *Nechilik*.

A 118° longitud este y 69° latitud norte, a más de cien kilómetros más allá del círculo polar ártico y menos de mil del polo norte magnético, el barco estaba embarrancado en el golfo de Amundsen, en el límite septentrional de los Territorios del Noroeste. La ciudad más cercana se llamaba Port Radium. Ferrer consultó el atlas.

Los polos, como cualquiera puede comprobar, son las regiones del mundo más difíciles de mirar en un mapa. Siempre se queda uno insatisfecho. En primer lugar, uno puede considerar que ocupan la parte superior e inferior de un planisferio clásico, tomando el ecuador como base horizontal mediana. En tales condiciones da la impresión de que se los mira de perfil, en perspectiva fugitiva y siempre por fuerza incompletos. No resulta convincente. En segundo lugar, puede uno también mirarlos

desde arriba, como contemplados desde un avión. Existen mapas así. Pero entonces lo que se nos escapa por completo es su articulación con los continentes, que habitualmente se ven por así decirlo de frente. Y tampoco funciona. Así que los polos son reacios al espacio plano. Obligando a pensar en varias dimensiones al mismo tiempo, plantean un cúmulo de problemas a la inteligencia cartográfica. Lo mejor sería disponer de un globo terráqueo, cosa que Ferrer no tiene. Pero, en fin, al final acaba formándose una pequeña idea del lugar: muy lejano, muy blanco, muy frío. Hecho lo cual, llega la hora de ir al cementerio. Ferrer sale de su casa y con qué se topa: con el perfume de su vecina de rellano.

Bérangère Eisenmann es una mocetona alegre, muy perfumada, realmente muy alegre, realmente demasiado perfumada. El día en que Ferrer reparó por fin en ella, en unas horas se solventó el asunto. Bérangère pasó a su casa a tomar una copa, luego salieron a cenar y ella dijo ¿dejo el bolso? Claro, contestó él, deje su bolso. Pero, una vez se le pasó el primer entusiasmo, Ferrer empezó a no fiarse: las mujeres demasiado cercanas planteaban problemas, y con mayor motivo las vecinas de rellano. No porque fuesen demasiado accesibles, lo que tampoco estaba mal, sino sobre todo porque Ferrer pasaba a ser demasiado accesible para ellas, eventualmente contra su voluntad. Claro está que todo cuesta, claro está que hay que saber lo que se quiere.

Pero sobre todo, muy pronto, se plantearía el problema del perfume. Extatics Elixir es un perfume tremendamente ácido e insistente, un perfume que oscila peligrosamente en el límite entre el nardo y la cloaca, que cautiva tanto como agrede, excita tanto como asfixia. Y así, cada vez que Bérangère entraba en su casa, Ferrer tenía que pasarse un buen rato lavándose. Remedio muy relativamente eficaz, toda vez que el perfume parecía haberse insinuado bajo su piel, de modo que cambiaba las sábanas, las toallas, y arrojaba directamente su ropa a la lavadora —mejor que a la cesta de la ropa sucia, donde en un pispás contaminaría definitivamente todo el resto—. Por más que ventilaba la casa a fondo, el olor tardaba horas en desaparecer, es más, nunca se iba del todo. Es más, era tan poderoso que bastaba que Bérangère llamase para que, difundido por los cables del teléfono, invadiese de nuevo la casa.

Antes de conocer a Bérangère Eisenmann, Ferrer ignoraba la existencia de Extatics Elixir. Ahora, lo respira de nuevo mientras se dirige de puntillas hacia el ascensor: el perfume penetra por el ojo de la cerradura, por los intersticios de la puerta, le persigue hasta su casa. Ciertamente que podría sugerirle a Bérangère que cambiase de perfume, cierto también que podría regalarle otro, pero una serie de argumentos le disuaden de ello, quizás sería comprometerse demasiado, ay hostia, el polo norte, por favor.

Pero todavía no estamos en eso. Primero hay que ir al cementerio de Auteuil. Es un cementerio paralelepípedo, bordeado al oeste por un gran muro ciego y al norte,

en el lado que da a la rue Claude-Lorrain, por un edificio de oficinas. Los otros dos lados los ocupan unas casas cuyas ventanas, desde las que se domina la red de avenidas entrecruzadas, gozan de una despejada vista sobre las tumbas. No son edificios de lujo, como los que abundan en esos barrios elegantes, sino más bien viviendas baratas adecentadas por cuyas ventanas, en el silencio del cementerio, caen remolineando como echarpes distintos jirones sonoros: ruidos de cocina o de cuarto de baño, de cisternas, exclamaciones de concursos radiofónicos, peleas y gritos de niños.

Una hora antes de que lleguen los asistentes —menos numerosos que en la iglesia de Alésia—, un hombre se ha dirigido a la encargada de uno de esos edificios, por la entrada de la rue Michel-Ange. Ese hombre va muy tieso, se expresa con parquedad, tiene un rostro inexpresivo, como petrificado, y viste un traje gris aparentemente nuevo. Vengo a ver el apartamento del quinto que está en alquiler, ha dicho, soy el que llamó el lunes para visitarlo. Ah, sí, ha recordado la encargada, ¿a nombre de Baumgarten? Tner, ha corregido el hombre, Baumgartner. ¿Puedo echarle una ojeada? No se moleste usted, subo yo un momento y le digo si me lo quedo. La encargada le ha alargado las llaves del apartamento.

El tal Baumgartner ha llegado al estudio, que es más bien oscuro porque da al norte, tapizado con moqueta beige y amueblado con pocos enseres oscuros y deprimentes, entre ellos un sofá desplegable Clic-Clac a rayas oscuras manchadas con materias sospechosas y placas de humedad continentales, una mesa de fórmica resquebrajada, visillos tiesos de polvo grasiento y pringosas cortinas color verde oscuro. Pero el recién llegado ha cruzado el apartamento sin mirarlo en dirección de la ventana, que se ha limitado a entreabrir, manteniéndose ligeramente apartado de ella, a un lado, invisible desde el exterior, pues queda medio oculto tras una de las cortinas. Desde allí ha observado con suma atención toda la ceremonia de inhumación. Acto seguido, ha bajado a ver a la encargada y le ha dicho que no, no acaba de ser lo que quiero, el apartamento es un poco oscuro y demasiado húmedo, y la encargada ha reconocido que en efecto todo aquello ganaría remozándolo un poco.

Es una lástima, ha precisado Baumgartner, porque éste es precisamente el barrio que ando buscando, pero le han hablado de otra cosa que no queda muy lejos y la encargada, que no es rencorosa, le ha deseado buena suerte, y el hombre se ha marchado a visitar esa otra cosa, que está al comienzo del boulevard Exelmans. Comoquiera que sea, Baumgartner no se habría quedado con el estudio de la rue Michel-Ange.

Una buena mañana vieron el *Nechilik*, desde bastante lejos, pequeña masa alargada de color herrumbre y hollín colocada sobre una banquisa salpicada de afloramientos rocosos, viejo juguete roto sobre una sábana hecha jirones. Parecía, en efecto, atrapado en los hielos al pie de un montículo erosionado, parcialmente cubierto de nieve pero uno de cuyos flancos se quebraba en una sucesión de breves acantilados desnudos. A aquella distancia, el barco no parecía demasiado mal conservado. Mantenidos por obenques todavía tensos, sus dos pequeños mástiles intactos se erguían pacientemente, y la cabina del piloto, en la popa del buque, parecía aún lo bastante robusta como para albergar a temblorosos espectros. Ferrer, sabedor de que aquellas regiones eran ricas en alucinaciones y sospechando de entrada que el propio barco era un fantasma, aguardó a tenerlo más cerca para cerciorarse de su realidad.

La ilusión, en efecto, reina en aquellos climas. La misma víspera, por poner un ejemplo, avanzaban tras sus gafas oscuras, sin las que el sol ártico le llena a uno los ojos de arena y la cabeza de plomo, cuando ese mismo sol se multiplicó de repente en las nubes heladas, por un efecto de parhelia: Ferrer y sus guías se quedaron cegados por cinco soles simultáneos, horizontalmente alineados, entre los cuales se hallaba el auténtico —con otros dos astros suplementarios en la vertical del auténtico—. Hubo de pasar media hora hasta que ese auténtico sol volviera a brillar en solitario.

Tan pronto avistaron el barco, Ferrer indicó a los guías que se callasen y aminoraran la marcha, como si el barco fuera un ser vivo, del calibre de un oso blanco susceptible de violentas reacciones. Redujeron la velocidad de los skidoos y acabaron parando los motores; luego se acercaron prudentemente, a paso de dragaminas, empujando las motos por el manillar para terminar apoyándolas en el casco de acero del barco. Luego, mientras los dos indígenas se mantenían a distancia del *Nechilik*, examinándolo con respeto, Ferrer subió solo a bordo.

Era un pequeño mercante de veintitrés metros de eslora. En una placa de cobre, remachada en la base del timón, figuraba la fecha de construcción (1942) y su lugar de matrícula (Saint John, New Brunswick). El cuerpo del navío y los aparejos parecían en buen estado, cubiertos de una película de hielo y de aspecto quebradizo, como madera seca. Lo que debían de haber sido dos papeles arrugados, que corrían antaño por la cubierta entre nudos de cordajes, se habían convertido en dos rosas del desierto sobre fondo de culebras crionizadas, todo ello envuelto en una capa de hielo que ni las botas de Ferrer rompieron. Este penetró en la cabina del piloto y pasó rápidamente revista: un registro abierto, una botella vacía, una escopeta descargada, un calendario del año 1957 con la foto de una chica bastante desnuda que recordaba brutalmente y hacía descender la baja temperatura ambiente, o sea veinticinco bajo cero. Las páginas del registro no podían hojearse al estar congeladas. Por los cristales

de la cabina, que no había atravesado mirada alguna en cuarenta años, Ferrer echó un vistazo al paisaje blanco. Luego, al bajar a la bodega, encontró de inmediato lo que buscaba.

Todo parecía estar allí según lo previsto, metido en tres grandes baúles metálicos que habían resistido perfectamente el paso del tiempo. A Ferrer le costó lo suyo abrir las tapas soldadas por el frío y, tras comprobar someramente su contenido, subió a cubierta para llamar a los guías. Angutretok y Napaseekadlak se acercaron circunspectos y no sin pensárselo dos veces, moviéndose por el barco como si entraran a robar en una segunda vivienda aislada. Dado que los baúles pesaban y que la escalera de hierro que accedía a la bodega era increíblemente resbaladiza, resultó trabajoso izarlos hasta cubierta antes de desembarcarlos. Los acomodaron como pudieron en los remolques de los skidoos y respiraron. Ferrer no decía nada, los dos guías se reían intercambiando bromas intraducibles. Todo aquello más bien parecía importarles un pepino, mientras que Ferrer estaba bastante emocionado. Bueno. Asunto liquidado. Sólo queda volver. Pero antes de irnos, un pequeño papeo, ¿no?, propuso Napaseekadlak.

Mientras éste, encargado de encender el fuego, troceaba con el hacha el palo de mesana del *Nechilik*, Ferrer bajó con Angutretok a inspeccionar más a fondo la bodega. Las pieles que formaban parte del flete seguían también allí, pero, contrariamente a lo demás, no estaban tan bien conservadas, sino duras como madera tropical y con casi todos los pelos desprendidos de la piel: probablemente su valor comercial era ya escaso. Ferrer apartó no obstante una pequeña piel de zorro blanco que parecía haber aguantado mejor que las otras y que descongelaría para regalarla, ya veríamos a quién. En lo que parecía haber hecho las veces de cocina, tuvo que disuadir a Angutretok de que abriera una lata de carne caducada desde hacía su buen medio siglo. Lo cierto es que era una lástima no poder llevarse los pocos objetos de valor que quedaban a bordo del *Nechilik*, unas bonitas lámparas de cobre, por ejemplo, una Biblia elegantemente encuadernada, o un soberbio sextante. Pero bastante cargados iban ya para el viaje de regreso, no podían permitirse acarrear ningún exceso de equipaje. Una vez hubieran comido, había que emprender el regreso.

Tardaron bastante en llegar a Port Radium, lastrados por la carga. A ratos, como un mecanismo de seguridad que se suelta sin avisar, se desataban pequeñas ráfagas de viento acerado que les frenaban y entorpecían la marcha. La primavera polar abría inesperadas brechas en el permafrost: en una ocasión Ferrer se hundió hasta medio muslo y resultó trabajosísimo extraerle de allí, secarle y hacerle entrar en calor. Hablaban menos aún que a la ida, comían aprisa y corriendo y dormían con un ojo abierto. Ferrer, en cualquier caso, sólo pensaba en su botín. En Port Radium, a través de unos primos segundos, Angutretok le consiguió una habitación de cemento en una

especie de club, o de residencia, que era cuanto podía hacer las veces de hotel en el poblado. Al fin solo en aquella habitación, y una vez abiertos los baúles, Ferrer hizo un inventario del contenido.

Se trataba, en efecto, de arte paleoballenero en extremo excepcional, muestra de los distintos estilos que le habían dado a conocer Delahaye y otros expertos. Entre otras cosas, había dos colmillos de mamut esculpidos cubiertos de vivianita azul, seis pares de gafas de nieve talladas en candiles de reno, una pequeña ballena esculpida en una barba de ballena, una armadura de marfil con lazos, un aparato de reventar ojos de caribú hecho con asta de caribú, piedras con inscripciones, muñecas de cuarzo, tentetiesos de cúbito de foca, de cuerno de buey almizclero, colmillos de narval y de tiburón grabados, anillas y punzones forjados con níquel de meteorito. Había también una buena cantidad de objetos mágicos y funerarios con forma de *bretzel* o de eslabón, confeccionados con esteatita o nefrita pulida, con jaspe, con pizarra verde y sílex azul, gris, negro y todos los colores de la serpentina. También máscaras de toda índole y, por último, una colección de cráneos con las bocas rellenas con barras en forma de raíl de obsidiana, las órbitas obturadas con bolas de marfil y pupilas de azabache incrustadas. Una fortuna.

Cambiamos un instante de horizontes, si no les importa, y pasemos a reunirnos con el hombre que responde al nombre de Baumgartner. Hoy viernes 22 de junio, mientras Ferrer patea en la banquisa, Baumgartner viste un traje cruzado de lana virgen color antracita, una camisa color pizarra y una corbata color hierro. Aunque acaba de empezar oficialmente el verano, el cielo hace juego con esta indumentaria, expectorando, zafio, pequeñas lloviznas intermitentes. Baumgartner sube por la rue de Suez, donde está la estación de metro Château-Rouge, en el distrito XVIII de París. Es una de esas callejuelas aledañas del boulevard Barbès donde proliferan las carnicerías africanas, los vendedores de gallinas vivas, de antenas parabólicas y de alegres telas polícromas de tipo bombasí, batik y java, estampadas en Holanda.

En el lado par de la rue de Suez, la mayor parte de las puertas y ventanas de los vetustos y deprimentes edificios están cegadas con bloques dispuestos en opus incertum, señal de expropiación previa a la demolición. Uno de los edificios no está totalmente taponado: dos ventanas del último piso apenas respiran aún. Sus cristales, protegiendo unas cortinas medio caídas, están cubiertos de polvo —uno roto transversalmente y reforzado con cinta aislante, otro inexistente, sustituido por una bolsa de basura negra—. Encajonado a mitad de calle, el portal del edificio da primero a dos hileras de buzones anónimos despanzurrados, y luego a una escalera de peldaños irregulares y paredes en las que se abren anchas grietas. Aquí y allá, colocados por los servicios de urbanismo de la ciudad, unos testigos flanqueados de fechas manuscritas dan fe de la implacable progresión de las fisuras. Como no funciona el interruptor, Baumgartner sube a tientas hasta el último piso. Llama con los nudillos a una puerta y, en el momento en que se dispone a empujarla sin aguardar respuesta, la puerta se abre sola y sale apresuradamente un tipo alto, seco y enjuto, de unos treinta años, que está a punto de atropellar a Baumgartner. En la oscuridad, Baumgartner apenas distingue a ese tipo —largo rostro y frente despoblada, malévolas sonrisa y nariz aguileña, finas patillas rematadas en forma de coma, taciturno— y sin duda nictálope, ya que baja corriendo, sin un titubeo, la escalera oscura.

Al empujar la puerta, Baumgartner sabe que no le gustará cerrarla tras él: el asfixiante tugurio en el que penetra no inspira, en efecto, sensaciones gratas, es una suerte de solar interior, un solar vuelto como un guante. Si bien está rodeado de cuatro paredes y protegido por un techo, el suelo es una nebulosa capa de desperdicios, envases de alimentos caducados, montículos de pingajos, revistas despedazadas y prospectos enmohecidos, apenas visibles a la luz de un trozo de vela hincado en un botellín de cerveza colocado sobre una caja de embalaje. El aire, caldeado en exceso por una estufa de butano, no es sino un bloque de olores a cerrado, a moho y a gas en combustión. Se respira mal. En la cabecera del colchón,

un radiocasete difunde muy quedo una música cualquiera.

Los rasgos del joven tumbado en ese colchón de musgo purulento, en un amasijo de mantas y colchones destripados, son también un tanto nebulosos. Baumgartner se acerca y aquel joven, que tiene los ojos cerrados, no parece muy rozagante. Antes bien parece un poco muerto. Comoquiera que el radiocasete sirve de soporte a una cucharilla y unas jeringuillas, un trozo de algodón sucio y los restos de un limón, Baumgartner comprende de inmediato de qué va la cosa, pero aun así se inquieta. Eh, Fletán, dice, eh. Fletán. Al inclinarse, ve que Fletán respira, no parece ser más que un malestar, siempre que no sea un exceso de bienestar. En cualquier caso, aun acercándose, aun añadiendo otra vela, cualesquiera que sean la distancia y la luz, la fisonomía de Fletán permanece imprecisa, como si la naturaleza le hubiera dispensado de tener un aspecto concreto. Es un personaje pálido y sin pretensiones, ropa oscura asimismo sin pretensiones, aunque tampoco parece exageradamente sucio. He aquí que abre un ojo.

He aquí que incluso se incorpora cansinamente sobre el antebrazo izquierdo y tiende una mano a Baumgartner, que retira la suya cuanto antes de esos dedos tibios y ligeramente aceitosos, retrocede y, buscando con la mirada una silla, no ve más que un taburete cojo, de modo que renuncia y sigue de pie. El otro se deja caer en su sustentáculo, quejándose de que le están entrando náuseas. Creo que necesito té, dice con voz morosa, pero la verdad es que no me veo con fuerzas para levantarme, la verdad es que no. Baumgartner tuerce el gesto pero tal vez no puede negarse, da la impresión de que necesite que el otro recobre un poco el dominio de sus facultades. Como sea que ve un vago hervidor colocado junto a un oscuro lavabo, lo llena y lo pone a calentar en un hornillo de gas; luego localiza al fondo del solar una taza sin asa y un tazón desportillado. Estos recipientes son desproporcionados.

Fletán, que ha cerrado los ojos, sonrío y hace muecas, ahora alternativamente. Mientras el agua se calienta, Baumgartner busca azúcar en vano, utiliza, a falta de otra cosa mejor, los restos de limón, mientras el radiocasete continúa matando el tiempo. Bueno, dice al final Fletán, ¿cuándo ponemos la cosa en marcha?

Cuestión de días, contesta Baumgartner extrayendo del bolsillo un teléfono móvil, en principio durante este mes. Eso sí, a partir de ahora, he de poder contactar contigo en cualquier momento, dice alargándole el aparato al joven. Tendrás que estar listo en cuanto se presente la cosa.

Fletán coge el teléfono, explorando simultáneamente su ventana nasal izquierda con el dedo índice y luego examinando uno tras otro tanto el móvil como su dedo: Estupendo, concluye de este examen, ¿qué número es? Por el número no te preocupes, dice Baumgartner, únicamente lo conozco yo y está muy bien así. Antes que nada, quiero que sepas una cosa sobre este teléfono. No está preparado para hacer llamadas, ¿entiendes? Sólo sirve para recibirlas. Sólo sirve para escucharme a mí

cuando te llame, me explico, ¿no? Muy bien, dice el joven sonándose en esta ocasión en la manga. Así que has de llevarlo siempre contigo, por supuesto, dice Baumgartner llenando los recipientes. Por supuesto, dice Fletán. Lo único, añade Fletán, es que necesitaría un pequeño adelanto.

Naturalmente, reconoce Baumgartner mientras busca en el bolsillo seis billetes de quinientos francos prendidos con un clip. Está bien, comenta Fletán devolviéndole el clip. Pero más estaría desde luego mejor. No, dice Baumgartner señalando el material depositado sobre el radiocasete, porque te conozco, y te lo pulirás otra vez en marranadas. Durante la negociación subsiguiente, al término de la cual acaba soltando cuatro billetes más, Baumgartner despliega maquinalmente el clip hasta obtener un segmento más o menos rectilíneo.

Más tarde, ya en la calle, Baumgartner comprueba que ninguna mácula, ninguna miserable molécula suspendida en la atmósfera de la casa de Fletán se haya depositado en su ropa. Aun así, se la sacude como si el aire viciado hubiera podido contaminarla, pese a que ha procurado no entrar en contacto con nada; eso sí, tendrá que lavarse las manos y tal vez incluso los dientes cuando llegue a casa. Entretanto, se dirige a la estación de metro Château-Rouge para regresar a su nuevo domicilio. Todavía es una hora muerta y el metro está medio vacío: hay un montón de asientos disponibles, pero Baumgartner prefiere sentarse en un trasportín.

En el metro, cualquiera que sea el porcentaje de asientos ocupados del tren, e incluso cuando está vacío, Baumgartner prefiere siempre los trasportines a las banquetas, al revés que Ferrer, que prefiere éstas. En las banquetas, que están dispuestas unas frente a otras, Baumgartner se expondría forzosamente a sentarse al lado o enfrente de alguien, las más de las veces ambas cosas al mismo tiempo. Lo cual significaría frotamientos y molestias, contactos, problemas para cruzar y descruzar las piernas, miradas parásitas y conversaciones que no le interesan. Sin la menor duda, incluso cuando hay gran afluencia de gente, en cuyo caso no queda más remedio que levantarse para dejar un poco de sitio, el trasportín se le antoja preferible bajo todo punto de vista. Es individual, movable y cómodo de usar. Huelga decir que el trasportín aislado, poco frecuente por desgracia, a su juicio es todavía superior al trasportín pareado, que presenta a su vez algún peligro de molestias promiscuas —no tan perjudiciales, en cualquier caso, como las incomodidades de un asiento normal. Baumgartner es así.

Media hora más tarde, de regreso a su nuevo domicilio del boulevard Exelmans, Baumgartner, al descubrir el pedacito de alambre entre sus dedos, no puede resolverse decididamente a tirarlo: lo hunde en una maceta y se tumba en el sofá. Se dispone a cerrar los ojos, le gustaría dormir, abstraerse de todo aquello durante veinte minutos, media hora por favor, pero no, no hay manera.

Tampoco Ferrer, por supuesto, había pegado ojo en toda la noche. Arrodillado ante los baúles abiertos, había dado mil vueltas a los objetos en todos los sentidos. Ahora estaba agotado, no le quedaban fuerzas para mirarlos, no sabía ya lo que veía, carecía incluso de energías para disfrutar de su contemplación. Acribillado de agujetas, se incorporó protestando, caminó hacia la ventana al ver que se hacía de día, pero no, malentendido, en Port Radium, el día, como él, también había estado en vela.

La habitación de Ferrer parecía un pequeño dormitorio individual, lo cual parece contradictorio y sin embargo es así: paredes lívidas y vacías, bombilla en el techo, suelo de linóleo, lavabo agrietado en un rincón, literas superpuestas de las que Ferrer eligió el piso inferior, televisor fuera de servicio, ropero que sólo contenía un juego de cartas —providencial a primera vista para hacer solitarios, pero en realidad inutilizable por amputación del as de corazones—, fuerte olor a grasoil y calefacción balbuceante. Nada que leer, aunque tampoco tenía muchas ganas de leer. Al final consiguió dormirse.

Después de la visita al *Nechilik*, se respiraría un poco en Port Radium —cada vez que se respirase, por lo demás, una tromba de vapor espiral, denso como el algodón, escaparía de los labios de uno hasta aplastarse contra el mármol helado del aire—. Una vez pagó sus emolumentos a Angutretok y a Napaseekadlak tras agradecerles sus servicios, y ya de regreso éstos a Tuktoyaktuk, Ferrer hubo de permanecer dos largas semanas en aquella ciudad cuyo equipamiento hotelero se limitaba a aquella habitación, contigua a una lavandería. Si aquel edificio era un club, un anejo o un albergue Ferrer no llegó a saberlo nunca exactamente, dado que estaba siempre vacío y su gerente era mudo. Desde luego, charlatán no era; tal vez en el fondo desconfiaba, pues escaseaban los turistas por aquellos pagos, olvidados de Dios y de los hombres: los días son interminables, las distracciones nulas, y hace un tiempo de perros. Como sea que no hay puesto de policía ni representante de autoridad alguna, cabe sospechar que todo extranjero residente allí huye de alguna justicia. No pocos días y dólares, sonrisas y lenguaje de signos necesitó Ferrer para limar, por fin, la circunspección de aquel gerente.

Como tampoco fue fácil encontrar entre los habitantes de Port Radium a un artesano capaz de confeccionar contenedores adecuados para la carga del *Nechilik*. Máxime porque la madera, bajo aquellos climas, no existe prácticamente: tan difícil es conseguirla como todo lo demás, pero, como siempre, todo es posible si se le pone un precio. Ferrer fue a ver al dueño del supermercado, que accedió a adaptar a las dimensiones deseadas sólidos embalajes de televisores, neveras y utensilios. Aquello llevaría lo suyo y Ferrer tuvo que armarse de paciencia. Por lo general no salía de la habitación, pues no quería alejarse de sus antigüedades, y se aburría como una ostra

una vez se hartaba de contemplarlas. Y es que Port Radium puede llegar a ser un auténtico latazo, porque casi nunca pasa nada, en especial los domingos, en los que se alían estrechamente, en su más alto grado de eficacia, el aburrimiento, el silencio y el frío.

A veces salía a dar una vuelta, pero tampoco había gran cosa que ver: tres veces más perros que personas y veinte casitas de tonos suaves y tejados de chapa, con dos hileras de edificios que daban al puerto. De todas formas, habida cuenta de la temperatura, nunca permanecía fuera mucho tiempo. Avanzaba por las calles casi desiertas y contorneaba rápidamente aquellas casas achaflanadas para evitar que el frío se aferrara a las esquinas, para dejar la menor presa posible al hielo. Dirigiéndose hacia el desembarcadero, recorría el dispensario pintado de amarillo, la oficina de correos verde, el supermercado rojo y el garaje azul, ante el que se veían hileras de skidoos. En el puerto, otras hileras de barcos en dique seco aguardaban una estación más benigna. Gran parte de la nieve se había fundido en tierra firme, pero la banquisa, tan sólo horadada por un estrecho canal, seguía obstruyendo gran parte de la bahía.

A veces, en medio de la calma general, observaba alguna que otra actividad. Dos personas previsoras, aprovechando el deshielo, abrían agujeros en el suelo momentáneamente blando, con vistas a enterrar a aquellos familiares que murieran durante el invierno siguiente. Otras dos, rodeadas de materiales prefabricados, construían su casa siguiendo atentamente las instrucciones merced a un vídeo explicativo; un grupo electrógeno, lacerando el silencio, alimentaba el magnetoscopio al aire libre. Tres niños llevaban botellas vacías al supermercado. Por la zona del puerto, una vieja iglesia metálica dominaba la orilla, donde dos zodiacs de color gris hierro, tras abrirse paso por el canal, desembarcaban dando tumbos a doce pasajeros vestidos con anoraks y calzados con gruesos zapatos. La capa helada del lago había empezado a resquebrajarse en anchas placas de contornos simples, cual piezas de un puzzle elemental para principiantes. Más allá, un centenar de icebergs de todos los tamaños se contoneaban bajo el pálido sol. Al regresar hacia su domicilio, Ferrer se cruzó de nuevo con los dos hombres que montaban su casa. Probablemente para pensar en otra cosa, para hacer una pausa, habían sustituido la cinta de vídeo del constructor por otra de carácter pornográfico y la miraban muy serios, de pie, inmóviles y pensativos, sin decir palabra.

Los primeros días, Ferrer comió solo en su habitación y sólo pudo intentar comunicarse con el gerente. Pero la conversación del gerente, incluso cuando pareció perder el recelo, tampoco era para morir. Además, expresarse sólo con gestos acaba cansando. Durante sus breves salidas, los indígenas con los que se cruzaba ocasionalmente siempre le sonreían; Ferrer les devolvía la sonrisa, y ahí quedaba todo. Hasta que, la antevíspera de su marcha, mientras intentaba echar una ojeada

desde su ventana amarillenta al interior de una casa, divisó a una muchacha, en segundo plano, que le sonreía como los demás. Como hacía con los demás, Ferrer le devolvió la sonrisa, pero en esa ocasión metieron baza los padres. Joviales, sin otra cosa que hacer aparentemente, le invitaron a pasar a tomar una copa: para refrescar el whisky, mandaron a la chica a romper un poco de hielo en el iceberg más cercano, luego empinaron el codo en mal inglés y al poco le invitaban a cenar mousse de foca y bistecs de ballena joven. Pero primero le enseñaron la casa: bien aislada, teléfono y televisión, monumental estufa y cocina moderna, mobiliario de madera blanca de tipo nórdico, pero que se encuentra hasta en los suburbios de París.

Ferrer fraternizó pues con toda la familia Aputiarjuk. En la mesa le costó lo suyo comprender la profesión del padre hasta que comprendió que éste no tenía profesión. El hombre, beneficiario de subsidios, prefería cazar focas al aire libre a sudar en una pequeña oficina, en una gran fábrica o en un enorme barco. La misma pesca, a los ojos de aquel hombre, no era más que un horroroso medio de sustento: no hay nada como cazar focas, el único deporte de verdad que produce auténtico placer. Uniéndose Ferrer a los brindis de los demás, bebieron generosamente por la caza de la foca, bebieron afectuosamente a la salud de los cazadores de focas, bebieron con entusiasmo a la salud de las focas en general y, al poco, como sea que el alcohol exalta los afectos, le invitaban incluso a pasar la noche allí si quería, compartiría sin ningún problema la habitación de la hija y se contarían sus sueños al día siguiente, según acostumbran hacer, bajo aquellos climas, todas las familias por las mañanas. Dificilísimo lo tenía Ferrer para negarse, las lámparas difundían una luz suave y en la radio ponían canciones de Tony Bennett, hacía calor, la estufa zumbaba, todo el mundo se reía y la muchacha le sonreía, ah, qué maravilla, Port Radium.

Así pues, tras su visita a Fletán del otro día, Baumgartner regresó a su nuevo domicilio en un transportín de metro. Ha transcurrido una semana desde entonces. Esa vivienda se halla a escasa distancia de la rue Michel-Ange, tras un horrible pórtico del boulevard Exelmans: tres mansiones se yerguen allí diseminadas en medio de un amplio jardín, al otro lado de la embajada de Vietnam.

Es difícil hacerse una idea de lo bonito que es el distrito XVI visto desde dentro. La gente tiende a pensar que es tan triste como parece, pero se equivoca. Esos austeros bulevares y esas mortíferas calles, concebidos como murallas o máscaras, no son siniestros sino en apariencia: camuflan edificios sorprendentemente gratos. Ocurre que una de las más ingeniosas argucias de los ricos consiste en hacer creer que se aburren en sus barrios, hasta tal punto que llegamos casi a apiadarnos de ellos, a compadecerlos, a condolernos de su fortuna como si ésta fuese un handicap, como si impusiese un modo de vida deprimente. Imagínate. Es un craso error.

En la última planta de una de esas mansiones, Baumgartner ha alquilado por un dineral un enorme apartamento. Se accede a él por una escalera de un color verde muy oscuro, casi negro. Las paredes del apartamento son de mármol apagado, la chimenea es de mármol con vetas blancas, y hay focos incrustados en el techo. Largos anaqueles más o menos vacíos, larga mesa en la que yace un plato vacío, largo sofá cubierto con una funda azul. La estancia es lo bastante amplia como para que un gran piano Bechstein arrimado a un rincón no sea más que un detalle, para que el abultado televisor colocado en otra esquina parezca un minúsculo ojo de buey. Ningún otro mueble inútil. Un amplio ropero contiene un importante guardarropa compuesto de prendas de aspecto reciente. Altos ventanales que dan a acacias, claveles, hiedra y grava se abren a una terraza bordeada por una barandilla estrecha y hueca, llena de tierra en la que crecen sin entusiasmo malas hierbas y otras, entre ellas un diente de león.

Durante los escasos días que lleva viviendo allí, Baumgartner ha salido lo menos posible. Hace pocas compras y encarga la comida en el Minitel. Vive retirado del mundo, como si esperara su momento. No hace casi nada en todo el día. Da buenas propinas a los repartidores. Parece saber vivir solo, en plan soltero. Pero no lo es. Buena prueba de ello es que telefonea a su mujer.

El teléfono sin cable le permite hablar moviéndose por el apartamento. Sí, dice, transitando del Bechstein a la ventana, ya sabes lo que pasa cuando estás solo. Sobre todo, comida congelada, precisa, manipulando el mando de la televisión, quitando el sonido y pasando de uno a otro canal: series, documentales, concursos. No, dice, es verdad, me he dejado las vitaminas en casa. De todas formas, matiza sin acabar la frase y quitando la imagen para mirar por la ventana: nubes, ipomeas, urracas.

Bueno, pero no he visto ninguna farmacia por el barrio, de todas formas, prosigue regresando hacia el Bechstein y ajustando el taburete a su altura. Pisando la sordina, ejecuta en el teclado el único acorde de tres tonos que conoce. Ah sí, lo has oído, no, es un cuarto de cola. Escucha una cosa, estaría bien que te informases en cuanto él vuelva, sabes, dice, levantándose del piano. Al pasar delante de una maceta, extrae el pequeño alambre que hundió el otro día: lo desentierra y lo retuerce dándole distintas formas espiral, relámpago, antena de televisión.

Pues yo qué sé, exclama de repente Baumgartner, podrías camelártelo o algo así. Vale, claro, por supuesto que sabes, sonrió, masajeándose las narices. Pero creo que es mejor que yo me aleje un poco, no quiero exponerme a encontrarme con alguien. Conservo el apartamento, pero me marchó unos días fuera. Por supuesto que te llamaré. No, me marcharé hoy al caer la tarde, prefiero circular de noche. Por supuesto. Claro que no. Sí, un beso, yo también. Cuelga y marca el número, que sólo conoce él, del móvil que le dejó a Fletán. El otro tarda un buen rato en ponerse. Sí, dice Fletán, soy yo, ah sí, qué tal. A primera vista, la voz de Fletán suena un tanto turbia: es un farfulleo espeso y lento, confuso y vagamente soñoliento, en el que las consonantes arrastran pesadamente a las vocales tras ellas.

Y en casa de Fletán, donde la luz sigue siendo mortecina, la silueta del tipo alto vestido de oscuro con quien se cruzara Baumgartner el otro día en la escalera trajina no se sabe qué con una hoja de Gillette sobre un espejo de bolsillo cerca del radiocasete, no se ve nada. El tipo alto vestido de oscuro sonríe con expresión dura sin dejar de trajinar.

Qué, dice Fletán, ¿qué le pasa a mi voz? Le digo que no he tomado nada, lo que pasa es que estaba durmiendo, nada más, nunca estoy muy fino cuando me levanto. ¿A usted no le pasa? (El tipo alto de oscuro finge troncharse en silencio de manera desproporcionada, aunque evitando expeler aire bruscamente por temor a diseminar dos pequeñas líneas blancas que tiene bajo los ojos.) El problema es que voy a necesitar un poco de pasta. (El tipo vestido de oscuro asiente enérgicamente con la cabeza.) ¿Cómo que ni hablar? (El tipo frunce el ceño.) Pero oiga, aguarde un momento. Me ha colgado en las narices, tío.

Tras colgar, Baumgartner se dispone a preparar la maleta. Como sea que tarda un poco en elegir minuciosamente las prendas, cada una en función de las otras, como sea que aprovecha además para examinarlas todas, la operación le lleva una hora, pero tiene tiempo de sobra: no saldrá de París hasta el anochecer. Cogerá la carretera de circunvalación hasta la autopista y todo seguido hasta el sudoeste de Francia vía Poitiers, donde pasará la noche.

Durante las semanas siguientes, Baumgartner circulará como un turista por toda la Aquitania, solo, cambiando de hotel cada tres noches, durmiendo completamente solo. No parecerá moverse con un propósito especial, actuar según un plan

preconcebido. Saliendo cada vez menos, muy pronto, del departamento de los Pyrénées-Atlantiques, matará el tiempo en los escasos museos que encuentre, visitará cada mañana iglesias, agotará todos los lugares turísticos, por las tardes irá a ver a cines vacíos películas extranjeras dobladas al francés. En ocasiones circulará al azar durante horas, contemplando apenas el paisaje, escuchando distraídamente las emisoras de radio españolas y deteniéndose tan sólo para orinar en el arcén, contra un árbol o en una cuneta, a veces también se pasará todo el día en la habitación del hotel, frente a pilas de revistas o mirando series televisivas.

Baumgartner, que aparentemente va buscando discreción, que parecerá querer pasar desapercibido, procurará hablar con el menor número de personas posible, pero, siquiera por no perder el uso de la palabra, continuará llamando cada noche a su mujer y a Fletán cada cuatro o cinco días. Pero fuera de eso, ya sea en el Clos Zéphyr (Bayona), en la residencia de Les Meulières (junto a Anglet) o en el hotel Albizzia (afueras de San Juan de Luz), no se acercará nunca a nadie.

Por una parte, un conejo aterrorizado que al rayar el alba corre a toda velocidad por una amplia planicie cubierta de hierba. Por otra, un hurón llamado Winston que persigue a dicho conejo. Este, al divisar no muy lejos el umbral de su madriguera, se imagina, inocente de él, que ha sorteado el mal paso y que allí está su salvación, pero apenas se precipita en el agujero, arrojándose al fondo para protegerse, el hurón lanzado tras él le da alcance en ese callejón sin salida, lo agarra por la carótida y lo mata en la oscuridad. Luego, sin prisa, lo vacía y se atiborra de su sangre, de lo que dan fe ligeros crujidos de fracturas y obscenos ruidos de succión. Ahíto, aspirando a una merecida siesta, el hurón se duerme luego junto a su presa.

Por otra parte, dos técnicos de los Aeropuertos de París, que aguardan cerca de la entrada de la madriguera. Tan pronto consideran que la siesta ha durado bastante, llaman varias veces al hurón por su nombre. Winston reaparece al cabo de un rato, la mirada cargada de reproches y arrastrando el cuerpo del conejo, en cuyo cuello ha plantado los incisivos como grapas. Los técnicos cogen el cadáver por las orejas y encierran a Winston en su jaula. Tras plantearse como siempre el asunto del reparto del conejo, el asunto de su preparación y el asunto de la salsa, suben a un pequeño vehículo eléctrico y se alejan entre las pistas del aeropuerto, sobre una de las cuales acaba de posarse el vuelo QN560 procedente de Montreal, del que desciende Ferrer, con dolores y agujetas debido al desfase horario.

Se había visto obligado a pasar más tiempo de lo previsto en Port Radium. Cordialmente aceptado por la familia Aputiarjuk, en cuya casa acabó comiendo y cenando a diario y cuya hija acudía cada noche a su habitación, había dejado un poco de lado la confección de los contenedores. Es más, a decir verdad, tan grato era el hogar de los Aputiarjuk que durante unos días se olvidó un poco de sus antigüedades. Días felices en Port Radium. Pero una vez hechos los contenedores, no le quedaba más remedio que marcharse. Ferrer temía un poco decepcionar a la familia, para variar, pero los Aputiarjuk no pusieron la menor objeción, conscientes de que jamás sería su yerno, y la despedida fue, a fin de cuentas, más bien alegre.

Alquilar un Twin Otter, modelo de pequeño bimotor utilizado en las regiones polares, y bregar con los aduaneros de Montreal llevó también su tiempo. Hasta que llegó el día de regresar a Francia y, bueno, allí estábamos. Era de nuevo un domingo, de las primeras semanas de julio, muy temprano, acababan de concluir las faenas nocturnas de barrido, decapado, fregado y lustrado del aeropuerto, las escaleras y cintas mecánicas tornaban a ponerse en marcha produciendo un largo concierto de murmullos.

A esas horas no trabajaba casi nadie, salvo los aduaneros y los médicos del aeropuerto, demasiado ocupados por una banda de seudojoyeros paquistaníes y de

supuestos turistas colombianos como para prestar mayor atención a Ferrer. Amén de radiografiar a aquellos justiciables y atiborrarlos de productos laxantes para que expulsaran sus piedras preciosas y sus óvulos de cocaína, y de verse obligados a regañadientes a enfundarse unos guantes para rescatar tales objetos, era también función suya descubrir a los traficantes de migalas y de boas constrictor, de cartones de cigarrillos rubios ocultos bajo la harina de mandioca, de productos escindibles y de imitaciones. Dada la afluencia de gente aquella mañana, Ferrer atravesó sin demasiados problemas la zona de flete saturada de paquetes sospechosos y pasó ignorado por unos controles de oficiales de la policía judicial y de empleados del Ministerio de Hacienda. Luego, una vez recobrados sus contenedores, tuvo que telefonar para que viniera a cargarlos una furgoneta. Como era domingo, la cosa sería más complicada, pero Rajputek, que se despertó sobresaltado, acabó aceptando acudir no sin refunfuñar lo suyo. Mientras llegaba su vehículo, Ferrer se fue de nuevo a la sala de espera del centro espiritual.

El centro espiritual, simétrico al centro de negocios con respecto al Multistore, está situado en el subterráneo del aeropuerto, entre la escalera mecánica y el ascensor. La sala de espera es más bien fría y está amueblada con sillones metálicos, expositores repletos de folletos en siete lenguas y maceteros redondos con cinco especies de plantas distintas. En las hojas de tres puertas entreabiertas aparecen estampados una cruz, una estrella o una media luna. Ferrer, sentado en un sillón, hizo un repaso de los demás accesorios: un teléfono de pared, un extintor y un cepillo para limosnas.

Como es habitual a primera hora de la mañana, había poca gente. Ferrer aventuró tres miradas por los resquicios de las puertas. La microsinagoga estaba prácticamente desnuda, tres sillas en torno a una mesa baja. La microcapilla, lo mismo, unas macetas, una imagen de la Virgen, un libro de registro con bolígrafo incluido y dos avisos manuscritos: uno mencionaba la presencia del santo sacramento y el otro rogaba que no se llevaran el Bic. En la micromezquita había moqueta verde, un perchero y un felpudo junto al que reposaban unas cuantas Adidas, chancletas, mocasines y botas de fieles norteafricanos, centroafricanos y mediorientales.

Conforme avanzaba la mañana, fue apareciendo poco a poco la clientela del centro espiritual. Se componía no tanto de viajeros de tránsito cuanto de empleados del aeropuerto, personal de mantenimiento vestido con monos, guardias de seguridad con frecuencia negros y siempre muy fornidos, talkie-walkies y buscas en bandolera. Entraron también usuarios civiles: una atractiva monja libanesa, una madre y su altísimo hijo búlgaros, un joven bajo, esmirriado y con barba, de aspecto etíope: sus ojos enrojecidos reflejaban el horror al vacío, el miedo a volar, antes de subir al avión deseaba recibir el sacramento de un sacerdote que a regañadientes Ferrer tuvo que reconocer no ser.

La furgoneta conducida por Rajputek se presentó a última hora de la mañana. Una vez cargados los contenedores y descargados en la galería, cuidadosamente almacenados en el taller, Ferrer regresó andando a su domicilio. Al abandonar la galería camino de su casa, echó una ojeada en la obra de enfrente: daba la impresión de que habían terminado de excavar, habían instalado unas casetas metálicas para albergar máquinas y hombres y empezaban a montar dos grandes grúas con ayuda de una inmensa grúa roja. Entre semana el ruido podía ser infernal, ya veríamos.

Entretanto, aquel domingo de verano, el silencio de París recordaba el de la banquisa, salvo que el hielo había pasado a ser alquitrán, cuya superficie se derretía al sol. En el rellano de su casa, le sorprendió la ausencia de Extatics Elixir, como si el silencio urbano lo hubiera hecho desaparecer todo, diezmando incluso el capítulo de los perfumes. La portera le informó de que Bérangère Eisenmann se había mudado en su ausencia. Por lo tanto, ninguna mujer disponible de momento. Ferrer se lo tomó moderadamente bien y, al deshacer el equipaje, se encontró con la piel de zorro que se había traído del *Nechilik*: estaba completamente putrefacta, los pelos se despegaban en placas de la piel, que, a temperatura normal, se había convertido en un viejo pegamento purulento y petrificado. Ferrer optó por tirarla y procedió a examinar el correo.

De entrada era una montaña de correo pero, una vez pagadas las facturas y arrojadas las esquelas, invitaciones, circulares y revistas, no quedó más que una citación en el juzgado, de allí a tres meses, el 10 de octubre, para un encuentro con Suzanne de cara a la tramitación del divorcio en curso. Ferrer estaría entonces estupendamente sin ninguna mujer en absoluto, pero ya lo conocemos, poco duraría la cosa. Seguro que pronto caería otra.

Y mira, qué decíamos, no han pasado dos días y ya aparece otra. El martes por la mañana, Ferrer había quedado en la galería con el experto, que se presentó flanqueado por un hombre y una mujer: sus ayudantes. El experto se llamaba Jean-Philippe Raymond, rondando los cincuenta, renegrida silueta afilada de cuchillo de caza, como perdida en una ropa demasiado ancha, elocución confusa, mueca dubitativa y mirada inquisidora. Se movía con prudencia inestable y desequilibrada, apoyándose en el respaldo de las sillas como en la borda de un barco sometido a fuerza 9 en la escala de Beaufort. Ferrer, que había recurrido ya dos o tres veces a sus servicios, conocía un poco a aquel experto. El ayudante caminaba con más aplomo, ayudándose para ello de la extracción continua de cacahuetes tostados de su bolsillo y limpiándose los dedos cada cinco minutos con un Kleenex translúcido. La ayudante, que andaba por los treinta, respondía fríamente al nombre de Sonia. Rubia, de ojos grises y hermoso rostro austero que dejaba traslucir hielo o brasa, traje sastre negro y blusa crema, sus manos estaban continuamente ocupadas, por un paquete de Benson una y por un móvil Ericsson la otra.

Ferrer les señaló unas sillas y desempaquetó los objetos llegados del frío. Jean-François Raymond procedió a examinar con expresión huraña aquellas antigüedades sin hacer el menor comentario, emitiendo tan sólo de cuando en cuando esotéricas indicaciones codificadas, acompañadas de números y letras. De pie tras él, Sonia las susurraba en el Ericsson dirigidas a no se sabía quién, y acto seguido susurraba las respuestas igual de abstractas facilitadas por su interlocutor, luego encendía otro Benson. Tras lo cual, el experto y su ayudante deliberaron herméticamente en tanto que Ferrer, renunciando a comprender nada, intercambiaba cada vez más miradas con Sonia.

Ya conocemos esos intercambios de miradas intrigadas que se dirigen a primera vista pero con insistencia dos desconocidos que se gustan de inmediato en medio de un grupo. Son miradas de un instante pero serias y levemente inquietas, muy breves al tiempo que muy prolongadas, cuya duración parece muy superior a la que tienen en realidad, y que se deslizan clandestinamente en las conversaciones del grupo, que no repara en nada o hace como si no. Ello provoca nervios, en cualquier caso, como lo demuestra el hecho de que la ayudante Sonia pareció en una ocasión confundir las funciones de sus accesorios, hablando dos segundos con su paquete de Benson.

La tasación de los objetos llevó cosa de una hora, sin que ninguno de los dos hombres se volviese un instante hacia Ferrer, pero, al concluir, la boca de Jean-Philippe Raymond se torció en un inquietante rictus escéptico. Sus comisuras apuntaron hacia el suelo mientras, al tiempo que sacudía la cabeza con malhumor, trazaba unas columnas de signos en una estrecha libreta encuadernada en piel de

lagarto púrpura. Ferrer, al ver la expresión de su cara, pensó: la hemos jodido, esto no vale un pimiento, todo ese viaje para nada. Pero, a renglón seguido, el experto dejó caer su estimación. Aquella cantidad, aunque enunciada sin contar los impuestos y en tono desdeñoso, equivalía más o menos a la venta de uno o dos pequeños castillos del Loira. No le hablo de los grandes castillos del Loira, ojo, no le hablo a usted de Chambord o de Chenonceaux, le hablo de los pequeños o medianos, tipo Montcontour o Talcy, lo que no está ya nada mal. Por supuesto, tendrá usted caja fuerte, supuso el experto. Pues la verdad es que no, contestó Ferrer, caja fuerte no tengo. Bueno, sí, tengo una vieja ahí detrás, pero es un poco pequeña.

Tendrá que meter todo esto en una caja fuerte, dijo muy serio Jean-Philippe Raymond, en una caja fuerte grande. No puede guardarlo aquí. Y no estaría mal que hablara con una compañía de seguros, no tiene usted caja fuerte, pero tendrá compañía de seguros, ¿no? Bien, dijo Ferrer, me ocuparé de todo eso mañana. Yo en su caso, dijo Raymond levantándose, no lo dejaría para mañana, pero en fin, allá usted. Me voy corriendo, le dejó con Sonia para el pago de los gastos de la tasación. Puede usted solventarlo todo con ella. Solventarlo todo con ella, piensa Ferrer, pues claro.

¿Y cómo van los negocios, aparte de esto?, preguntó Raymond mientras se ponía el abrigo. ¿Qué tal la galería? Va bien, aseguró Ferrer. Tengo algunos famosos, aventuró para impresionar a Sonia. Pero a los famosos no puedo exponerlos cada dos años, comprende, están demasiado solicitados. Tengo también jovencitos que acaban de triunfar, pero eso es otro problema, claro. A los jovencitos no les puedes hacer exponer muy a menudo, si no, la gente se cansa enseguida, así que expongo algún cuadro suyo de vez en cuando, no más. Lo que estaría bien, añadió explayándose, sería organizarles una pequeña exposición en la planta de arriba, si tuviera planta de arriba, en fin, ya ve, pero la cosa va, va bien. Se interrumpió, consciente de que empezaba a hablar al vacío y de que todos miraban a otro sitio.

Pero, en efecto, una vez solventado el asunto de los gastos, no sería tan complicado invitar a cenar a Sonia, quien, aunque no lo dejara traslucir, seguro que se quedaba bastante impresionada. Hacía buen tiempo, estaría bien cenar en una terraza, donde el relato del viaje de Ferrer no dejaría de interesar a aquella joven en alto grado —tan alto grado que desactivaría su Ericsson encendiendo cada vez más Bensons—, luego la acompañaría hasta su domicilio, un pequeño dúplex no lejos del quai Branly. Y después de que acordaran tomarse la última copa, cuando Ferrer subiera a su casa, en la planta inferior de aquel dúplex se encontrarían con una muchacha de mirada apagada tras unas gruesas bifocales, abismada en unas fotocopias de derecho constitucional sobre las que reposarían tres envases vacíos de yogur de limón así como un pequeño aparato receptor, de plástico rosa oscuro, que parecería un juguete. En aquel piso reinaría un ambiente armonioso y no violento. Cojines rojos y rosas

flotarían en un sofá forrado de percal satinado y a flores. En una bandeja, a la suave luz de una lámpara, unas naranjas tendrían sombras de melocotones.

La muchacha y Sonia intercambiaron impresiones sobre Bruno, de quien Ferrer creyó comprender que tenía dos años y nueve meses y dormía en el nivel superior: el aparato receptor color rosa oscuro, llamado Babyphone, servía para recibir y transmitir sus eventuales llantos. Luego la canguro tardó una barbaridad en guardar sus apuntes, tirar sus envases de yogur a la basura y desconectar el Babyphone, hasta que se fue de una vez y pudieron arrojarse el uno sobre el otro como bailando torpemente de través, cual cangrejos abrazados, hacia la habitación de Sonia; luego un sostén negro desabrochado se depositó suavemente en la alfombra de aquella habitación, como un par de gafas de sol gigantes.

Pero, al cabo de un momento, enchufado y colocado de nuevo sobre la mesilla de noche, el Babyphone empezó a emitir una serie aguda de suspiros y gemidos, primero ligeros y haciendo contrapunto con los de Sonia, más o menos sopranísticos, pero muy pronto cubriéndolos para dar paso a un crescendo de plañidos, gritos y llantos estridentes. Inmediatamente se desencrustaron el uno del otro, sin método pero no sin mala conciencia, y Sonia subió a tranquilizar al joven Bruno.

Al quedarse solo, Ferrer, tentado de dormirse, juzgó práctico y discreto reducir antes que nada el nivel sonoro del Babyphone. Pero no dominaba ese tipo de aparatos y sin duda apretó una tecla inadecuada porque, en vez de reducir el volumen de los llantos y consuelos, modificó la frecuencia, que interfirió bruscamente en la de los agentes del orden, cuya tarea nocturna de prevención, vigilancia y represión pudo seguir perfectamente a partir de ese instante. Y ahora no había manera de parar el mecanismo, Ferrer empezó a apretar como un enajenado todos los botones, buscando una antena que torcer o un cable que cortar, intentando amortiguar el aparato con ayuda de una almohada, pero en vano: cada maniobra amplificaba, por el contrario, sus vociferaciones, aquello arreciaba de segundo en segundo. Ferrer acabó desistiendo de su empeño, vistiéndose a toda velocidad y largándose, acabando de abotonarse todo en la escalera, sin necesidad siquiera de huir discretamente a tal punto los clamores del Babyphone invadían el espacio, alcanzaban progresivamente todo el edificio. No llamaría durante los días siguientes.

La que sí le llamó al día siguiente fue Martine Delahaye, la viuda de su ayudante, a quien Ferrer conociera en la iglesia de Alésia el día del funeral. A Ferrer ya le había dado la impresión de que a pesar del luto parecía encontrarle interesante, pero pensó que no era para ella más que un hombro donde llorar. Y he aquí que ahora llama al caer la tarde, con un pretexto cualquiera, una historia de papeles de la Seguridad Social que Delahaye pudo dejarse en la galería, no hay modo de dar con ellos, por casualidad no estarán. Mucho me temo que no, dice Ferrer, nunca dejaba nada personal aquí. Pues menuda lata, dice Martine Delahaye. ¿No podría pasar a verle

igualmente?, sólo tomar una copa, me gustaría charlar con usted de recuerdos.

Va a ser complicado, miente Ferrer, que ni en broma quiere imaginarse el menor lío con la viuda Delahaye, acabo de volver de viaje y tengo que salir ahora mismo, no me va a dar tiempo. Lástima, qué le vamos a hacer, dice Martine Delahaye. ¿Se había ido usted muy lejos? Y Ferrer, para disculparse a sus propios ojos de su mentira, le cuenta, le relata someramente su viaje al Gran Norte. Magnífico, se entusiasma la viuda, siempre he soñado con ver esas regiones. Desde luego es bonito, dice bobamente Ferrer, desde luego es muy bonito. Qué suerte tiene usted, exclama la viuda, insistente, poderse tomar unas vacaciones en países como éstos. Verá, contesta Ferrer un poco picado, tampoco es que fueran vacaciones. Era un viaje profesional, sabe usted. Iba a buscar cosas para la galería. Magnífico, reitera la mujer con vehemencia, ¿y ha encontrado algo? Tengo unas cuantas piezas, dice prudentemente Ferrer, pero habrá que ver, no tengo una estimación exacta. Me encantaría verlas, dice Martine Delahaye, ¿cuándo las expone? No puedo decírselo de momento, dice Ferrer, todavía no he fijado una fecha, pero ya le mandaré una invitación. Sí, dice la viuda, mándeme una invitación, ¿prometido? Sí, contesta Ferrer, prometido.

Durante todo el periodo que nos ocupa, Baumgartner no había vivido pues más que en confortables hosterías, residencias y otros hoteles profusamente señalados con estrellas en las guías. En julio, por ejemplo, había pasado cuarenta y ocho horas en el hotel Albizzia, adonde había llegado al caer la tarde. La habitación, cuatrocientos veinte francos desayuno incluido, no estaba nada mal a primera vista: un poco grande pero acertadamente proporcionada, una suave luz penetraba por una ventana de formato 16/9 bordada de rosales trepadores. Alfombras de Anatolia, ducha multifuncional, vídeos eróticos de pago, colcha de color leonado y vista sobre un parquecillo poblado por estorninos en el que crecían eucaliptos secuestrados y mimosas de importación.

Los ensordecedores estorninos, que habían construido sus nidos bajo las tejas del Albizzia, en agujeros de paredes o de eucaliptos, amén de expresarse como siempre mediante silbidos, chirridos, tintineos y parodias de colegas, parecían haber enriquecido por añadidura sus cantos: adaptándose al entorno sonoro de nuestros días, no contentos con integrar en su repertorio los sonidos de los juegos electrónicos, las bocinas musicales, los jingles de las radios privadas, habían incluido ahora el pitido del móvil con el que Baumgartner, cada tres días, había llamado a Fletán antes de acostarse temprano con un libro.

Y con un periódico bajó al día siguiente temprano a desayunar al comedor del restaurante vacío. Todavía no había nadie a esas horas. Le llegaban ruidos de utensilios y voces ahogadas de la cocina, roces, ruidos de pasos amortiguados sin mayor interés: se había ajustado las gafas en la nariz sin alzar la cabeza del periódico.

Pero por ejemplo, ahora, unas semanas más tarde, Baumgartner se aloja en otro hotel más al norte, la residencia Les Meulières, por la zona de Anglet. Aquí no hay jardín sino un patio con vetustos plátanos entre los que rebulle una fuentecilla, o más bien un grueso surtidor que se contonea sobre sí mismo produciendo un ruido espumoso e irregular. La mayor parte del tiempo, ese ruido parece querer remedar salvas moderadas de aplausos, dispersas, poco entusiastas o puramente corteses. Pero a ratos también entra en sincronía consigo mismo y produce entonces durante unos instantes esa escansión de aplausos regulares, un tanto ridículos y binarios —otra, otra— que se desencadena cuando el público reclama el regreso del artista al escenario.

Como cada día, Baumgartner llama a su esposa, pero en esta ocasión la conversación telefónica dura más que de costumbre. Baumgartner le hace bastantes preguntas, anota las respuestas en el margen del periódico y corta la tira de papel. Se queda meditando. Vuelve a dar línea y marca ahora el número de Fletán. Fletán descuelga al instante. Bueno, le dice Baumgartner, creo que ha llegado el momento

de poner la cosa en marcha. En primer lugar vas a alquilar un pequeño furgón frigorífico, un camión no, eh, una simple camioneta. Ningún problema, dice Fletán, ¿por qué frigorífico? Tú no te preocupes, dice Baungartner. Digamos que para no romper la cadena del frío. Voy a darte un número de París, vuelvo mañana para quedarme unos días y me telefoneas en cuanto lo tengas. Bueno, dice Fletán, entendido. Me ocupo de ello mañana y le llamo inmediatamente después.

Pero ¿no va siendo hora ya de que Ferrer se centre un poco? ¿Va a pasarse la vida coleccionando esas aventuras insustanciales cuyo desenlace conoce de antemano, aventuras de las que ni siquiera piensa ya como antes que esta vez será la buena? Da la impresión de que ahora ante el primer obstáculo abandona: tras el asunto del Extatics Elixir ni siquiera se le ha ocurrido buscar la nueva dirección de Bérangère y tras el episodio del Babyphone no ha intentado volver a ver a Sonia. ¿Estará de vuelta de todo?

Entretanto, aprovechando que tiene un poco de tiempo, ha vuelto a visitar a su cardiólogo para someterse a un chequeo. Vamos a hacernos ese pequeño ecodoppler del que te hablé, le ha dicho Feldman, pasa por aquí. La habitación estaba sumida en una ligera penumbra taladrada por tres pantallas de ordenador aunque permitía ver en las paredes tres birriosas reproducciones, dos diplomas de angiología concedidos a Feldman por sociedades extranjeras y un marco con cristal que contenía fotografías de los suyos, entre otros un perro. Ferrer se ha quitado la ropa y se ha tumbado, desnudo a excepción de los calzoncillos, en la camilla forrada con papel absorbente azul. Se ha estremecido ligeramente, a pesar del calor. Tranquilo, relájate, ha dicho Feldman tras programar sus aparatos.

Acto seguido el cardiólogo ha procedido a aplicar el extremo de un objeto largo y oblongo, una especie de lápiz electrónico o algo por el estilo previamente untado con gel conductor, en distintas zonas del cuerpo de Ferrer, diferentes puntos del cuello, la ingle, los muslos y tobillos y la comisura de los ojos. Cada vez que el lápiz toca una de esas zonas, el ruido amplificado de los latidos arteriales suena estrepitosamente en los bailes de los ordenadores, sonidos temibles que tienen algo a la vez de resuellos de sónar, breves ráfagas de viento violento, ladridos de bulldog tartamudo o jadeos de marciano. Ferrer ha escuchado, pues, sus arterias al tiempo que, sincrónicamente, flashes de ondas hechas imágenes aparecían en forma de picos que desfilaban por la pantalla.

Todo eso ha durado un buen rato. Nada brillante, nada brillante, puedes limpiarte, resume Feldman, que arroja a Ferrer, arrancándole de la camilla donde descansaba, un trozo de papel absorbente azul con el que el otro se frota para quitarse el pegajoso gel que tiene esparcido por el cuerpo. Pero que nada brillante, insiste Feldman. Ni que decir tiene que vas a tener que ser muy prudente a partir de ahora. Vas a respetarme un poco el régimen que te prescribí. Por otra parte, disculpa la franqueza, pero me vas a hacer el favor de no follar demasiado por un tiempo. De todas formas, ahora no hay problema, dice Ferrer. Evita exponerte a temperaturas extremas, eh, ni demasiado frío ni demasiado calor porque, como ya te dije, eso es fatal para las personas como tú. Bueno, tampoco se te presentarán muchas ocasiones de hacerlo, en

tu profesión. Pues no, dice Ferrer sin pronunciar una palabra sobre su viaje al Gran Norte.

Por el momento, es una mañana de julio, la ciudad respira bastante calma, reina un ambiente de medio luto velado y Ferrer está solo en la terraza de un café de la place Saint-Sulpice, ante una cerveza. De Port Radium a Saint-Sulpice hay un buen trecho, desde luego, sus buenas seis horas de desfase horario, del que Ferrer todavía no se ha recuperado. Desoyendo los consejos de Jean-Philippe Raymond, ha dejado para el día siguiente lo de la caja fuerte y la compañía de seguros, llamará para concertar una cita luego, al final de la tarde. Entretanto, ha metido todas las antigüedades en un ropero que tiene llave, al fondo de la trastienda, que también ha cerrado. De momento descansa, aunque nadie descansa nunca de verdad, a veces lo decimos, nos imaginamos que descansamos o que vamos a descansar, pero apenas abrigamos una pequeña esperanza de hacerlo, en el fondo sabemos que no será así, son cosas que decimos cuando estamos cansados.

Aunque está cansado, y tal vez de vuelta de todo, Ferrer no renuncia a ver pasar a las mujeres, tan poco tapadas en esa época, tan deseables que a veces casi hace daño, como un fantasma de dolor en el plexo. Así, en ocasiones, se siente uno tan atraído por el espectáculo de la gente, que casi se olvida de pensar en sí mismo. Ferrer las examina a todas, tanto a las muy guapas como a las no muy guapas. Le gusta la mirada ausente, un tanto altiva, dominadora, que exhiben las muy guapas, pero también la mirada ausente y levemente despavorida, crispada, fija en el asfalto a sus pies, que adoptan las no muy guapas cuando son conscientes de que desde la terraza de un bar se las repasa con insistencia cuando no se tiene nada mejor que hacer, y de que se las juzga, por otra parte menos desfavorablemente de lo que ellas se imaginan. Además, es probable que hagan el amor, ellas también, como todo el mundo, y sin duda su rostro no es en absoluto el mismo en tales circunstancias, esas cosas pasan, y tal vez entonces la jerarquía de las muy guapas y de las no muy guapas cambia por completo. Pero los pensamientos de Ferrer no deben derivar hacia esos derroteros, se lo ha prohibido Feldman.

En ese mismo instante, Fletán se dirige andando hacia un enorme aparcamiento privado, custodiado por membrudos vigilantes ayudados por impresionantes perros, más allá de la carretera de circunvalación, detrás de la Porte de Champerret. Mientras camina, Fletán respira mejor que hace un rato. Cuando le pica la epidermis, aquí o allá, se rasca distraídamente, pero no es desagradable, podría caminar así mucho tiempo bajo el sol, avanza. Pasa delante de un precario taller —unos bancos de mecánico, un foso de vaciar el aceite, tres coches desigualmente desmontados, un torno de mano, ya se sabe—. Llega al aparcamiento, que parece especializado en vehículos utilitarios, camiones de carga pesados, remolques y semirremolques. El vigilante del aparcamiento, metido en su jaula transparente, donde reina sobre seis

pantallas de videovigilancia y dos ceniceros llenos, es bajo, compacto como una pila y sonriente como una puerta. Fletán le comunica que viene a buscar el furgón frigorífico que alguien había reservado la víspera por teléfono, el hombre asiente, parece al corriente, precede a Fletán hacia la cosa en cuestión.

Es una furgoneta blanca paralelepípeda, toda ángulos como una caja o como los barracones de Port Radium: su carrocería no está concebida para hender el aire. Encima de la cabina está instalado un pequeño motor rematado por una rejilla de ventilación que parece una placa de calefacción. El vigilante abre las puertas traseras, descubriendo un amplio espacio vacío de paredes metálicas y unos baldes de poliestireno amontonados al fondo. Aunque el interior está limpio y sin duda restregado con Kärcher, desprende un ligero olor a grasa coagulada, a sangre dulzona, a aponeurosis y a ganglio, sin duda se utiliza habitualmente para transportar carne al por menor.

Tras escuchar, sin prestar demasiada atención, las explicaciones que le da el hombre sobre el funcionamiento del vehículo, Fletán le entrega parte del dinero que le ha dado Baumgartner y deja que el otro empuje la puerta corredera antes de subir. Una vez se ha alejado el hombre, Fletán se saca del bolsillo un par de guantes de cocina de goma amarilla extra, cuya palma y dedos granulados se agarran a las superficies, evitando que resbalen los objetos. Fletán se los pone, conecta la llave de contacto y arranca. La marcha atrás rasca un poco, pero luego las velocidades entran armoniosamente mientras la camioneta se aleja hacia la carretera de circunvalación exterior, de la que saldremos por la Porte de Châtillon.

En la place de la Porte de Châtillon, Fletán aparca la camioneta en doble fila ante una cabina telefónica. Fletán se apea del vehículo, entra en la cabina, descuelga y pronuncia unas palabras. Parece recibir una breve respuesta y, abandonando en el aparato unas moléculas de sí mismo —fragmento de cerumen que obtura un agujero del auricular, gota de saliva en un orificio del micro—, cuelga enarcando una ceja. No parece muy convencido. Parece incluso un pelín circunspecto.

Baumgartner, por su parte, cuelga también el teléfono, sin que su rostro adopte una expresión particular. Pero él no parece descontento al dirigirse hacia una ventana del apartamento: pocas cosas que ver, Baumgartner abre la ventana: pocos sonidos, dos cantos de pájaros que se persiguen, una lejana bruma de tráfico automovilístico. Por fin ha regresado a París y a su apartamento del boulevard Exelmans, sin casas delante. Ya no le queda más que esperar, matar el tiempo mirando por la ventana, y cuando anochezca mirará la televisión. Pero, por el momento, sólo tiene la ventana.

El patio enlosado, en el que crecen tilos y acacias, contiene un jardincillo rodeado de setos que alberga un estanque con un surtidor vertical combado, incluso desequilibrado hoy, por un poco de viento. Algunos gorriones y dos o tres arrendajos o mirlas animan los árboles, acompañados de un saco de plástico blanquecino con la estampilla de Bricorama, atrapado en un nudo de ramas altas e hinchado por ese poco de viento como una pequeña vela, y que vibra y se estremece como un organismo, emitiendo chasquidos y sonidos de flauta. Debajo, yace volcada una bicicleta de niño, provista de estabilizadores. Tres exiguas farolas dispuestas en las esquinas del patio y tres cámaras de videovigilancia fijas encima de las puertas de cada mansión atalayan este pequeño panorama.

Aunque las ramas de los tilos ocultan la visibilidad entre las mansiones, Baumgartner distingue las terrazas con tumbonas a rayas y mesas de teca, los balcones y los grandes ventanales, las sofisticadas antenas de televisión. Más allá, se divisa una hilera de opulentos edificios que presenta ciertas disparidades arquitectónicas, pero todo casa, nada se da de patadas: 1910 se codea tan lujosamente con 1970 que la coexistencia es armoniosa, el dinero es lo bastante poderoso como para disipar los anacronismos.

Los habitantes de esas mansiones parecen coincidir en tener unos cuarenta y cinco años y ganarse bien la vida en diferentes ámbitos audiovisuales. Por ejemplo, en un despacho azul, una rolliza joven tocada con dos gruesos auriculares, que teclea en su ordenador el texto de un programa para amas de casa que Baumgartner suele oír, todos los días a eso de las once, en una emisora de radio estatal. Por ejemplo, un hombrecillo pelirrojo de mirada distraída y sonrisa fija que no suele despegarse de la tumbona de su terraza y que debe de ser productor, pues me da la impresión de que el desfile de jovencitas es continuo. Por ejemplo, una corresponsal de guerra de la televisión que para poco por casa, pues se pasa la vida en los escenarios de todos los conflictos, saltando de una mina a otra con su teléfono vía satélite, de los jmeres a los chechenos y de los yemenitas a los afganos. Como cuando vuelve se pasa el día durmiendo —postigos cerrados sobre desfase horario—, Baumgartner no la ve con frecuencia, salvo a veces en la pantalla.

Pero por el momento no ve a nadie. Como todas las mañanas, cinco o seis diplomáticos vestidos con chándal han hecho tai-chi en la parte trasera de la embajada de Vietnam. Pero ahora, al otro lado de la verja de la embajada, no hay más que un aro de baloncesto colgado de un árbol, un columpio asimétrico y una caja fuerte oxidada volcada de lado, y al fondo el gran muro de cemento desnudo con una silla vacía delante. Da la impresión de que hace más calor, más humedad al otro lado de esa verja, como si la embajada produjera un microclima del sudeste asiático.

Baumgartner, de todas formas, sólo mira al mundo desde bastante lejos. Por más que observe a la gente, se hace el despistado y no saluda a nadie, excepto, cada lunes, cuando le entrega su elevado alquiler, al dentista jubilado de la planta baja que le alquila el piso por semanas. Han llegado a ese arreglo, pues Baumgartner avisó desde un principio al dentista de que no se quedaría mucho tiempo, de que se marcharía sin duda inesperadamente. Enclaustrado casi siempre en ese apartamento, parece lógico que, como se aburre bastante, salga de vez en cuando a tomar un poco el aire.

Precisamente sale ahora a dar una vuelta y, hombre, la corresponsal de guerra se ha despertado y sale bostezando rumbo a alguna conferencia de prensa. Es una de esas rubias altas que circulan en un pequeño Austin, el suyo es verde esmeralda con techo blanco, radiador hundido, cristales llenos de etiquetas de aviso de grúa, que el prefecto de policía, un amigo, le hará quitar. Y es que éste es un barrio rico en el que vive bastante gente conocida, que conoce a su vez a bastante gente conocida, son barrios elegantes por los que acuden bastantes fotógrafos de prensa amarilla.

Y, mira por dónde, dos de éstos se han apostado bajo un porche de la rue Michel-Ange, provistos de voluminosos aparatos oblongos de plástico gris que tienen no tanto aspecto de cámaras cuanto de telescopios, periscopios, instrumentos quirúrgicos o incluso armas con sistema de objetivo provisto de rayos infrarrojos. Los paparazzi son sorprendentemente jóvenes y visten como para ir a la playa, camisa de manga corta y bermudas, pero ponen cara seria mientras vigilan el porche de enfrente, probablemente a la espera de que aparezca alguna superestrella con su nuevo novio. Baumgartner se detiene por curiosidad, aguarda un momento junto a ellos, discretamente y sin mostrar interés, hasta que los fotógrafos le sugieren no muy cortésmente que se largue. No discute y se aleja.

Está ocioso, casi dolorosamente ocioso, y se va a dar una vuelta por el cementerio de Auteuil, que está a dos pasos y es de dimensiones modestas; en él descansan bastantes ingleses barones y capitanes de barco. Algunas lápidas están rotas, abandonadas, otras están en proceso de restauración; uno de los monumentos funerarios, que parece un templete, decorado con estatuas y con la palabra *Credo* a modo de felpudo, al parecer esta siendo revocado. Baumgartner pasa sin detenerse ante la tumba de Delahaye —aunque vuelve sobre sus pasos para enderezar una maceta de azaleas volcada—, ante la de un desconocido sin duda duro de oído —*Con*

el cariño de sus amigos sordos de Orléans, grita la placa— y ante la de Hubert Robert —*Hijo respetuoso, esposo cariñoso, buen padre, amigo fiel*, murmura la placa —, y, bueno, ya está bien: sale del cementerio de Auteuil y sube por la rue Claude-Lorrain hacia Michel-Ange.

Donde, como la seperestrella deseada acaba de salir del porche acompañada de su nuevo novio, los dos fotógrafos han procedido a ametrallar a la pareja. El novio está radiante y sonrío embobado, la superestrella se petrifica y manda a los fotógrafos al cuerno, y Baumgartner, de regreso del cementerio y absorto en sus pensamientos, pasa sin darse cuenta ante el campo visual de sus objetivos antes de entrar en su casa. Allí se sirve una copa y mira de nuevo por la ventana a la espera de que finalice el día, que se toma su tiempo, que alarga indefinidamente las sombras de las cosas inmobiliarias y vegetales, de las escalinatas y de las acacias, hasta que éstas con su propia sombra son invadidas por una sombra mayor que atenúa sus contornos y sus colores, hasta absorberlos, beberlos, hacerlos apagarse y desaparecer, y en ese momento suena el teléfono.

Soy yo, dice Fletán, todo ha ido muy bien. ¿Seguro que no te han visto?, se inquieta Baumgartner. Descuide, dice Fletán, detrás no venía nadie. La verdad es que tampoco en la tienda había prácticamente nadie. Oiga, parece que eso del arte moderno no acaba de ir muy bien. Calla, cretino, dice Baumgartner, ¿y qué más? ¿Dónde está ahora el material? Todo está en el furgón frigorífico, según lo previsto, contesta Fletán, está bien aparcadito cerca de mi casa, en la plaza de garaje que alquiló usted. ¿Y qué hacemos ahora? Nos vemos mañana en Charenton, dice Baumgartner, ¿recuerdas las señas?

Entretanto, Ferrer sigue ante una cerveza, ésta y la anterior bajo el sol, pero, aunque no ha abandonado ese barrio de la Rive Gauche, ha cambiado de local. Ahora está sentado en el carrefour de l'Odéon, que, habitualmente, no es el sitio ideal para tomarse una copa, aunque siempre hay gente de buena voluntad: es un nudo agitado, encajonado, ruidoso, atestado de semáforos y de coches que circulan en todas direcciones, amén de estar refrigerado por la fuerte corriente de aire que llega de la rue Danton. Con todo, en verano, cuando París se ha vaciado un poco, no se está mal en las terrazas de los cafés, la luz es uniforme y el tráfico reducido, y se disfruta de una vista despejada sobre dos bocas de una misma estación de metro. Por esas bocas entra y sale algo de gente, y Ferrer la mira pasar, prestando mayor atención a la mitad femenina del mundo que, por lo menos cuantitativamente, como es sabido, es superior a la otra mitad.

Esta mitad femenina puede también dividirse, según ha observado, en dos categorías: las de aquellas que, nada más dejarlas, y no forzosamente para siempre, se vuelven cuando uno las mira bajar las escaleras de una boca de metro, y las de aquellas que, sea o no sea para siempre, no se vuelven. Ferrer, por su parte, se vuelve siempre las primeras veces para calcular a qué categoría, la de las que se vuelven o la de las que no se vuelven, pertenece una nueva conocida. Posteriormente, procede como ella, se acomoda a sus maneras, calca su comportamiento, dado que no sirve realmente de nada volverse si la otra no lo hace.

Pero hoy no se vuelve nadie, de modo que Ferrer se dispone a regresar a su domicilio. Pero, como sea que no hay ningún taxi libre a la vista —luz encendida—, como sea que el tiempo lo permite generosamente, no resulta descabellado regresar andando a casa. Queda bastante lejos pero es factible y un poco de ejercicio no podrá sino poner un poco de orden en las ideas de Ferrer, todavía enturbiadas por lo que le queda de desfase horario.

Y sus ideas, dentro de su desorden, dejando a un lado los recuerdos, atañen a la compañía de seguros y a la tienda de cajas fuertes, a un presupuesto de peanas que tiene que renegociar, a Martinov, a quien conviene relanzar dado que en este momento es su único artista un poco en el candelero, además hay que replantearse de cabo a rabo la iluminación de la galería de cara a las nuevas antigüedades, y por último se impone decidir de una vez por todas si llamar o no llamar a Sonia.

Y el espectáculo, por este orden, conforme se acerca a la rue d'Amsterdam zigzagueando por las aceras entre cagarrutas de perros, depara en líneas generales a un tipo con gafas oscuras que extrae un pesado tambor de un Rover blanco, a una niña que, tras pensárselo bien, comunica a su madre que ha elegido la opción trapecio, y a dos mujeres jóvenes que se comen los hígados por una plaza de

aparcamiento, más un furgón frigorífico que se aleja a toda velocidad.

Al llegar a la galería, Ferrer se entretiene un momento con un artista que viene de parte de Rajputek y quiere exponer a Ferrer sus proyectos. Es un joven artista plástico, guasón y seguro de sí mismo, que tiene un montón de amigos en los ambientes artísticos y proyectos que Ferrer ha visto también a montones. En este caso, en vez de colgar un cuadro en una pared, se trata de roer con ácido, en el sitio que ocuparía el cuadro, la pared del coleccionista: pequeño formato rectangular 24 × 30, profundidad 25 mm. Yo desarrollo la idea de la obra en negativo, sabe usted, explica el artista, sustraigo materia del espesor mural en vez de añadírsela. Sí, sí, dice Ferrer, es interesante, pero de momento no toco mucho ese campo. Tal vez podamos planteárnoslo en un futuro, pero no de manera inmediata. Tenemos que volver a hablarlo, déjeme su *book*, que ya le diré algo. Una vez se ha deshecho del roedor, Ferrer intenta liquidar todos los asuntos pendientes, ayudado por una joven llamada Elisabeth —a quien ha contratado en plan de prueba en sustitución de Delahaye—, que es una persona anoréxica pero sobrevitaminada y que de momento está a prueba, ya veremos cómo funciona. Por el momento le encarga unos trabajillos menores.

A continuación le toca el turno al teléfono: Ferrer llama al agente de seguros y al vendedor de cajas fuertes, ambos pasarán mañana. Repasa los presupuestos del fabricante de peanas, a quien llama asimismo, anunciándole su visita durante la semana. No logra conectar directamente con Martinov, sólo consigue comunicarse con el contestador, en el que deposita una ingeniosa amalgama de amonestaciones, frases de aliento y advertencias; en una palabra, hace su trabajo. Estudia detenidamente con Elisabeth la manera de mejorar la iluminación de la galería, con vistas a la exposición de objetos polares. Para acabar de perfilar las ideas, Ferrer le propone ir a buscar uno o dos al taller, haremos un ensayo con ellos, pongamos la armadura de marfil y uno de los dos colmillos de mamut, así verá lo que quiero decir, Elisabeth. Acto seguido se dirige al fondo de la galería, abre la puerta del taller y qué ve: forzada, abierta, la puerta del armario, al abrirse, no muestra ya nada. Para qué plantearse ya si llamar o no llamar a Sonia.

Dejando dos gruesas maletas cerradas junto a la puerta del apartamento perfectamente ordenado, como si se dispusiera a levantar velas dentro de poco, Baumgartner ha cerrado bruscamente la puerta al salir. Como un diapasón, como el tono del teléfono o la señal de cierre automático de las puertas del metro, ese portazo seco y sordo ha producido un *la* casi perfecto que ha hecho resonar por simpatía las cuerdas del Bechstein: después de irse Baumgartner, durante diez a veinte segundos, un espectro de acorde mayor ha rondado por el estudio vacío hasta deshilacharse lentamente y desvanecerse.

Baumgartner ha cruzado el boulevard Exelmans, ha caminado un trecho en dirección al Sena y ha torcido en la rue Chardon-Lagache. En pleno verano, el distrito XVI está aún más desierto que de costumbre, a tal punto que Chardon-Lagache, vista bajo ciertos ángulos, ofrece vistas posnucleares. Baumgartner ha recogido el coche en el aparcamiento subterráneo de un edificio moderno de la avenue de Versailles, ha salido de nuevo al Sena y ha enfilado la vía rápida, para abandonarla antes del Pont Sully. Ha desembocado en la place de la Bastille, desde donde ha subido de punta a punta la larguísima rue de Charenton hacia el sudeste, hasta el mismo Charenton. De modo que ha atravesado en su eje, a lo largo de su columna vertebral, todo el distrito XII, que está un poco más poblado en esa época del año que el XVI, ya que sus habitantes se toman menos vacaciones en aquél que en éste. Por las calles se ven sobre todo, lentos, solitarios y perplejos, oriundos del tercer mundo y extranjeros de la tercera edad.

Al entrar en Charenton, el Fiat ha torcido a mano derecha en una pequeña arteria que ostenta el nombre de Molière o de Mozart, Baumgartner nunca recuerda cuál de los dos es, pero sabe que desemboca perpendicularmente en otra vía rápida, más allá de la cual se extiende una minúscula zona industrial que bordea el Sena. Esa zona se compone de hileras de almacenes, de una sucesión de garajes individuales; en algunos de cuyos cierres metálicos aparecen pintados, unos estarcidos y otros no, nombres de empresas. Anunciados en un enorme cartel —la Flexibilidad al servicio de la Logística—, hay también un buen número de almacenes más pequeños en alquiler, de una superficie que abarca entre dos y mil metros cuadrados. También se alzan dos o tres pequeñas fábricas muy tranquilas que parecen funcionar a una cuarta parte de su rendimiento, así como una depuradora, todo ello repartido en torno a un tramo de carretera aparentemente sin nombre.

En pleno verano es un sector todavía más vacío que las zonas aledañas, y casi silencioso: los únicos ruidos perceptibles llegan hasta allí en forma de vago rumor, de sordas vibraciones, de ecos de no se sabe qué. Durante el verano, a lo sumo, se pasearán un par de parejas mayores con su perro. Algunos monitores de autoescuela

han descubierto también el lugar y han corrido la voz entre ellos, aprovechando la ausencia total de tráfico para que maniobren por allí sus alumnos con menor riesgo; a veces lo atraviesa también algún turista, con su bicicleta en el hombro, para tomar el puentecillo que cruza el Sena hacia Ivry. Desde esa pasarela se ven otros numerosos puentes cruzando en todos los sentidos las aguas. Rio arriba, encima mismo de la confluencia con el Marne, un amplio complejo comercial y hotelero chino alza su arquitectura manchú al borde del río y de la quiebra.

Pero hoy no hay nada ni nadie. Nada salvo una furgoneta frigorífica estacionada ante uno de los pequeños almacenes; nadie, más que Fletán al volante de esa furgoneta equipada con un dispositivo Thermo King. Baumgartner ha aparcado el Fiat a la altura del frigorífico y ha bajado el cristal sin apearse del coche. En cambio, Fletán ha salido penosamente de la camioneta. Fletán tiene mucho calor y Fletán se queja. El sudor acentúa su aspecto desaliñado: su pelo es una masa grasienta y deshilachada, las manchas de sudor se superponen a los distintos lamparones de su camiseta publicitaria; mugrientas estrías recorren su rostro cual prólogos de arrugas.

Bueno, ha dicho Fletán, ahí está todo. ¿Qué hacemos? Lo llevas, contesta Baumgartner alargándole la llave del garaje. Lo metes todo ahí dentro. Procuras mover con delicadeza las cosas. Es que con este calor, ha recordado Fletán. Llévalo, ha repetido Baumgartner.

Sentado ante el volante, sin moverse del asiento y cerciorándose en todo momento de que nadie presencia la escena, Baumgartner se ha embutido un par de guantes de badana, flexibles y ligeros de llevar, cosidos con hilo de lino, mientras supervisa el trasvase de los contenedores al almacén. Lo cierto es que hace mucho calor, no corre un soplo de viento, Fletán está empapado. Aun así sus músculos diezmados por las drogas se tensan un poco bajo la camiseta y a Baumgartner no le gusta eso, no le gusta mirar eso, no le gusta que aun así le guste mirar eso. Una vez concluida la faena, Fletán ha regresado hacia el Fiat. Ya está, ha dicho. ¿Quiere echarle un vistazo? Anda, si lleva guantes. Es el tiempo, ha dicho Baumgartner, soy yo, es el calor. Es cuestión dermatológica. Olvídalo. ¿Lo has descargado todo? Todo, ha dicho Fletán. Un momento, que lo compruebo, ha dicho Baumgartner, que se ha apeado del vehículo y ha inspeccionado el contenido del almacén.

Luego ha alzado la cabeza frunciendo el ceño. Falta uno, ha dicho. ¿Un qué?, ha preguntado Fletán. Un contenedor, ha dicho Baumgartner. Hay uno que no está. Está usted de guasa, ha exclamado el drogadicto. Siete eran al salir y siete son ahora. Todo en orden. No lo creo, ha dicho Baumgartner. Comprueba el fondo de la furgoneta, te habrás olvidado uno.

Fletán se ha encogido dubitativamente de hombros y, una vez ha subido a la parte trasera del frigorífico, Baumgartner cierra rápidamente las puertas de la furgoneta tras él. Voz ahogada de Fletán, primero jocosa, luego alterada y al final inquieta.

Baumgartner ha cerrado las puertas con llave, ha rodeado el frigorífico, ha abierto la portezuela y se ha acomodado ante el volante.

Desde la cabina, ha dejado de oírse la voz del joven. Baumgartner ha descubierto una pequeña plancha situada tras el asiento del conductor, ha quitado un pestillo y ha abierto la mirilla rectangular que permite comunicar con el compartimento isoterma. La mirilla es del tamaño de un paquete de cigarrillos: si bien permite echar una ojeada detrás, es demasiado pequeña para poder meter la mano.

Bueno, ha dicho Baumgartner, se acabó. Aguarde, ha dicho Fletán, ¿qué hace usted? No haga el capullo, por favor. Se acabó, ha repetido Baumgartner. Ahora me dejarás en paz de una puñetera vez. Pero si yo nunca le he molestado, ha observado ingenuamente Fletán. Vamos, déjeme salir. No puedo, ha dicho Baumgartner, me estorbas. Se supone que puedes estorbarme, luego me estorbas. Déjeme salir, ha insistido Fletán, si no, se sabrá, y tendrá usted problemas. Lo dudo, ha dicho Baumgartner. Careces de existencia social legal, ¿entiendes? No se enterará nadie. Ni siquiera a la poli puede interesarle. No te conoce nadie aparte de tu camello, y a éste no le conviene andar haciendo preguntas. ¿Cómo quieres que se den cuenta de que has dejado de existir? ¿Quién puede notar la ausencia de un desconocido? Será muy rápido, sólo un pequeño resfriado.

No, hombre, no, ha dicho Fletán, y pare ya de perorar, por favor. Ha vuelto a intentar convencer a Baumgartner, hasta que se ha quedado sin argumentos. Además, ha intentado objetar como último recurso, lo que pretende usted hacer está muy visto. Así matan a la gente en los telefilms, no tiene nada de original. No te falta razón, ha reconocido Baumgartner, pero yo reivindico la influencia de los telefilms. El telefilm es un arte como otro cualquiera. Bueno, y vale ya.

A continuación ha cerrado herméticamente la mirilla y, una vez el motor en marcha, ha accionado el compresor. Es sabido el principio termodinámico que hace funcionar un vehículo isoterma y en general todo refrigerador: por las paredes circula un gas que absorbe el calor contenido en el interior. Merced al pequeño motor situado encima de la cabina y mediante el compresor que permite la circulación de ese gas, ese calor se transforma en frío. Por otro lado, existen dos opciones de temperatura para los vehículos de este tipo: +5° o -18°. Esta última opción es la que encargó Baumgartner por teléfono la antevíspera.

La desaparición de las antigüedades representaba evidentemente una cuantiosa pérdida. La financiación de la expedición hacia el Gran Norte, en la que Ferrer había invertido una importante cantidad, se había perdido y era puro déficit. Y como llegó el momento —coyuntura sumamente mediocre y temporada baja— en que ya no se vendía nada en la galería, ése fue el que eligieron por supuesto los acreedores para recordar su existencia, los artistas para reclamar su liquidación y los banqueros para mostrar su inquietud. Luego, cuando se perfilase el fin del verano, como cada año por esa época, no tardarían en llegar todo tipo de impuestos, las amenazas de investigación fiscal, las tasas y cotizaciones diversas, y la renovación del alquiler acompañada de cartas certificadas del presidente de la comunidad de vecinos. Así que Ferrer empezó a sentirse con el agua al cuello.

Antes que nada tuvo que poner la denuncia, por supuesto. Tras comprobar el robo, Ferrer llamó a la comisaría del distrito IX, y al cabo de una hora se presentó un oficial de la policía judicial con aspecto cansado. El hombre comprobó los daños, tomó nota de la denuncia y preguntó el nombre de la compañía de seguros. Pues precisamente, dijo Ferrer, resulta que esos objetos todavía no estaban asegurados. Me disponía a hacerlo, pero. Es usted un completo idiota, le interrumpió groseramente el oficial de policía, echándole en cara su negligencia y advirtiéndole que el destino de los objetos desaparecidos era de lo más aleatorio, microscópicas eran las posibilidades de recuperarlos. Ese tipo de casos, expuso, se resolvía raramente, dada la excelente organización del tráfico de obras de arte: en el mejor de los casos, el asunto tendería a demorarse. Verían qué podían hacer, pero la cosa pintaba fatal. De todas formas, le enviaré a alguien de identidad judicial, concluyó el policía, a ver si puede encontrar algo. Entretanto, por supuesto, no toque usted nada.

El técnico llegó a las pocas horas. No se presentó de inmediato; primero pasó a la galería para examinar las obras. Era un hombrecillo miope y flaco de pelo rubio muy fino, que sonreía permanentemente y no parecía tener prisa por ponerse al trabajo. Ferrer lo tomó al principio por un posible cliente —¿le interesa a usted el arte moderno?—, hasta que el hombre se identificó mostrando su distintivo —oficial de policía Paul Supin, identidad judicial—. Debe de ser una profesión interesante, dijo Ferrer. Sabe usted, dijo el otro, sólo soy un técnico de laboratorio y, aparte de mi microscopio electrónico, veo poquísimas cosas. Pero sí, lo cierto es que me interesa todo esto. Al entrar en el taller de Ferrer, sacó su pequeño material, una caja de utensilios que contenía los accesorios clásicos: cámara fotográfica, frascos de líquidos transparentes, polvos y pincel, guantes. Ferrer lo miró trabajar hasta que el otro se despidió. Estaba desmoralizado, había que rehacerse rápido, empezaba a hacer un calor excesivo.

El verano prosiguió lentamente su curso, como si con el calor el tiempo se tornara viscoso, su fluir parecía frenado por el frotamiento de sus moléculas elevadas a alta temperatura. Como la mayoría de la población activa estaba de vacaciones, París estaba más expedito y despejado, pero apenas más respirable bajo el aire inmóvil y rico en gases tóxicos, como un bar lleno de humo antes de cerrar. En numerosos puntos de la ciudad aprovechaban el poco tráfico para destripar las calles y rehacerlas: repiqueteo de los martillos neumáticos, rotaciones de las taladradoras, rotaciones de las hormigoneras, efluvios a alquitrán fresco en el sol velado por las emanaciones. Ferrer prestaba escasa atención a todo aquello —demasiadas cosas en que pensar, por otro lado, pues se dedicaba a cruzar París en taxi de una a otra agencia de banco, intentando sin excesivo éxito conseguir un préstamo, empezando a plantearse si hipotecar la galería—. Así nos lo encontramos a las once de la mañana, bajo un calor infernal, en la rue du 4-Septembre.

La rue du 4-Septembre es muy ancha y muy corta y late gracias al dinero. Más o menos semejantes, esos edificios de la época de Napoleón II contienen bancos internacionales o no, sedes de compañías de seguros, sociedades de corredores de bolsa, agencias de trabajo temporal, redacciones de revistas extranjeras, oficinas de agentes de cambio y de expertos, despachos de administradores de bienes, administradores de copropiedades, oficinas de transacciones inmobiliarias, bufetes de abogados, tiendas de numismática y los restos calcinados del Crédit Lyonnais. La única cervecería de los alrededores se llama L'Agio. Pero también encontramos allí la sede de una compañía aérea polaca, copisterías, agencias de viajes e institutos de belleza, un campeón del mundo de peluquería y la placa conmemorativa de un miembro de la Resistencia muerto por Francia a los diecinueve años (Recuérdenlo).

En la rue du 4-Septembre hay además miles de metros cuadrados de oficinas restauradas en alquiler y de obras de restauración bajo estricta vigilancia electrónica: se vacían los viejos edificios y se conservan las fachadas, columnas, cariátides y testas coronadas que rematan las puertas cocheras. Se reestructuran las plantas, que se adaptan a las leyes de la oficinística para obtener locales espaciosos, con vistas y cristales dobles, con objeto de acumular en ellos más y más capital: típica imagen veraniega en París, los obreros con cascos se afanan, despliegan planos, comen bocadillos y hablan con talkie-walkies.

Era el sexto banco en dos días al que Ferrer acudía a solicitar un préstamo, salía de nuevo sin éxito, dejando huellas con sus manos húmedas en los documentos que llevaba consigo para sus gestiones. Tras fracasar éstas de nuevo, las puertas del ascensor se abrieron a la planta baja, sobre un amplio vestíbulo desierto, amueblado con numerosos sofás y mesas bajas. Al atravesar aquel espacio, Ferrer no se vio con ganas, ni con fuerzas, para regresar de inmediato a su casa, prefirió sentarse un rato en uno de los sofás. Suponiendo que Ferrer esté cansado, pesimista o desanimado,

¿en qué se advierte, exteriormente, que lo está? Por ejemplo, en que lleva puesta la chaqueta cuando hace un calor agobiante, en que mira fijamente una mota de polvo en su manga sin plantearse sacudírsela, en que ni siquiera se recoge un mechón de pelo que le cae sobre el ojo pero sobre todo, tal vez, en que no muestra reacción alguna al pasar una mujer que cruza el vestíbulo.

Dado el aspecto de esa mujer, eso es lo más sorprendente. En buena lógica, y conociéndolo un poco, Ferrer hubiera debido interesarse por ella. Era una joven alta y delgada con relieves de estatua, labios bien dibujados, largos ojos verde claro y cabello cobrizo y rizado. Calzaba tacones altos y vestía un conjunto negro vaporoso, muy escotado por la espalda, adornado con pequeños aderezos claros en forma de espigas en los hombros y en las caderas.

Al pasar junto a él, cualquier otro o él mismo en su estado normal habría juzgado que aquella ropa sólo estaba allí para quitársela a la joven, incluso arrancársela. Por otra parte, la carpeta azul que llevaba bajo el brazo, el bolígrafo que rozaba pensativamente sus labios parecían meros accesorios, ya que ella misma tenía aspecto de actriz de película porno duro durante las escenas preliminares, en las cuales se habla o se dice cualquier cosa a la espera de que la cosa comience a ponerse caliente. Sentado eso, la joven no iba en absoluto maquillada. Y apenas tuvo tiempo Ferrer de observar ese detalle —aunque sin prestarle más atención que a la decoración del vestíbulo—, porque en ese instante le invadió una debilidad general, como si a todas las partes de su cuerpo les faltara súbitamente aire.

Un peso de quinientos kilos pareció abatirse entonces sobre sus hombros, su cráneo y su pecho al mismo tiempo. Un sabor a metal ácido y a polvo seco le invadía la boca, le inundaba la frente, la garganta, la nuca, provocando una mezcla asfixiante: inminente estornudo, violento hipo, náusea profunda. Era imposible reaccionar de algún modo, le daba la impresión de estar esposado, de tener la mente saturada por una sensación de asfixia, de extrema angustia y de muerte inminente. Un dolor le desgarró el pecho, descendiendo en espiral de la garganta al pubis, del ombligo a los hombros extendiéndose por su brazo y su pierna izquierdos, y se vio caer del sofá, vio acercarse el suelo a toda velocidad, aunque al mismo tiempo a cámara lenta. Luego, una vez en el suelo, en primer lugar no podía ya moverse y después, tras haber perdido el equilibrio, perdió el conocimiento: cuánto tiempo, imposible saberlo, pero justo tras recordar durante un instante la advertencia de Feldman respecto al efecto de las temperaturas extremas en los enfermos coronarios.

Por otra parte, volvió de inmediato en sí, aunque le resultaba ya imposible articular una palabra: no era como esa oscuridad que invade la pantalla cuando se apaga el televisor, no, su campo visual siguió funcionando, al igual que una cámara caída al suelo tras la muerte súbita de su operador sigue registrando, y filma en plano fijo lo que tiene ante el objetivo: una esquina de pared y de parqué, un zócalo

descolocado, un elemento de tubería, una mancha de cola en la linde de la moqueta. Quiso incorporarse pero se desplomó aún más pesadamente al intentarlo. Debió de acudir más gente aparte de la joven de negro, pues notó que se inclinaban sobre él, que le quitaban la chaqueta, lo tumbaban de espaldas y buscaban un teléfono; al poco llegaron los bomberos en una camioneta.

Los bomberos son guapos jóvenes tranquilos y musculosos que transmiten calma, llevan uniformes azul marino, accesorios de cuero y mosquetones en el cinto. Acomodaron a Ferrer con suavidad en una litera, e introdujeron con precisión la camilla en su camioneta. Ferrer se sentía ahora protegido. Sin pensar que aquello guardaba gran semejanza con el incidente de febrero, y que era a todas luces menos agradable, intentó recobrar un uso rudimentario de la palabra en la camioneta, pero se le advirtió amablemente que no hablara hasta llegar al hospital. Cosa que hizo. Luego volvió a desmayarse.

Cuando abrió los ojos, al principio lo vio todo blanco, como en los buenos viejos tiempos de la banquisa. Ferrer reposaba en una cama individual regulable con colchón duro y las sábanas bien tirantes, solo en una habitación pequeña, sin más color, esmeralda y lejano, que el de un árbol que se recortaba en el cuadrado de cielo de una ventana. Las sábanas, la colcha, las paredes de la habitación y el cielo eran también blancos. El árbol, única nota verde, podía ser uno de los treinta y cinco mil plátanos, de los siete mil tilos o de los trece mil quinientos castaños plantados en París. A no ser que fuera de los que nos podemos encontrar en los últimos descampados y cuyo nombre no recordamos nunca, que tal vez ni siquiera lo tengan y que no son más que malas hierbas gigantes, flora clandestina, monstruosamente espigada. Aunque le quedaba muy lejos, Ferrer intentó identificarlo, pero ese leve esfuerzo bastó para agotarlo, y cerró los ojos.

Cuando los abrió, cinco minutos después o a la mañana siguiente, el entorno seguía siendo el mismo, pero Ferrer, esta vez, se abstuvo de reabrir el dossier del árbol. Resulta difícil determinar si se esforzaba en no pensar en nada o si no estaba en condiciones de pensar. Como fuera que sentía y distinguía confusamente un pequeño cuerpo extraño incrustado en su nariz y que le hacía bizquear, intentó tocarlo para identificarlo, pero el antebrazo derecho no le respondía. Luego averiguó que ese antebrazo estaba en supinación, sujeto al larguero de la cama por una cincha y perforado por una gruesa aguja de perfusión prendida con un ancho esparadrapo translúcido. Ferrer empezaba a entender lo que ocurría, pero, sólo por asegurarse, comprobó, con la mano izquierda, que el objeto exterior fijado bajo sus fosas nasales era un oxigenador. En ésas, se abrió la puerta para dar paso a una joven, también vestida de blanco pero de piel negra, quien, asomando la cabeza por el resquicio, probablemente hacia una auxiliar, le pidió que avisara al doctor Sarradon de que el de la 43 se había despertado.

De nuevo solo, Ferrer reanudó tímidamente sus conatos de identificación del árbol lejano, y, si bien no lo consiguió, tampoco se durmió esta vez: luego progresábamos. Aun así, inspeccionó con precaución el entorno, volviendo la cabeza para vislumbrar diversos aparatos en la cabecera de la cama, pantallas y monitores, que debían de reflejar el estado de su corazón: números en temblorosos cristales líquidos que se modificaban sin cesar, curvas sinusoidales que se desplazaban de izquierda a derecha, en continuo renacer, parecidas y diferentes entre sí, como las olas. Había un teléfono en la mesita de noche y de una escarpia colgaba una máscara de oxígeno. Ferrer se lo tomó con resignación. Fuera, declinaba el día, transformando el blanco de la habitación en gris beige, oscureciendo el color del lejano árbol y tiñéndolo de una tonalidad primero verde bronce y luego verde intenso. Finalmente

volvió a abrirse la puerta y esta vez era el doctor Sarradon, que llevaba barba negra muy frondosa y una bata color verde botella, con un irrisorio gorrito del mismo color: nada, que no salíamos del verde.

Mientras examinaba a su paciente, Sarradon le explicó que, tras ingresarlo en urgencias en el hospital, habían tenido que practicarle un *bypass* múltiple sin esperar a que recobrará el conocimiento, todo parecía haber ido bien. Y, en efecto, cuando le apartaron las sábanas para cambiarle los vendajes, Ferrer se descubrió totalmente cosido a lo largo del brazo, de la pierna izquierda y del meridiano del tórax. Era bonito como un trabajo de artesanía, consistía en largas y finas suturas muy regulares que recordaban un lazo inglés de encaje Renacimiento, o el revés de una costura de media, o un renglón.

Bien, resumió el médico al concluir el examen. Evoluciona bastante bien, añadió ojeando los gráficos colgados al pie de la cama, mientras la enfermera embutía a Ferrer un pijama perfectamente esterilizado. Convenía, según Sarradon, que el enfermo permaneciese tres o cuatro días más en la planta de cuidados intensivos antes de trasladarlo a una habitación normal. En principio, se le podía dar el alta pasadas dos semanas. Visitas autorizadas. Anochece.

A la mañana siguiente, de hecho, Ferrer se encontraba un poco mejor. Pasó un momento preguntándose a quién de entre sus allegados podría informarle de su estado. Más valía renunciar a avisar a Suzanne, que llevaba más de seis meses sin noticias suyas y que tal vez no reaccionaría bien a la llamada. Prefirió también no aventurarse a alarmar a su familia, que además le daba la impresión de haberse convertido en un archipiélago muy diseminado y lejano, poco a poco anegado por el ascenso de las aguas. Mucha más gente no quedaba, a decir verdad, y Ferrer se prometió llamar al menos a la galería en el transcurso de la tarde. Aunque Elisabeth, que se había acostumbrado rápidamente a sus repentinas ausencias, debía de haber abierto la tienda como de costumbre y atendido a los asuntos corrientes, era preferible que supiera dónde estaba Ferrer. Pero la cosa tampoco urgía. Además, más valía cerrar la galería hasta que él se restableciera, lo cual tampoco caía tan mal en plena temporada baja. Llamaría mañana para ocuparse de ello. Por el momento iba a intentar dormirse cuando la enfermera, de modo inesperado, le anunció una visita. Maquinalmente, Ferrer intentó incorporarse, pero no, todavía estaba demasiado débil, imposible.

Apareció entonces una joven a quien tardó lo suyo en reconocer, porque se había cambiado desde que la viera en la rue du 4-Septembre: llevaba una camiseta azul escotada y sin mangas a rayas rojizas y una falda muy abierta de un azul más intenso. Y zapatos planos. Y uno de los tirantes de la camiseta tenía tendencia a bajarse. Sin embargo, seguía sin ir maquillada. Una vez la hubo identificado, tras unos segundos de confusión, Ferrer no se sintió presentable con su pijama: hizo un gesto maquinal

para retocarse el pelo sucio, que había pringado, formando placas, el gel conductor del electroencefalograma de rutina que le habían hecho en el momento de ingresar.

Pese al tirante, a despecho de la alta abertura de la falda y por más que el aspecto de la joven incitase decididamente a provocar malos pensamientos, Ferrer advirtió desde el primer momento que la cosa no iba a funcionar entre ellos. Del mismo modo que, hundido en su debilidad y con los ojos entornados, podía examinar a las enfermeras y especular sobre la presencia o no presencia de otro elemento textil bajo su blusa, ésta no le inspiraba espontáneamente más emoción que el que pudiera suscitarle una monja salesa —la ausencia de maquillaje tenía también, por lo demás, algo de religioso—. Como no fuera que inconscientemente considerara que la chica estaba demasiado bien para él, son cosas que pasan, pero no, eso no le pega mucho.

De todas formas, la joven no se quedó más de cinco o diez minutos, tras explicar que le habían dado la dirección del hospital los bomberos y que sólo venía para saber cómo se encontraba. Bueno, pues no estoy mal, como puede ver, dijo Ferrer a falta de más detalles mientras esgrimía una débil sonrisa y señalaba con un gesto vago el oxigenador y el suero. Tras lo cual no se dijeron nada sustancial, ella parecía ser de las calladas y no se movía de la puerta como a punto de irse en cualquier momento. Antes de marcharse, le ofreció volver a pasar para ver cómo se encontraba, si él quería. Ferrer aceptó como con desgana: en el fondo, se la soplaba bastante aquella chica, no acababa de ver a qué venía su visita, ni entendía muy bien lo que quería.

Y así, durante los tres días que Ferrer tuvo que pasar en la planta de cuidados intensivos, la joven acudió a visitarle, siempre a la misma hora de la tarde, y sin quedarse nunca más de un cuarto de hora. La primera vez, se instalaría en el pesado sillón a tiras de plástico lívido y aspecto mugriento, que arrastraría junto a la cama. Luego se levantaría y permanecería un rato de pie junto a la ventana, que seguía enmarcando el lejano árbol —del cual, por la ventana abierta, llegaría un canto de pájaro que haría refulgir y brillar brevemente el color esmeralda—. Y el segundo y tercer día se sentaría a los pies de la cama con las sábanas realmente demasiado metidas: mientras ella estuviera allí, Ferrer no se atrevería a mover las extremidades aprisionadas, empeines del pie arqueados, dedos encogidos por la sábana, tensa como la lona de una tienda de campaña.

Sin embargo, la tercera tarde, le preguntaría a la joven cómo se llamaba.

Hélène. Hélène, bueno. No estaba mal el nombre. ¿Y a qué se dedicaba? Ella tardaría un ratito en contestar.

Entretanto, Baumgartner intenta aparcar el coche delante de un inmenso hotel de la costa situado en Mimizan-Plage, al noroeste de los Pirineos-Atlánticos, fuera de la región por la que se mueve últimamente. El hotel no parece nada del otro mundo, pero no es fácil encontrar algo en esta temporada del año, incluso este establecimiento está a tope: su amplio aparcamiento exterior está atestado de matrículas alógenas, Baumgartner ha hecho bien llamando para reservar.

Así pues, circula muy lentamente a lo largo de las filas de coches del aparcamiento, cruzándose con parejas y familias vestidas con prendas cortas y abigarradas que se dirigen a la playa. El sol pega fuerte, el alquitrán arde y los niños, que van descalzos, brincan y protestan. Todas las plazas de ese aparcamiento están ocupadas, no queda ninguna libre, la cosa va para largo, Baumgartner podría impacientarse, pero le sobra tiempo y buscar un sitio le permite por el contrario colmar ese tiempo. Evita cuidadosamente aparcar el coche en las plazas en las que una señal en el suelo, pictograma de silla de ruedas, precisa que están reservadas para los minusválidos. No porque Baumgartner sea especialmente cívico ni sensible a la suerte de esas personas, no, sino porque confusamente no quiere exponerse a quedarse él mismo minusválido por efecto de no se sabe qué quiebro, por obra de sabe Dios qué contagio.

Una vez solventado el problema del estacionamiento, Baumgartner saca la maleta del maletero del Fiat y se encamina hacia la entrada del hotel. Por lo visto, hace poco tiempo que han pintado la fachada, pues en algunas esquinas se despliegan discretamente constelaciones lácteas y en el vestíbulo flota un olor a encalado, agrio y fresco, que recuerda el de la leche cortada. En torno al edificio se advierten señales de obra reciente, jirones de plástico manchado que se acumulan en unos contenedores situados en los extremos del aparcamiento, tablas con cemento incrustado amontonadas de cualquier modo en una esquina. El recepcionista, con la frente salpicada a su vez de ronchas rojas, se rasca febrilmente el hombro derecho mientras comprueba en el registro la reserva de Baumgartner.

La habitación es oscura y poco acogedora, los muebles frágiles y cojos parecen ficticios como accesorios de teatro, la cama tiene un somier encorvado en forma de hamaca y la forma de las cortinas corridas no coincide con la de la ventana. Encima de un sofá duro y desesperado, una birriosa litografía propone unas zinnias, pero Baumgartner no se detiene allí: va derecho hacia el teléfono, soltando bruscamente el equipaje en el camino: descuelga y marca un número. Deben de comunicar, porque Baumgartner esgrime una mueca, cuelga, se quita la chaqueta y da vueltas en torno a la maleta sin abrirla.

Transcurridos unos minutos, cuando pasa al cuarto de baño para lavarse las

manos, los grifos desencadenan al abrirse y cerrarse ondas de choque sísmicas en toda la fontanería del establecimiento; al salir, Baumgartner patina en las baldosas resbaladizas. De regreso a la habitación, descorre las cortinas, se planta ante la ventana y descubre que da a un patinejo, una columna de aire oscura, una chimenea asfixiante de irrisorio diámetro, con el techo mugrientamente acristalado. Es demasiado, Baumgartner, empapado en sudor, coge otra vez el teléfono, llama a recepción y pide que le cambien de cuarto. El recepcionista le indica rascándose el número de la única habitación libre en la planta superior, pero el personal del hotel parece decididamente indolente y nadie se presenta para hacerse cargo de su maleta, de modo que Baumgartner se ve obligado a cargar con ella escaleras arriba.

En la planta superior, se desarrolla exactamente la misma escena: Baumgartner intenta volver a telefonar pero siguen comunicando. Parece de nuevo estar a punto de irritarse pero se tranquiliza, abre la maleta y mete sus cosas en el tenebroso ropero y en la cómoda de pino de Virginia. Acto seguido inspecciona la nueva habitación, que es un riguroso sosias de la primera, exceptuando la litografía encima del consternado sofá: unos crocus han desbancado a las zinnias. Y aunque la ventana da someramente al aparcamiento, al menos deja pasar una pizca de sol, al menos desde allí Baumgartner podrá vigilar el coche.

Médico precisamente, yo también, contestaría Hélène tras una pausa, aunque no exactamente. Y además ahora ya no, quiero decir que ya no ejerzo. Por otra parte, Hélène nunca había atendido a nadie, pues prefería a los pacientes repetitivos la investigación pura que, de todas formas, una herencia sumada a una pensión alimenticia le habían permitido abandonar dos años atrás. Su último destino había sido La Salpêtrière, departamento de inmunología, yo buscaba anticuerpos, comprobaba si los había, calculaba cuántos, intentaba ver de qué tipo eran, estudiaba su actividad, ya ve, ¿no? Claro, bueno, supongo, titubeó Ferrer, a quien, después de Baumgartner y conforme a las instrucciones de Sarradon, le tocaría cambiar de habitación dos días más tarde y dos plantas más abajo.

La habitación era bastante similar a la otra, pero una vez y media mayor porque era de tres camas. Estaba menos atestada de aparatos médicos, las paredes eran de un amarillo muy claro y la ventana no daba ya a ningún árbol sino a un anodino edificio de ladrillo. Los vecinos de Félix Ferrer eran a su izquierda un fornido oriundo de Ariège con físico de armario, aparentemente la mar de sano y cuya presencia allí jamás acabaría de entender Ferrer, a su derecha un bretón más canijo, con aspecto de físico nuclear hipermetrope, siempre abismado en una revista, y que padecía arritmia. No recibían muchas visitas, dos veces la madre del arrítmico (inaudibles conciliábulos cuchicheados, ninguna información), una vez el hermano del oriundo de Ariège (estruendosos comentarios de un partido excepcional, muy poca información). Durante el resto del tiempo, las relaciones que mantendría Ferrer con ellos se limitarían a negociaciones sobre el programa común y el nivel sonoro de la televisión.

Aunque Hélène le visitaba a diario, Ferrer seguía sin mostrarse especialmente acogedor con ella, sin manifestar la menor alegría cuando la joven abría la puerta de la habitación. No porque tuviera nada contra ella, sino porque tenía la cabeza en otro sitio. En cambio, los vecinos de cama parecieron impresionados nada más ver por primera vez a la joven. Durante los días siguientes, la miraron cada vez con más avidez, cada cual a su manera —frontal y locuaz en Ariège, alusivamente oblicua en Morbihan—. Pero ni siquiera la concupiscencia de sus vecinos logró influir miméticamente en él, como en ocasiones ocurre —ya saben a qué me refiero: uno no desea especialmente a una persona, y una segunda persona, al desearla en su lugar, le da la idea, incluso la autorización, incluso la orden de desear a la primera, son cosas que a veces pasan, que se ven, pero en ese caso no, no se veía.

Al mismo tiempo, resulta bastante práctico tener a alguien que acepte ocuparse de uno, porque puede hacer recados, o traer espontáneamente la prensa diaria, que luego le pasa uno al bretón. Tal vez hasta Hélène le traería flores, si estuvieran autorizadas

en la planta. En cada una de sus visitas, se informaba del estado de Ferrer, examinando con mirada profesional las curvas y los gráficos colgados al pie de la cama, pero el campo de su conversación no rebasaba ese horizonte clínico. Aparte de sus antiguas actividades profesionales, jamás se le escapaba una palabra referente a su pasado. Y así, los datos ya mencionados referentes a la herencia y a la pensión alimenticia, con ser potencialmente ricos en el plano biográfico, no fueron objeto de desarrollo alguno. Nunca ocurrió tampoco que a Ferrer le apeteciera contar su vida, por aquella época, no le parecía ni digna de ser contada ni envidiable.

De modo que Héléne, al principio, venía cada día, como si fuera su trabajo, como investida de una misión de visitante voluntaria, y cuando Ferrer empezó a preguntarse qué quería en realidad, no se atrevió evidentemente a hacerle la pregunta. Héléne se mostraba despegada y casi fría y, si bien parecía perfectamente disponible, no daba pie a nada. Por otro lado, la disponibilidad no lo es todo, no suscita obligadamente el deseo. Y de todas formas, Ferrer, que estaba cansado y temía sobre todo su ruina, aunque le asustaban no tanto los médicos como los banqueros, se hallaba sumido en un estado de inquietud fluctuante que no incitaba a seducir. Desde luego no está ciego, desde luego se da perfecta cuenta de que Héléne es una mujer guapa, pero sigue viéndola como a través de un cristal a prueba de balas y de pulsiones. Se producen sólo intercambios un tanto abstractos, o muy concretos, que no dan paso a los afectos, que bloquean los sentimientos. No deja de ser un poco frustrante, pero al mismo tiempo resulta bastante relajante. Muy pronto debió de admitirlo ella misma, pues espació las visitas y ya sólo pasó cada dos o tres días.

Pero al cabo de tres semanas, según estaba previsto, cuando Ferrer tiene que regresar a su casa, Héléne le ofrece ocuparse de la marcha. Es un martes al final de la mañana, Ferrer está un poco débil y le tiemblan las piernas, con su bolsita en la mano. Aparece Héléne y cogen un taxi. Y él, incorregible, pese a su silenciosa compañía en el asiento de atrás, se pone ya a mirar a las chicas por la ventanilla del taxi hasta que llegan a su casa, o mejor dicho ante su casa, porque Héléne no entra. Pero ¿no debería al menos invitarla a cenar al día siguiente o al otro, entre semana?, no sé, digo yo que son cosas que se hacen, ¿no? Ferrer lo reconoce. Pues pongamos mañana, mejor liquidarlo cuanto antes, pero habrá que buscar un restaurante donde puedan quedar: tras pensárselo un poco, Ferrer le propone uno que acaban de abrir en la rue du Louvre, al lado mismo de Saint-Germain-l'Auxerrois, no sé si lo conoce usted. Héléne lo conoce. Entonces hasta mañana por la noche.

Pero primero, la mañana siguiente, Ferrer reanudó sus actividades. Elisabeth, que había abierto la galería la antevíspera, le informó de las pocas cosas que habían sucedido en su ausencia: pocas obras nuevas y poco correo, ningún mensaje telefónico, ni faxes ni e-mails. El estancamiento habitual en la temporada baja. Los coleccionistas habituales no habían dado aún señales de vida, estarían todos de vacaciones, salvo Réparaz, que acababa de llamar para anunciar su visita y precisamente, mira por dónde, se abre la puerta acristalada y asoma Réparaz, vestido como siempre de franela azul marino con sus iniciales bordadas en la camisa. Una buena temporada sin aparecer.

Llegó, estrechó manos exclamando lo contento que estaba con el Martinov que había adquirido a comienzos de año, recuerda usted, el grande y amarillo. Claro, dijo Ferrer. De todas formas son todos más o menos amarillos. ¿Y no tiene usted ninguna novedad?, se inquietó el hombre de negocios. Por supuesto, dijo Ferrer, algunas cosillas, lo que pasa es que no me ha dado tiempo de colgarlo todo, acabo de abrir. Casi todo lo que está aquí ya lo ha visto usted. Aun así, daré un vistazo, declaró Réparaz.

El cual empezó a deambular por la galería con expresión recelosa, desplazándose las gafas a la punta de la nariz o mordisqueando las patillas mientras pasaba rápidamente ante la mayoría de las obras, y deteniéndose al final ante un gran óleo encolado 150 × 200 que representaba una violación colectiva, colgado a principios del verano con un marco de alambre de púas muy espeso. Al cabo de cinco segundos de contemplación, Ferrer se acercó. Sabía que le diría algo, dijo. ¿A que tiene su cosa?

Sí, desde luego, convino pensativamente Réparaz. La verdad es que me gustaría tenerlo en mi casa. Claro que es un poco grande, pero lo que me desagrade más que nada es el marco. ¿No podría cambiarse el marco? Un momento, dice Ferrer, habrá observado que la imagen es un poquitín violenta, hombre, reconocerá que es un pelín brutal. Por eso precisamente le ha puesto ese marco el artista, verdad, porque forma parte de la cosa. Forma parte completamente de la cosa. Si usted lo dice, dice el coleccionista. Es evidente, dice Ferrer, y la verdad es que no es caro. Me lo pensaré, dice Réparaz, lo hablaré con mi mujer. Claro que el tema, sabe usted, ella es bastante sensible. Como el cuadro es un poco, no me gustaría que la. Lo entiendo perfectamente, dice Ferrer, piénseselo. Háblelo con ella.

Después de irse Réparaz, nadie más abrió la puerta de la galería hasta la hora de cerrar, que Ferrer, de acuerdo con Elisabeth, adelantó. Un poco más tarde tenía que encontrarse con Hélène en el restaurante elegido, un amplio local umbrío con mesitas redondas cubiertas de manteles blancos, lámparas de cobre íntimas y ramitos de

flores estudiados, atendido con eficacia por gente guapa y exótica. Ferrer se cruzaba allí con personas a quienes conocía poco y a las que no necesariamente tenía que saludar, pero para él siempre era un placer simpatizar con gente exótica. En ese sentido, aquella noche habría que atenerse al riesgo de aburrirse un poco con Hélène, como de costumbre poco locuaz y en tal ocasión vestida con un traje sastre gris claro con finas rayas blancas. Pese a que el traje, por desgracia, no era exageradamente escotado, Ferrer pudo observar que, en torno al cuello de la joven, sujeto con una fina cadena de oro blanco, un colgante en forma de flecha señalaba meridianamente la dirección de sus pechos, cosa que a uno le mantiene pendiente y vigilante.

Fuera por inocencia o ex profeso, Hélène seguía hablando poco, pero al menos sabía escuchar, animar a su interlocutor con el monosílabo adecuado, soslayar el paso de los ángeles haciendo en el momento preciso la pregunta más oportuna. Posando regularmente la mirada en la flecha para entonarse pero sin decididamente lograr, como cuando ella iba a verle al hospital, que naciese y se endureciese en él algún tipo de deseo —cosa que no acierto a explicarme, porque estoy aquí para dar fe de que Hélène es sumamente deseable—, Ferrer llevó pues las riendas de la conversación hablando de su profesión: mercado del arte (está bastante apagado en estos momentos), tendencias actuales (es un poco complicado, está la cosa muy dispersa, remontémonos a Duchamp, por ejemplo) y polémicas en curso (como puede imaginarse, Hélène, en cuanto el arte y el dinero están en contacto, por fuerza se dan de patadas), coleccionistas (cada vez son más desconfiados, cosa que entiendo perfectamente), artistas (cada vez se dan menos cuenta, cosa que comprendo muy bien) y modelos (ya no los hay en el sentido clásico del término, cosa que me parece completamente normal). Prefiriendo evitar ponerse en ridículo, se abstuvo de contar su viaje al Gran Norte y sus lamentables secuelas. Pero por superficiales que fueran y por muchos Mediterráneos que descubriera, sus palabras no parecían aburrir a Hélène, a quien, por la fuerza de la costumbre, Ferrer propuso ir a tomar la última copa después de cenar.

Pues bien, en esa coyuntura —salida del restaurante, última copa—, un hombre que ha procurado no tomar ajo, col lombarda ni demasiadas últimas copas, normalmente se anima a besar a una mujer. Entra dentro de las costumbres, son cosas que se hacen, y, sin embargo, nada parecido aconteció. Y, como antes, no hay modo de saber si Ferrer está intimidado, si teme que le rechacen o si lo que pasa es que no está para tales ajetreos. Cabe perfectamente, le diría Feldman, quien empezó psiquiatría antes de dedicarse a la cardiología, cabe perfectamente que el infarto y la hospitalización te hayan provocado un déficit narcisista momentáneo, sin ruptura psíquica radical, en ese aspecto puedes estar tranquilo, pero potencialmente generador de inhibiciones menores. Déficit narcisista una leche, le contestaría Ferrer, quien, pese a eludir el achuchón, ofreció a Hélène, puesto que todo aquello parecía

interesarla, que se pasara un día por la galería.

El día en que pasó Hélène, un atardecer lluvioso, ni traje sastre color petróleo o gris claro ni conjunto escotado, una simple blusa blanca y unos vaqueros también blancos bajo un impermeable bastante grande. Hablaron cinco minutos. Ferrer, que seguía sintiéndose incómodo, comentó para ella algunas obras (un pequeño Beucler y cuatro montículos de Esterellas); luego la dejó que recorriera sola la galería. Hélène ignoró los pequeños formatos de Martinov, dedicó mucho tiempo a las fotos de Marie-Nicole Guimard, posó dos dedos en uno de los compresores de aire caliente de Schwartz instalado al fondo y apenas aminoró el paso ante la violación colectiva. Sin perderla del todo de vista, Ferrer fingía supervisar con Elisabeth la confección del nuevo catálogo de Martinov, cuando de pronto, surgiendo de la nada: Spontini. Ah, dijo alegremente Ferrer, Spontini. ¿Cómo van las temperas?

Desde el fondo de la galería, Hélène creyó comprender que el tal Spontini no venía a presentar su obra, ni sus témperas, ni nada, sino sus quejas. La palabra contrato salió a relucir. Se invocó la palabra cláusula adicional. Se discutió de porcentajes. Hélène, demasiado alejada para seguir la conversación, pareció interesarse por las últimas obras de Blavier colgadas detrás del escritorio. Como tú comprenderás, decía Ferrer, tengo una pequeña idea de lo que representa mi trabajo, y considero que vale el cincuenta por ciento de la obra. Ahora, si tú consideras que vale pongamos que un cuarenta, pues ya no nos entenderemos. Me parece excesivo, dijo Spontini, me parece una barbaridad. Una auténtica barbaridad. Es algo desmesurado. Me pregunto si no será mejor que trate con Abitbol, que no está esperando otra cosa, me lo encontré anteayer en el *vernissage* de Castagnier.

De todas maneras, dijo Ferrer con tono hastiado, no es la primera vez que intentas hacerme ese tipo de faena. Has aprovechado los diez años que llevas conmigo para conocer a todo el mundo y has vendido a mis espaldas, me consta, mientras seguías exponiendo aquí. Pues mira lo que te voy a decir, a mí cuando me hacen eso, sea con Abitbol o con el lucero del alba, en principio lo que hago es señalar la puerta. Porque, vamos, ya es el colmo. Con lo difícil que está ahora el trabajo en Francia. Pues, mira con Beucler, argumentó Spontini. Te ha hecho las mil y una, y aquí sigue.

Beucler, dijo Ferrer, es muy diferente, Beucler es muy especial. Sin embargo, acuérdate, insistió Spontini, te estafó a base de bien. De una obra de Beucler cobraste el diez por ciento, él se embolsó el noventa y de eso se enteró todo el mundillo. Pues ahí sigue, y encima le estás montando un proyecto en Japón. Me lo han contado. Lo sé yo y lo sabe todo el mundo. Beucler es diferente, repitió Ferrer, es así y ya está. Quise romper con él, es cierto, pero ahí sigue. Así de irracional es la cosa. Deja ya ese tema, hazme el favor.

Una vez agotada la reserva de argumentos, cesó la conversación, Spontini se fue mascullando gruñidos teñidos de amenazas, Ferrer reventado de cansancio se dejó

caer en un sillón, Hélène, que contemplaba de nuevo el Schwartz, le sonreía de lejos. Ferrer le devolvió una parca sonrisa y se levantó acercándose a ella: Ya ha oído, supongo que lo habrá entendido. No, no, dijo Hélène. Me horroriza este tipo de situación, comentó Ferrer, masajeándose las mejillas, es lo peor de esta profesión. Me gustaría tanto poder delegar en alguien en estos casos. Tenía aquel ayudante, Delahaye, ya le he hablado de él, empezaba a sustituirme para este tipo de cosas y lo hacía ya bastante bien, pero de pronto va y se muere el muy capullo. Es una lástima, porque Delahaye era bueno, realmente bueno para limar asperezas.

Ferrer ahora se masajeaba las sienes, parecía cansado. Sabe, dijo Hélène, tengo muy pocas cosas que hacer en este momento, si quiere puedo echarle una mano. Muy amable, dijo Ferrer sonriendo tristemente, pero de verdad que no puedo aceptar. Que quede entre nosotros, pero en el punto en que estoy, no podría pagarle. ¿Tan mal va la cosa?, dijo ella. He tenido algunos problemas estos últimos tiempos, reconoció Ferrer, ahora le cuento.

De modo que se lo contó. Todo. Desde el principio. Cuando concluyó el relato de sus sinsabores, había caído la noche. Fuera, en las alturas de la obra, las dos grúas amarillas emitían parpadeos situados en la popa de su pluma, al tiempo que pasaba por el cielo un París-Singapur parpadeando al mismo ritmo en el extremo de sus alas: así, dirigiéndose guiños sincrónicos tierra-cielo, se señalaban mutuamente su presencia.

Personalmente empiezo a estar un poco harto de Baumgartner. Su vida cotidiana es demasiado aburrida. Aparte de vivir en el hotel, de telefonar cada dos días y de visitar lo que le cae a mano, realmente no hace gran cosa. A todo eso le falta nervio. Desde que salió de París rumbo al sudoeste, se pasa la vida circulando al azar al volante de su Fiat blanco, vehículo sencillo sin opciones ni decoración, sin nada que se adhiera a los cristales ni cuelgue del retrovisor. Baumgartner toma sobre todo carreteras secundarias. Una mañana, es domingo, llega a Biarritz.

Como el océano está encrespado y muy movido, como es un domingo de sol brumoso muy suave, los habitantes de Biarritz han salido a contemplar las olas. Para hacerlo se colocan formando filas escalonadas, a lo largo de las playas pero también de las terrazas, las escolleras, los balcones, las prominencias y los paseos que dan al musculoso océano, se alinean en todo lo que queda encima de él y lo contemplan ejecutar su furioso número. Este espectáculo atonta al hombre y lo paraliza, es capaz de contemplarlo indefinidamente sin cansarse, no hay motivo para parar —el fuego también le produce ese efecto, la lluvia a veces produce ese efecto, el inventariar a los transeúntes desde la terraza de un bar puede producirlo asimismo.

En Biarritz, ese domingo, junto al faro, Baumgartner ve a un joven aventurarse muy cerca del océano, hasta situarse en la punta de un saliente rocoso, exponiéndose a quedar totalmente empapado por las ráfagas de espuma nerviosa, que esquiva con contoneos de torero. Precisamente utiliza términos taurinos para comentar la pujanza de las sucesivas olas, saluda (*Olé*) una explosión especialmente escénica, deja venir (*Mira mira mira*) e hincharse (*Toro toro*) una ola prometedora y rugiente (*Torito bueno*), todas las citas, voces y reclamos con que se encela a los toros en el ruedo. Luego, una vez que la ola ha arremetido en todas direcciones y se ha dislocado deflagrando, cuando ese monstruo acuoso viene a tumbarse y a morir a sus pies, el joven, brazo tendido y mano alzada como para inmovilizar el tiempo, le dirige el gesto que hacen los matadores en el intervalo, a veces un poco largo, en que el animal estoqueado permanece erguido mientras se le escapa la vida hasta que se desploma, con frecuencia lateralmente y perpendicular a sus patas agarrotadas.

Baumgartner no se queda más de dos días en Biarritz, lo que le cuesta al océano recobrar el aliento, y luego regresa hacia el interior. Más aún que en su anterior viaje, Baumgartner no se demora por lo general en las ciudades, se limita a atravesarlas o a contornearlas por sus vías de circunvalación cuando ello es posible. Prefiere pararse en los pueblos, allí suele pasar un rato en un bar sin hablar con nadie.

Prefiere escuchar las conversaciones de la gente (*cuatro hombres ociosos comparan sus respectivos pesos sustituyéndolos por el número del departamento francés correspondiente. Así, el más flaco declara la Meuse, el más o menos normal*

reivindica las Yvelines, el bastante rollizo admite rozar el Territorio de Belfort, el más gordo sobrepasa el Val-d'Oise), leer los carteles pegados con celo en los espejos (CONCURSO DE HORTALIZAS: 8 h.-11 h. Inscripción de las Hortalizas. 11-12.30 h. Deliberaciones del Jurado. 17 h. Entrega de los Premios y Vino de honor. Pueden participar: Puerro, Ensalada, Repollo, Col de Milán, Coliflor, Col lombarda, Tomate, Melón, Calabaza, Pimiento, Calabacín, Remolacha roja, Zanahoria roja, Apio nabo, Colinabo & Colinaba, Nabo & Naba, Rábano de invierno, Patata, Remolacha forrajera, Zanahoria forrajera, Maíz, Ajo, Cebolla. Concurso abierto a todos los horticultores. No más de nueve hortalizas por agricultor. Un ejemplar por hortaliza. Presentarse con las hojas, tallos y raíces a ser posible. Se juzgarán por peso y aspecto) o consultar el parte del tiempo en los periódicos locales (Sobre fondo de cielo borrascoso, caerán lluvias y aguaceros, a veces acompañados de truenos por la tarde).

En efecto el tiempo se estropea, y entretanto Baumgartner parece mostrarse menos exigente con respecto a la calidad de los hoteles donde se aloja. Pernocta en establecimientos más modestos que antes, parece serle indiferente. Los primeros días se procuraba a toda costa los periódicos locales y nacionales, y recorría las páginas de Cultura y Sociedad sin encontrar la menor mención de un robo de antigüedades. Cuando todo parece indicar ya que no se hablará de ello, Baumgartner reduce su consumo de prensa y acaba hojeándola distraídamente durante el desayuno, pringándola de mantequilla y mermelada, subrayando pasajes con café, creando cercos entrelazados de zumo de naranja en las páginas de economía color salmón.

Una noche de lluvia torrencial, entre Auch y Toulouse, Baumgartner circula en medio de la noche, que cae cada vez más pronto. Al otro lado de los limpiaparabrisas lanzados a toda velocidad, los faros apenas son suficientes para iluminar la carretera: sólo ve en el último momento, a su derecha, ligeramente más abajo de la carretera, una figura que avanza por el arcén. Sumergida en el agua y en la oscuridad, a punto de disolverse en ella como un terrón de azúcar, la figura no agita la mano, ni siquiera se vuelve al acercarse los coches, cuyos faros y motores ahoga de todas formas la tormenta. Si Baumgartner se detiene, es más por reflejo que por caridad, o porque se aburre un poco: pone el intermitente derecho, frena cien metros más adelante y aguarda a que la figura se acerque.

Pero ésta no aprieta el paso, como si no estableciese relación causal entre sí misma y el hecho de que se pare el Fiat. Cuando llega a la altura del vehículo, Baumgartner la vislumbra vagamente por el cristal chorreante: una joven, a lo que parece, una chica que abre la portezuela y sube sin que hayan intercambiado las habituales palabras preliminares entre autostopistas y conductores. La muchacha deposita la bolsa en el asiento trasero y se sienta sin decir palabra, cerrando la portezuela con precaución. Está tan empapada que el parabrisas se cubre de

inmediato de un ligero vaho —Baumgartner se imagina con disgusto el estado del asiento cuando ella se apea—. No solamente está empapada, por lo demás, sino que parece más bien sucia y despegada del mundo. ¿Va usted para Toulouse?, le pregunta Baumgartner.

La joven tarda un rato en contestar, su rostro no se ve nítidamente en la penumbra. Luego articula con voz monocorde y recitativa, un poco mecánica y vagamente inquietante, que no va para Toulouse sino a Toulouse, que resulta lamentable y curioso que se confundan esas preposiciones cada vez más frecuentemente, que nada justifica tal cosa, que forma parte en cualquier caso de una tendencia general a maltratar la lengua contra la que no cabe sino rebelarse, que ella desde luego se rebela con todas sus fuerzas, luego apoya el cabello empapado sobre el reposacabezas del asiento y de inmediato se queda dormida. Parece completamente chiflada.

Baumgartner permanece durante unos segundos como idiotizado y ligeramente ofendido, luego mete suavemente la primera como si meditase antes de arrancar. Quinientos metros más allá, cuando la chica empieza a roncar suavemente, se irrita y está a punto de parar el coche y devolverla a su oscuridad líquida, pero razona: ahora la chica está durmiendo tranquilamente, todo su cuerpo relajado está en paz, flexiblemente sujeto por el cinturón de seguridad, hacer tal cosa no sería digno del gentleman en el que ha decidido convertirse. Ese sentimiento le honra, pero más que nada le retiene otra cosa: la voz de la chica le recuerda a alguien. Acaparado por la conducción en un medio hostil, apenas se le presenta ocasión de lanzarle miradas laterales; además, la joven se ha inclinado hacia el cristal y le da la espalda. Pero de súbito Baumgartner la reconoce, cobra conciencia de su identidad, parece totalmente inverosímil, pero es así. Hasta Toulouse conduce pisando huevos, aguantando la respiración, evitando la menor rodada, el menor bache que pueda despertarla. El trayecto dura no menos de una hora.

Al llegar a Toulouse en plena noche, Baumgartner deja a la chica delante de la estación de tren sin encender la luz del techo, mirando hacia el otro lado mientras ella se desabrocha el cinturón y se apea dándole dos veces las gracias, casi inaudiblemente. Baumgartner tarda un rato en arrancar y la mira alejarse por el retrovisor hacia la cantina de la estación, sin volverse. Como es de noche y como esa chica que para mí que se está volviendo loca no le ha mirado una sola vez, todo parece indicar que no le ha identificado, al menos ojalá sea así.

Durante los días siguientes, Baumgartner persevera en su aleatorio itinerario. Experimenta la melancolía de los restaurantes de carretera, los desapacibles despertares en habitaciones de hoteles donde todavía no está encendida la calefacción, el mareo de las zonas rurales y de los tramos en obras, la amargura de las simpatías imposibles. La cosa se prolonga unas dos semanas más, al término de las

cuales Baumgartner se da cuenta por fin de que le siguen.

Durante esos mismos quince días, Hélène siguió pasando con bastante frecuencia por la galería. Como en el hospital, pasaba a cualquier hora pero nunca más de una hora, cada dos o tres días, y, como en el hospital, Ferrer la recibía cortésmente pero con reserva, atenciones en exceso obsequiosas y sonrisas un tanto forzadas, como quien vela por un pariente delicado de salud.

La larga exposición que le había hecho de sus problemas recientes no les había acercado tanto en definitiva. La joven le había escuchado sin mostrar una reacción especial, ya fuera de admiración ante las hazañas hiperbóreas de Ferrer, o de conmiseración, siquiera de risa, ante el consternador desenlace de aquel asunto. Y si bien no había reiterado su ofrecimiento de ayudar a Ferrer en la galería, parecía excluido que se abstuviera por razones económicas. Ello es que no se había producido un gran progreso, seguían buscando cosas que decirse sin encontrarlas, lo que daba pie a que se produjeran silencios. Lo cual hubiera podido no estar mal, porque a veces está muy bien el silencio. Acomodado con una mirada y una sonrisa apropiadas, el silencio puede dar excelentes resultados, intensidades insólitas, perspectivas sutiles, regustos exquisitos, decisiones definitivas. Pero no era el caso. Todo se reducía a mutismos pastosos, pesados, engorrosos como la arcilla que se pega a la suela de los zapatos. Al cabo de un rato, resultaba inaguantable para ambos. Muy pronto, Hélène empezó a ir cada vez menos y al cabo casi nunca.

Al principio eso supuso un alivio para Ferrer, por supuesto, pero por supuesto también no tardó en crear un pequeño vacío que no había previsto, y al poco se sorprendió a sí mismo esperándola, mirando hacia la calle como quien no quiere la cosa, y ni que decir tiene que Hélène no había dejado dirección ni teléfono alguno, dado que el otro idiota no se lo había pedido nunca. Y ahora era un lunes por la mañana, lo cual no siempre es lo más deseable: comercios atrancados a cal y canto, cielo encapotado, aire opaco y suelo asqueroso, en una palabra, todo cerrado por todas partes, tan deprimente como un domingo y sin la excusa de no tener nada que hacer. Pequeños grupos diseminados cruzaban la calle fuera de los pasos cebrá hacia el único Prisunic de guardia, y el humor de Ferrer era del mismo color amarillo y rancio que las grúas de la obra de enfrente y que el rótulo luminoso del supermercado. Spontini, que reapareció a eso de las once para recordar su discrepancia con el asunto de los porcentajes, no podía haber caído en peor momento.

No dispuso de mucho tiempo para argumentar: Escucha, le interrumpió Ferrer, te diré lo que pienso. No trabajas bastante, así de sencillo, tu trabajo no ha evolucionado. Así entre nosotros, lo que haces ya no me interesa demasiado, ¿entiendes? ¿Y eso qué quiere decir?, se inquietó Spontini. Quiere decir exactamente que no porque hayas vendido cosas a dos centros de arte y a tres particulares existes,

dijo Ferrer. Para mí, eres un cero. Espera a tener coleccionistas regulares en el extranjero y podremos hablar de una carrera. Quiere decir también que si no estás contento, ahí tienes la puerta.

En el marco de esta última, al salir de la galería, Spontini estuvo a punto de tropezar con un tipo de unos treinta años vestido con vaqueros y cazadora, prendas que no componen por fuerza la indumentaria de un artista, y menos aún la de un coleccionista, más bien parecía un joven oficial de policía, que precisamente es lo que era aquel hombre: ¿Se acuerda de mí?, dijo Supin, soy de identidad judicial. Vengo por lo de su denuncia.

Sin entrar en todos los pormenores técnicos, la situación según Supin era la siguiente. Una buena noticia y otra mala, prefiero empezar por la mala, que es que, en el microscopio electrónico, los análisis de las muestras efectuados en el taller no han dado nada. Pero, paralelamente a eso, la buena era que en los bolsillos de un cadáver descongelado, descubierto por azar y bastante mal conservado, había aparecido entre viejos Kleenex tiesos, arrugados, compactos como guijarros planos o pastillas de jabón en su fase final, un trozo de papel en el que aparecía escrita una matrícula. Tras identificar aquella matrícula, las comprobaciones realizadas permitían suponer que aquel vehículo Fiat tenía algo que ver con el robo denunciado por Ferrer. De modo que lo estaban buscando. En ese punto estábamos.

Ferrer se puso enseguida de mucho mejor humor. Antes de cerrar la galería, al final de la tarde, recibió la visita de un joven artista llamado Corday. Este le presentó proyectos, bosquejos, maquetas y presupuestos de fabricación. Por desgracia, carecía de fondos suficientes para llevar a cabo todos sus objetivos. Está muy bien, dijo Ferrer, pero que muy bien, me gusta mucho. Venga, vamos a montar una exposición. ¿De verdad?, exclamó el otro. Claro, dijo Ferrer, desde luego, desde luego. Y si funciona, montaremos otra. Entonces, ¿firmamos un contrato?, se imaginó Corday. Tranquilo, dijo Ferrer, tranquilo. Un contrato no se firma así como así. Pase a verme pasado mañana.

Entrados en vigor en 1995, los acuerdos de Schengen instituyen, como es sabido, la libre circulación de personas entre los países europeos firmantes. La supresión de los controles en las fronteras interiores, así como la implantación de una policía reforzada en las fronteras exteriores, permite a los ricos pasearse por los países de los ricos, tan ricamente entre ellos, abriéndose más los brazos para mejor cerrárselos a los pobres, que, altamente marginalizados, comprenden aún mejor su dolor. Desde luego las instituciones aduaneras subsisten y no permiten que el paisano trafique impunemente con lo que le dé la gana, pero éste puede desplazarse ya sin esperar una hora en las fronteras para que le olisqueen el pasaporte. Es lo que Baumgartner se dispone a hacer.

A fuerza de recorrerse el sector, para él ya no tienen secretos los menores ecomuseos, curiosidades, panoramas y vistas situados en el rincón inferior izquierdo del mapa de Francia. Estos últimos tiempos no se ha movido del punto más extremo del sudoeste, jamás ha estado a más de una hora de la frontera, como si, cual pasajero semiclandestino de un transatlántico poco estanco, se mantuviera siempre prudentemente lo más cerca posible de los botes salvavidas, oculto tras un tubo de ventilación.

Pero ahora Baumgartner no ha necesitado ver más de tres veces en tres días al mismo motociclista con ropa y casco rojos para decidir cambiar de aires. Dicho individuo apareció por primera vez en su retrovisor, a lo lejos, en una sinuosa carretera comarcal en plena montaña, surgiendo y desapareciendo al azar de las curvas cerradas. Otra vez, en el peaje de una autopista, no lejos de dos motoristas con uniforme negro de la policía, a todas luces parecía el mismo, apoyado en su moto y comiéndose un bocadillo —el casco no parecía estorbar el ir y venir de los maxilares—. La tercera vez, aparentemente con una avería al borde de una carretera nacional bajo la lluvia, el hombre estaba pegado a un poste telefónico de urgencia: al pasar a su altura, Baumgartner orientó las ruedas derechas de su vehículo hacia un profundo y amplio charco. Se rió cuando, por el retrovisor, vio al hombre pegar un salto al recibir la ducha cenagosa, pero se llevó un pequeño chasco al no verle tender el puño.

La vida de Baumgartner, que era aquellas últimas semanas bastante deshilachada, silenciosa y velada como una mala niebla, experimenta cierta animación al aparecer en escena el motociclista rojo. Esa presencia y la inquietud que genera le hacen sentirse menos solo, atenuando así el eco que produce, en las habitaciones de hotel, cada uno de sus gestos. Sus llamadas diarias a París, únicos vínculos que le quedan con el mundo, mitigan su aislamiento, y también vía teléfono, anuncia su marcha hacia España. De todas formas, ya está aquí el otoño, dice, y refresca por las noches. Si es que no para de llover. Estaré mejor allá.

Desde donde se encuentra, o sea hoy jueves por la mañana en San Juan de Luz, puede elegir dos itinerarios para ir a España. O bien la autopista 63, donde la frontera consiste en arcos y columnas alineadas, salpicadas de letreros y emblemas, viejos punteados amarillentos que se despegan del asfalto, ventanillas cerradas y abandonadas, barreras perpetuamente abiertas con tres funcionarios diseminados, ociosos, vestidos con inconcretos uniformes, dando la espalda al tráfico y preguntándose qué pintan ahí. O bien se toma la nacional 10, que es lo que decide hacer Baumgartner.

Por la 10, se cruza la frontera en Behovia, materializada por un puente sobre el Bidasoa. Enormes camiones están aparcados ante el último edificio francés, que es un banco, y la aduana consiste actualmente en unas cuantas casamatas desoladas y desvalijadas, con las persianas caídas y de través. Los pocos cristales mugrientos que quedan ocultan apenas los cascotes y basuras que se hacinan dentro, y todo eso es lamentable pero no van a tardar en derribarlo: dado el estado de las instalaciones, las autoridades madrileñas han ratificado los trámites iniciados por el gobierno autónomo y ya es sólo cuestión de días, las palas mecánicas tascan el freno a la espera de que se decida la ruina inmobiliaria y económica del lugar, y luego podrá firmarse el decreto que permitirá tirarlo todo abajo.

Toda la zona, por lo demás, parece ya en derribo. Numerosas casas con las paredes derruidas están invadidas por una vegetación parásita que ha crecido desmesuradamente por los techos despanzurrados. Cuando los innumerables edificios recientes no están ya tapiados, distintos tejidos y plásticos cuelgan de sus ventanas. Reina un olor desabrido a herrumbre y el cielo también tiene color de herrumbre o de excremento, apenas visible tras el color carbón de la lluvia. Algunas fábricas parecen destruidas antes incluso de haberse declarado en quiebra, rodeadas por túmulos de desperdicios, marcadas por andamios desiertos y pintarrajeadas con eslóganes. Al cruzar el puente, los vehículos aparcados de cualquier modo aguardan a sus conductores, que han bajado a comprar alcohol y tabaco libres de impuestos. Luego, una vez han arrancado, la carretera estrangulada por los semáforos se convulsiona formando un embotellamiento crónico, y los coches avanzan a sacudidas como aquejados de tos.

Baumgartner hace lo que todos: sale del coche corriendo bajo la lluvia, con el cuello del abrigo alzado sobre el cogote, hacia las tiendas baratas. En una ofrecen sombreritos para la lluvia de nylon negro forrados de tela escocesa a treinta y cinco francos, que caen que ni pintados: Baumgartner se prueba varios. La talla 58 le queda demasiado pequeña, la 60 un poco grande, así que compra, sin pensárselo ni probárselo, uno de la talla 59 que tiene que irle perfecto, pero que, después de probárselo en el espejo del coche, no parece irle muy bien tampoco, pero demasiado tarde y mala suerte, el Fiat cruza la frontera sin atascos, Baumgartner luego respira un

poco mejor.

El cuerpo se transforma al cruzar una frontera, también es sabido, la mirada cambia de focal y de objetivo, la densidad del aire se altera y los perfumes, los ruidos destacan de modo singular, hasta el mismo sol tiene otro aspecto. Los óxidos corroen de manera inédita unas señales de tráfico que sugieren un concepto desconocido de la curva, de la velocidad reducida o del badén; algunos de ellos, por otra parte, resultan indescifrables y Baumgartner siente que se convierte en otro ser, o mejor dicho, en el mismo y en el otro, como cuando os han hecho una transfusión de toda la sangre. Además, tan sólo cruzar la frontera, se ha levantado una suave brisa desconocida en Francia.

Tres kilómetros después del antiguo puesto fronterizo se ha formado un nuevo tapón. Un furgón con la palabra POLICÍA bloquea la carretera en sentido inverso, unos hombres con uniforme negro filtran el tráfico y, más allá, cada cincuenta metros, fusil ametrallador cruzado en el pecho, otros con uniforme de camuflaje vigilan el terraplén. A Baumgartner no le afecta pero, tres kilómetros más allá, mientras avanza a velocidad moderada, le adelanta por la izquierda un furgón Renault azul marino. En vez de volver a su carril, el furgón se pone a circular a su altura y, de un cristal bajado, surge un brazo embutido en una manga del mismo color y prolongado por una larga mano pálida cuyos escurridos dedos se agitan lentamente de arriba abajo, teclean cadenciosamente en el aire, marcan el compás y señalan con agilidad el arcén, hacia el que, tranquila pero firmemente, Baumgartner se ve obligado a aparcar.

Sometido a tan civilizado bloqueo, Baumgartner acciona el intermitente instándose a no sudar, frena lentamente y se detiene. Una vez le ha adelantado, el furgón azul para suavemente a una decena de metros del Fiat, y se apean de él dos hombres. Son aduaneros españoles, están sonrientes y recién afeitados, su cabello conserva todos los surcos del peine, llevan el uniforme impecablemente planchado y flota aún una canción en sus labios cuando se acercan con paso danzarín. Uno de ellos habla francés casi sin acento, el otro calla. Aduana móvil, caballero, dice el que habla, sólo es un pequeño trámite, papeles del vehículo y papeles suyos, y tenga la bondad de abrir el maletero.

Se requiere menos de un minuto para que el contenido de ese maletero, inspeccionado por el que calla, parezca no ofrecer interés: bolsa, ropa de recambio, efectos de aseo. El aduanero que no habla lo cierra con delicadeza de relojero mientras el otro, carné de Baumgartner en mano, se dirige de puntillas al furgón, del que regresa transcurridos tres minutos, sin duda tras haber telefoneado o consultado una terminal. Todo en orden, caballero, le dice, le rogamos que nos disculpe y le agradecemos su colaboración que nos honra y no hace sino consolidar nuestro total respeto a una moral básica indisociable de la misión que por fortuna se nos ha encomendado y a la cual una vida sólo puede consagrarse íntegramente y sin

reservas, incluso de orden familiar (Sí, dice Baumgartner) y eso cualquiera que sea el obstáculo cuya importancia y brutalidad diarias mismas exaltan y crean el impulso que nos anima cada día a batallar contra ese cáncer que es la infracción de los arbitrios municipales (Sí, sí, dice Baumgartner) pero que me permite asimismo entre cien cosas más desearle, en nombre de mi pueblo en general y de nuestro cuerpo de aduanas en particular, un excelente viaje. Gracias, gracias, dice Baumgartner, desconcertado, pero luego arranca torpemente, se le cala el coche y vuelve a arrancar.

Ahora ha reanudado el camino, y en efecto ha llegado el otoño, además con bastante adelanto, puesto que en ese momento cruza el cielo una bandada de cigüeñas en el eje de la nacional. Esas cigüeñas emigran, es la época, hacen su pequeño Potsdam-Nuakchott vía Gibraltar anual casi sin escalas, siguiendo con frecuencia trazados de carreteras existentes. Sólo se detendrán una vez, prácticamente a medio camino, en la interminable línea recta que discurre de un trazo de Algeciras a Málaga; esa carretera está flanqueada de postes en cuyo extremo una sabia autoridad ha mandado colocar espaciosos nidos a la medida de las cigüeñas. Allí descansarán un poco, recobrarán el aliento, crotorarán entre ellas un rato y apiolarán ratas y víboras autóctonas, a no ser que caiga también una succulenta carroñita, nunca se sabe. Mientras, más arriba, los dos guapos aduaneros españoles se parten de risa mirándose. *Me parece, tío*, le dice el que habla al que calla, *que hemos dado tiempo al Tiempo*. Los dos se tronchan, la brisa sopla más fresca.

Y veinte minutos más tarde, poco antes de las doce del mediodía, Baumgartner entra en una ciudad balneario. Aparca el Fiat en el aparcamiento subterráneo del centro, coge una habitación en el Hotel de Londres y de Inglaterra, que da a la bahía, vuelve a salir y camina un rato al buen tuntún, al albur de las calles amplias y claras del barrio central, donde hay varios concesionarios de ropa de lujo y no de lujo. Sabe suficiente español como para probarse un pantalón en una tienda, pero no como para explicar por qué no lo quiere. Luego se dirige hacia el casco antiguo, en cuyas calles hay una multitud increíble de bares. Metiéndose en uno de ellos, Baumgartner señala unas cositas con salsa o hervidas o a la plancha dispuestas en la barra, y las devora de pie muy rápidamente; luego regresa al hotel por el paseo que bordea la bahía.

Y quince días más tarde hace muchísimo frío para ser primeros de octubre. En el paseo, todo el mundo lleva ya anoraks y abrigos, pieles y bufandas, y los cochecitos de niño, empujados a toda pastilla, van envueltos en edredones. Desde la ventana de su habitación del Hotel de Londres y de Inglaterra, Baumgartner divisa a una mujer con un espléndido físico de leona de mar y vestida con un bañador negro de una pieza, que entra en el océano gris verdoso cuyo color da ya mucho frío. Está totalmente sola en la bahía, bajo un cielo gris oscuro que no ayuda, la gente se para a mirarla en el paseo. La mujer se interna en el agua helada hasta que ésta le llega a los tobillos, a las rodillas, al pubis y al talle, a cuya altura, antes de arrojarse con los

brazos estirados, se santigua, y Baumgartner la envidia. ¿Qué tiene que yo no tenga para hacer eso? Quizás lo único es que sabe nadar. Yo no. La señal de la cruz la sé, pero nadar, no.

Bueno, ¿firmamos el contrato?, insistió con vehemencia Corday a la mañana siguiente. El contrato, el contrato, dijo Ferrer ya menos entusiasta que la víspera, todavía no. Todavía no lo vamos a firmar. Por el momento, digamos que yo me ocuparé de la fabricación de las obras, ¿eh?, yo corro con los gastos. Y los recupero cuando se vendan. Luego habrá que ver si la cosa cuaja, si podemos montarte otra exposición fuera. En Bélgica, en Alemania, algo por el estilo. Si no cuaja, mejor nos quedamos en Francia, intentaremos buscar algo en los centros culturales, por ejemplo. Luego trataremos de que compre una obra un Frac o la Fnac^[1], entiendes, de ese modo podremos exhibir esa obra en algún sitio para que suene un poco. Luego Nueva York.

Nueva York, se pasmó el otro como un eco. Nueva York, repitió Ferrer, Nueva York. El esquema viene siempre a ser un poco el mismo, verdad. Y si todo funciona bien, más adelante podremos plantearnos lo del contrato. Discúlpame un momento. Junto a la entrada de la galería, estaba allí de nuevo el oficial de policía Supin, caviloso ante una obra reciente, un gigantesco sostén de amianto realizado por el marido de la amante de Schwartz, que se lo había recomendado a Ferrer. Supin seguía teniendo un aire jovencísimo, vestido como siempre con su ropa de joven policía estándar, ropa que él desapruaba profundamente, pero qué remedio, son cosas de la profesión. Parecía sobre todo feliz de estar allí, en la galería Ferrer, arte moderno, por fin algo a mi altura.

El vehículo Fiat, dijo Supin, sólo decirle que al parecer lo han localizado junto a la frontera española. Aduana móvil, control de rutina, pura potra. Han intentado retener un rato al conductor pero, claro, en esos casos los de aduana no pueden hacer nada. Nos han avisado enseguida, y tenemos la suerte de llevarnos bien con los colegas de allí. Evidentemente trataré de localizar al individuo, tengo compañeros por la zona y voy a ponerlos al tanto, pero no le garantizo nada. Si sé algo, le telefonaré. De todas formas, le llamo esta noche o mañana. Una cosa, sólo por hacerme una idea, ¿a cuánto se iría este sostén grande?

Una vez que Supin, anonadado por el precio, se marchó tambaleándose, y pese a sus informaciones, que tal vez supusieran un progreso en la investigación, a Ferrer le embargó una lúgubre melancolía. Se había quitado de encima a Corday lo antes posible, pero ni siquiera tenía la seguridad de poder mantener las promesas que le había hecho al otro, ya veríamos. Hubo de forzarse para que ese vacío no ganara todo el terreno, no gangrenase sobre todo su vida profesional y de modo general sus puntos de vista sobre el arte. Dirigiendo una mirada circular y de súbito asqueada sobre las obras allí expuestas, le asaltó una duda sobre su persona y tuvo que cerrar de nuevo la galería antes que de costumbre. Despidió a Elisabeth, luego cerró la

puerta acristalada, bajó con el mecanismo eléctrico el cierre metálico y echó a andar, encorvado contra el viento, bastante violento aquel día, hasta la estación de metro Saint-Lazare. Hacer trasbordo en Opera, bajar en Châtelet, desde donde el Palacio de Justicia, una vez cruzado el Sena, queda a menos de dos minutos andando. Las distintas preocupaciones profesionales y económicas de Ferrer no eran el único motivo de ese vacío, de su andar encorvado y de su rostro taciturno: sucedía también que era 10 de octubre, e ir a divorciarse nunca es algo que levante el ánimo.

Evidentemente no era el único que se hallaba en semejante trance, lo que tampoco es un consuelo: la sala de espera estaba abarrotada de parejas en final de trayecto. Algunas, a pesar de la situación, no parecían llevarse tan mal y hablaban tranquilamente con sus abogados. Estaban convocados a las once treinta y, a cuarenta, Suzanne seguía sin aparecer —siempre con retraso, se dijo Ferrer con un recuerdo irritado—, pero el juez de familia también se retrasaba. Incómodas sillas de plástico pegadas a las cuatro paredes amueblaban la sala de espera, en torno a una mesa baja cubierta de publicaciones heterogéneas y sobadas: boletines jurídicos, revistas de arte o de salud, semanarios dedicados a la vida de las celebridades. Ferrer se puso a hojear uno de éstos: se reducía como de costumbre a fotos de artistas, artistas de todo tipo provenientes de las esferas lírica, televisual y cinematográfica, deportiva o política, incluso culinaria. Una doble página en el centro presentaba la foto de una gran estrella acompañada de su última conquista, y en segundo plano, un tanto borroso pero aun así perfectamente reconocible, podía distinguirse a Baumgartner. Era pura cuestión de cuatro segundos el que Ferrer se tropezase con aquella página y aquella foto, tres segundos, dos segundos, un segundo, pero, como sea que Suzanne eligió aquel instante para aparecer, cerró la revista sin pesar.

El juez era una jueza de pelo cano, a la par tranquila y tensa, tranquila porque creía estar acostumbrada a ser jueza y tensa porque sabía que nunca llegaría a estarlo. Aunque hacía visibles esfuerzos por mostrarse fría, Ferrer se la imaginaba atenta en la vida privada, ponderada y tal vez incluso cariñosa, sí, seguro que buena madre de familia, aunque tampoco debían de troncharse cada día en casa. No cabía descartar que su marido fuera secretario forense y se ocupara de las faenas caseras, porque ella debía de llegar tarde a cenar, y durante la cena debían de discutir de temas de derecho civil. Como los recibió primero a los dos juntos, Ferrer, juzgando que la jueza no hacía más que preguntas sin sentido, reaccionó lo mínimo.

Suzanne se mantuvo igual de reservada la mayor parte del tiempo, limitándose a contestar con una gran economía de medios. No no, dijo Ferrer cuando la jueza, por cubrir el expediente, pidió que se le confirmase si había hijos. De modo que su decisión es firme, dijo la jueza dirigiéndose a Suzanne —y volviéndose hacia Ferrer: El señor no parece tan seguro como la señora—. Claro, claro, dijo Ferrer, ningún problema. Acto seguido, la jueza conversó con cada uno de ellos por separado, la

señora primero. Mientras esperaba su turno, Ferrer no cogió la misma revista y, cuando Suzanne salió del despacho de la jueza, se levantó buscando su mirada, pero ella no se la devolvió. Al dirigirse hacia el despacho, tropezó con una silla. ¿Está usted realmente seguro de que quiere divorciarse?, preguntó la jueza. Sí, sí, contestó Ferrer. Bien, dijo ella cerrando el expediente, y así, quedó solventado el asunto.

Al salir, Ferrer hubiera podido sugerirle a Suzanne que fueran a comer juntos o simplemente a tomar una copa, por ejemplo enfrente, en la cervecería del Palacio de Justicia, pero ella no le dejó abrir la boca. Ferrer se estremeció, llegando a temerse de nuevo lo peor, los humillantes insultos y recriminaciones de los que se había librado en febrero, pero no, no hubo nada. Limitándose a alzar un dedo para hacerle callar, Suzanne abrió el bolso, del que extrajo un juego de llaves de la galería que se habían quedado en Issy, se las entregó sin decir palabra y se alejó hacia el Pont Saint-Michel, al sur. Transcurridos cinco inmóviles segundos, Ferrer regresó hacia el Pont au Change, al norte.

Al final de la tarde, Ferrer cerró la galería, como hacía cada día a las siete, la noche no tardaría en caer, el Sol no era visible ya desde aquel punto de la Tierra, quedaba un cielo azul gris muy puro en medio del cual un avión lejano, recogiendo sus últimos rayos imperceptibles desde aquí abajo, dejaba una estela de un rosa intenso. Ferrer permaneció un instante inmóvil, contemplando la calle antes de arrancar a andar. Los comerciantes del barrio echaban como él los cierres metálicos. Los obreros de la obra de enfrente habían dejado también de trabajar, tras orientar prudentemente para la noche las plumas de las grúas en el sentido actual del viento. En la fachada del alto edificio vecino, las antenas parabólicas obstruían una ventana de cada dos: cuando lucía el sol, aquellas parábolas debían de impedirle penetrar, recibiendo en su lugar las imágenes destinadas al televisor, que sustituía también a la ventana.

Ferrer se disponía a alejarse de la galería cuando en el extremo de la calle se perfiló una silueta de mujer cuyo contorno le decía algo, pero hubo de transcurrir un instante antes de que reconociera a Héléne. No era la primera vez que Ferrer tardaba un poco en identificarla: ya en el hospital, cuando entraba en la habitación, experimentaba ese mismo instante de latencia, consciente de que era ella pero viéndose obligado cada vez a reconstruir su persona, a partir de cero, como si sus rasgos no se recompusieran espontáneamente. Y eso que eran hermosos, no cabía duda, y repartidos con armonía. Ferrer podía admirarlos aisladamente, pero sus conexiones se modificaban sin cesar, no confluían exactamente en el mismo rostro. En equilibrio inestable, como si mantuvieran relaciones cambiantes, se diría que estaban en perpetuo movimiento. Y así, no acababa de ser la misma persona la que tenía delante Ferrer cada vez que veía a Héléne.

Esta pasaba por allí por si le encontraba, sin haber avisado y sin tener ninguna

intención concreta: Ferrer le ofreció tomar una copa y volvió a abrir la galería. Mientras iba a buscar champán fresco al taller, Ferrer decidió estudiar esta vez con paciencia y precisión el rostro de Hélène, como quien se aprende una lección, para conocerlo de una vez por todas y quitarse la desazón que le provocaba. Pero sus esfuerzos fueron tanto más vanos cuanto que Hélène, por primera vez, se había maquillado, lo cual lo cambiaba y lo complicaba todo.

Porque el maquillaje enmascara al tiempo que guarnece los órganos sensoriales, al menos, atención al detalle, los que tienen varios usos. La boca, por ejemplo, que respira y que habla y come, bebe, sonrío, susurra, besa, chupa, lame, muerde, sopla, suspira, grita, fuma, hace muecas, ríe, canta, silba, hipa, escupe, eructa, vomita, espira, la boca se pinta, qué menos, como un homenaje por desempeñar tantas funciones nobles. Se pintan también los contornos del ojo, que mira, expresa, llora y se cierra para dormir, lo cual es asimismo noble. Se pintan también las uñas, que ocupan un puesto privilegiado en la inmensa y noble variedad de las operaciones manuales.

Sin embargo, no se maquilla lo que no presta más que uno o dos servicios. Ni la oreja —que únicamente sirve para oír—, de la que tan sólo se prende un pendiente. Ni la nariz —que se limita a respirar, a oler, y a veces se taponaa—, a la que, al igual que la oreja, se puede sujetar un aro, una piedra preciosa, una perla o incluso, en ciertos climas, un hueso de verdad, mientras que en los nuestros se limitan a empolvarla. Pero Hélène no lucía ninguno de estos accesorios, solamente se había pintado con carmín color rubí y se había maquillado con sombra de párpados tirando a tierra de Siena y con un leve toque de perfilador de ojos. De cara a Ferrer, que en ese momento estaba abriendo el champán, aquello iba a complicar las cosas sobremanera.

Pero no, no daría tiempo a que aquello complicara nada, porque en aquel instante sonó el teléfono: al habla Supin, llamo antes de lo previsto, creo que he encontrado algo. Cogiendo el primer lápiz que encontró, Ferrer lo escuchó muy atentamente, anotando unas palabras en el dorso de un sobre; luego le dio efusivamente las gracias al agente de identidad judicial. No tiene importancia, dijo Supin, ha sido pura cuestión de suerte. Mantenemos buenas relaciones con las aduanas españolas, recordó, y tengo allí un excelente colega motorista que ha aceptado personalmente efectuar labores de seguimiento fuera de servicio. Así que, ya ve, todo eso que dicen de guerras entre las policías. Ferrer llenó muy nervioso dos copas, tanto que se desbordaron. Tendré que irme enseguida, dijo. Entretanto, a ver si por fin podemos tomar algo usted y yo.

Ya sea por la autopista o por la nacional que, cruzando la frontera por Hendaya o por Behovia, conducen hacia el sur de España, se pasa forzosamente por San Sebastián. Una vez que Ferrer hubo atravesado oscuros eriales industriales, recorrido opresivas hileras de casas de la época franquista y se hubo preguntado a ratos qué pintaba él allí, penetró bruscamente en aquella gran ciudad balneario de lujo, totalmente inesperada. Se levantaba sobre una estrecha lengua de tierra, a una y otra parte de un río y de un monte que separaba dos bahías casi simétricas, y aquella doble escotadura trazaba una omega aproximada, un pecho de mujer que se adentraba en el interior de las tierras, dos senos oceánicos encorsetados por la costa española.

Ferrer dejó el coche de alquiler en el aparcamiento subterráneo cercano a la bahía principal y buscó alojamiento en un hotelillo del centro. Durante una semana recorrió amplias avenidas apacibles, aireadas, esmeradamente limpias, flanqueadas de edificios claros y graves, pero también de breves calles angostas, barridas también con celo, oscuras y dominadas por estrechos y nervudos edificios. Palacios y hoteles de lujo, puentes y parques, iglesias barrocas, góticas y neogóticas, flamantes plazas de toros, inmensas playas bordeadas por un instituto talaso-terapéutico, el Real Club de Tenis y el casino. Más solemnes los unos que los otros, los cuatro puentes estaban pavimentados de mosaico y trabajados con piedra, vidrio y hierro colado, adornados con obeliscos blancos y dorados, farolas de hierro forjado, esfinges y torrecillas estampadas con monogramas reales. El agua del río era verde, tirando a azul al arrojar al océano. Ferrer recorrió a menudo aquellos puentes, pero más a menudo aún caminaba por el paseo que ribetea la bahía concoide, cuyo centro lo ocupaba una minúscula isla, rematada por un pequeño castillo.

Comoquiera que llevaba días deambulando de esa suerte, con la única meta de que se produjera un acontecimiento casual, intentando inventariar todos los barrios, acabó cansándose un poco de aquella ciudad demasiado grande y demasiado pequeña al mismo tiempo, donde nunca estaba uno seguro de dónde estaba, aun sabiéndolo de sobra. Supin no le había facilitado más indicación que el nombre de San Sebastián, acompañado de una hipótesis en extremo limitada. Lo único aparentemente verosímil es que residía allí el ladrón de antigüedades.

Los primeros días, a la hora de las comidas, Ferrer frecuentaba sobre todo los innumerables y bulliciosos barecillos del casco viejo donde, de pie ante la barra, se puede uno tomar un montón de tapas sin verse obligado a sentarse para alimentarse en solitario, lo que puede bajarle a uno la moral. Pero también de eso empezó a cansarse Ferrer: acabó descubriendo, por la zona del puerto, un restaurante sin pretensiones donde pesaba menos la soledad. Llamaba a Elisabeth a la galería cada día al atardecer y, por las noches, se acostaba temprano. Pero al cabo de una semana

su empresa se le antojó ilusoria, buscar a un desconocido en una ciudad desconocida no tenía sentido, y le invadió el desánimo. Antes de decidirse a regresar a París, Ferrer pasaría un par de días más en aquella ciudad pero sin pateársela inútilmente, prefiriendo dormir por la tarde en una tumbona desplegada en la playa cuando lo permitía el tiempo otoñal, y matar las dos últimas veladas solo en el bar del Hotel María Cristina, arrellanado en un sillón de cuero, ante un vaso de chacolí y el retrato de cuerpo entero de un dux.

Una noche en que toda la planta baja del María Cristina había sido invadida por un ruidoso grupo de miembros de un congreso de cancerólogos, Ferrer prefirió ir al Hotel de Londres y de Inglaterra, establecimiento apenas menos elegante que el otro y cuyo bar presentaba la ventaja de dominar la bahía desde grandes y despejadas puertas vidrieras. El ambiente era mucho más apacible aquella noche que en el María Cristina —tres o cuatro parejas de mediana edad sentados en el salón, dos o tres hombres solos de pie en la barra, poco movimiento y poquísimo trajín—, Ferrer se acomodó en el extremo del salón junto a una de las amplias puertas vidrieras. Había caído la noche, las luces de la costa se reflejaban en columnas difuminadas sobre un océano de aceite donde reposaban en paz, por la zona del puerto, veinticinco siluetas claras de barcos de recreo.

Aquellos cristales permitían también, según el punto en que se fijara la mirada, observar el exterior pero también el interior del salón inmóvil, por un efecto de retrovisor. Muy pronto se advirtió un movimiento en el extremo opuesto del bar: la puerta giratoria se había puesto a girar un instante sobre sí misma, dejando aparecer a Baumgartner, que fue a acodarse en la barra junto a los hombres solos, de espaldas a la bahía. Lejanamente reflejados en el cristal, aquellos hombros y aquella espalda hicieron fruncir el ceño a Ferrer, quien, fijando la mirada cada vez más intensamente en ellos, terminó levantándose y se dirigió hacia la barra a paso prudente. Deteniéndose a dos metros de Baumgartner, pareció dudar un instante y se acercó a él. Disculpe, dijo posando ligeramente dos dedos en el hombro de aquel individuo, que se volvió.

Hombre, dijo Ferrer. Delahaye. Ya decía yo.

Delahaye no sólo no estaba muerto, cosa que en el fondo apenas sorprendía a Ferrer, sino que había cambiado mucho en unos meses. Incluso se había transformado. El cúmulo de ángulos obtusos e indefinidos que caracterizaran siempre a su persona había dado paso a un manojito de líneas y perspectivas aceradas, como si todo aquello hubiese sido objeto de un excesivo retoque.

En él, convertido en Baumgartner, todo eran ahora líneas impecablemente trazadas: su corbata, cuando la llevaba, cuyo nudo se le veía siempre desplazado hacia uno u otro ángulo del cuello de la camisa, la raya del pantalón, antes desdibujada por la bolsa que se le formaba a la altura de las rodillas, su sonrisa incluso, en tiempos tan inestable, que enseguida se ablandaba, se redondeaba, se erosionaba cual cubito de hielo en los trópicos, su aleatoria raya del pelo lateral, su cintura diagonal, las patillas de sus gafas y hasta su misma mirada: en una palabra, todos los segmentos esbozados, borrosos, inacabados y confusos de su cuerpo habían sido enderezados, atiesados, almidonados. Hasta los pelos incontrolados de su informe bigote aparecían ahora segados, siguiendo una impecable línea recta, hilo cuidadosamente recortado, al modo latino, como trazado con un fino pincel a ras del labio superior.

Ferrer y él se examinaron un momento en silencio. Probablemente para infundirse aplomo, Delahaye, vaso en mano, comenzó a girar éste sobre sí mismo y de pronto interrumpió el movimiento: el contenido del vaso prosiguió solo su rotación hasta calmarse a su vez. Bueno, dijo Ferrer, ¿y si nos sentamos? Estaremos mejor para hablar. De acuerdo, suspiró Delahaye. Se alejaron de la barra y se dirigieron hacia los sillones profundos, dispuestos en grupos de tres o cuatro en torno a unos veladores cubiertos con manteles. Elija el sitio que quiera, dijo Ferrer, le sigo.

Entretanto, de espaldas, observaba la indumentaria de su ex ayudante. Su traje cruzado de franela color antracita parecía servirle de tutor, hasta tal punto el hombre iba ahora erguido. Mientras se volvía para sentarse, Ferrer observó la corbata oscura sobre camisa a finas rayas color perla, en los pies unos zapatos de cordones color mueble antiguo, un alfiler de corbata y unos gemelos que emitían fulgores apagados, sordas sonoridades de ópalo mudo y de oro deslustrado. En definitiva, el hombre vestía como a Ferrer siempre le hubiera gustado que vistiera en la galería. Único elemento discordante en el cuadro, cuando Delahaye se dejó caer en un sillón y se le subieron los bajos del pantalón: los elásticos de sus calcetines parecían hipotensados. Le veo muy bien vestido, dijo Ferrer. ¿Dónde compra esa ropa? No tenía nada que ponerme, contestó Delahaye, he tenido que comprarme unas cosillas aquí. Se encuentran cosas que no están nada mal por la zona del centro, y no puede imaginarse lo baratas que son comparadas con Francia. Acto seguido, Delahaye se incorporó en

su sillón, se ajustó la corbata ligeramente ladeada, sin duda por la emoción, y se subió los calcetines arrollados en acordeón a la altura de los tobillos.

Estos calcetines me los regaló mi mujer, agregó distraídamente, pero, como ve, se caen. Tienen tendencia a caerse. Ah, dijo Ferrer, es normal. Los calcetines que le regalan a uno siempre se caen. Es verdad, sonrió Delahaye, crispado, es una buena observación, ¿puedo invitarle a una copa? Con mucho gusto, dijo Ferrer. Delahaye hizo un gesto hacia una chaquetilla blanca, aguardaron en silencio a que el camarero trajera las bebidas y, sin esbozar una sonrisa, levantaron discretamente los vasos y bebieron. Bueno, aventuró luego Delahaye, ¿cómo lo arreglamos? Pues aún no lo sé, dijo Ferrer, dependerá mucho de usted. ¿Vamos a dar una vuelta?

Salieron del Hotel de Londres y de Inglaterra y, en vez de dirigirse hacia el océano, que parecía seguir mostrando disposiciones violentas, tomaron la dirección contraria. Los días empezaban a acortarse cada vez más frenéticamente, la noche se espesaba cada vez más deprisa. Se internaron en la avenida de la Libertad hacia uno de los puentes que cruzan el río.

Esta nervuda vía fluvial se obstina en vano en arrojarse de continuo al mar Cantábrico, porque cuando este mar se muestra demasiado potente remonta el curso del río, se opone a él, lo invade y el agua dulce se ahoga ante tanta sal belicosa. Luego sus olas, a contracorriente, aplastándose primero contra los pilares del puente de la Zurriola y del puente Santa Catalina, se amansan más allá del puente María Cristina. Aun así, siguen sacudiendo el río, agitándolo ahora más por lo hondo, haciéndolo ondular como los movimientos peristálticos de un vientre hasta el puente de Mundaiz e incluso sin duda más arriba. Se detuvieron en medio del puente y, mientras contemplaban un momento la guerra que libraban abajo lo insípido y lo salado, mientras Delahaye recordaba fugazmente que nunca había aprendido a nadar, cruzó una idea por la mente de Ferrer.

Bien mirado, podría deshacerme de usted, de una vez por todas, dijo suavemente pero sin pensarlo de verdad. Podría ahogarle, por ejemplo, no me costaría nada. Sí, incluso tal vez debería hacerlo, con todas las putadas que me ha hecho. Como Delahaye objetara precipitadamente que semejante iniciativa sólo podría crearle trastornos a su autor, Ferrer le hizo observar que, dado que había desaparecido ya de manera oficial, aquella desaparición pasaría por fuerza totalmente desapercibida.

Le dan a usted por muerto, argumentó, no existe ya legalmente, era lo que quería, ¿no? Así que ¿a qué me expongo liquidándole? Matar a un muerto no es ningún crimen, supuso, ignorando que reproducía el razonamiento que ya le impusiera Delahaye a Fletán. Hombre, dijo Delahaye, no iré a hacer eso. No, reconoció Ferrer, no lo creo. Por otra parte, tampoco sé muy bien cómo hacerlo, no estoy muy versado en esas técnicas. Ahora, reconozca que lo tiene jodido. Lo reconozco, dijo Delahaye, controle su vocabulario pero lo reconozco.

Con todo aquello no se adelantaba gran cosa, de modo que callaron durante uno o dos minutos, a falta de argumentos. Ferrer se preguntaba qué le había llevado a expresarse tan groseramente. A ratos una ola más fuerte se estrellaba con estrépito contra un pilar del puente, proyectando franjas de espuma sobre sus zapatos. Las farolas en forma de pan de azúcar del puente María Cristina difundían una luz confidencial. Río arriba, se divisaban las de la Zurriola, que tienen forma de cucurucho de helado de tres o cuatro bolas, pero iluminan más.

Bueno, imaginó pausadamente Ferrer, podría ponerle en un buen brete por robo o estafa, abuso de confianza, qué sé yo. Pero ya el robo es ilegal. Supongo que fingirse muerto tampoco es tremendamente legal, ¿no? Lo ignoro, aseguró Delahaye, no me he informado mucho sobre ese punto. Además, ya puestos, dijo Ferrer, supongo que no se habrá limitado a eso, imagino que aparte habrá otras cosillas un tanto turbias. Pensando en el infeliz destino de Fletán, Delahaye se abstuvo de comentar semejante conjetura. Bien, dijo, me ha salido mal. Bien, sí, me ha salido mal, son cosas que pasan. Pero ¿qué haré ahora? ¿Ha pensado usted en eso? Porque, al final, quien se lleva el gato al agua es usted, agregó descaradamente, a ver, si no, quién sale ganando aquí.

Ferrer, entonces, empujó a Delahaye contra la barandilla, lo insultó al principio de manera inaudible y empezó a apretarle el cuello irreflexivamente. Cacho mariconcete, exclamó a continuación con voz más nítida y perdiendo todo comedimiento, pese a haberse reprochado instantes antes el haber pronunciado aquella noche demasiadas groserías, desgraciado, capullo de mierda, en tanto que el otro, con la cabeza inclinada sobre el río espumeante, tras intentar soltar también alguna que otra grosería mezclada con protestas, tan sólo barboteaba que no, no, por favor, no.

Hasta ahora no hemos encontrado el momento, pese a que llevamos casi un año tratándolo, de describir a Ferrer físicamente. Como sea que esta escena un poco violenta no se presta a una larga digresión, no nos eternicemos en ella: digamos rápidamente que es un cincuentón bastante alto, moreno de ojos verdes, o grises según el tiempo, digamos que no es mal parecido, pero precisemos que, no obstante sus problemas de corazón de todo tipo y con no ser especialmente fornido, sus fuerzas pueden multiplicarse cuando pierde los estribos. Lo cual parece estar sucediendo.

Desgraciado, capullo de mierda, continuó, así pues, profiriendo mientras oprimía peligrosamente la glotis de Delahaye, miserable estafador de los huevos. Pasaban coches por el puente, pasó un barco de pesca por debajo con las luces apagadas, cuatro peatones que no prestaron atención a la pelea surgieron fugazmente en la acera de enfrente, nadie se detuvo pese al alboroto y aunque la cosa amenazaba con acabar mal. No, farfullaba ahora Delahaye, por favor, no. Cállate, gilipollas, cállate, profirió

Ferrer con violencia, te ahogo, hijo puta. Y cuando el otro empezaba a tener convulsiones, Ferrer sintió que le latían frenéticamente las carótidas detrás del ángulo de la mandíbula con tanta precisión como él había notado sus propias arterias, unos meses antes, mientras le hacían el ecodoppler. Pero hostia, se preguntó entonces, ¿por qué me habrá dado esta noche por jurar de esta manera?

Luego los días transcurrirían, a falta de alternativa, en el orden habitual. Primero sería un día entero de coche, ya que Ferrer había decidido regresar a París sin prisas. Haciendo una larga parada para comer cerca de Angoulême, permitiéndose un rodeo sin intención turística especial, tan sólo para poder recapitular y hacer planes. En el coche, a falta de sistema RDS, se veía obligado a modificar cada cien kilómetros la longitud de onda de las emisoras en frecuencia modulada. De todas formas, las escuchaba sin prestar apenas atención y a bajo volumen, pues la radio se limitaba a hacer de banda sonora de la película de las últimas veinte horas, que Ferrer se proyectaba retrospectivamente.

Con Delahaye las cosas habían sido casi demasiado fáciles. Tras un instante de ira, Ferrer se había calmado y habían terminado negociando. Delahaye, desconcertado, estaba acorralado por todos los lados. Como había depositado grandes esperanzas en la venta clandestina de las antigüedades, había gastado una enorme cantidad de dinero, y en unos meses se le habían ido todos sus ahorros en hoteles con encanto y ropa de lujo: en aquel momento no le quedaba prácticamente un céntimo. Sus esperanzas se habían visto desbaratadas por la aparición de Ferrer, quien, una vez recobrada la calma, se lo había llevado a un bar para proponerle un arreglo. Habían discutido más serenamente y habían analizado el futuro. Ferrer volvió a hablarle de usted a su ex ayudante.

Ahora, a falta de algo mejor, Delahaye deseaba conservar humilde y definitivamente el apellido Baumgartner, que tantas intrigas le había costado: con él haría, pues eso, lo que pudiera. Y es que le había costado un ojo de la cara, la documentación falsa bien hecha es carísima, y echarse atrás resultaba ya imposible. Pero aun así había intentado negociar: a cambio de una indemnización codificada, aceptaría indicarle el lugar donde estaban guardadas las antigüedades. Pese a que sus exigencias se le antojaron irrisorias, Ferrer se dio el gustazo de revisarlas a la baja, aceptando abonarle un poco menos del tercio de la cantidad solicitada, con lo que, aun así, Delahaye podía pasar holgadamente una temporada en el país extranjero, a ser posible de divisa débil, que eligiera. Como el otro no se hallaba en condiciones de regatear, la cosa había quedado así. Al final se habían despedido sin odio, y Ferrer llegó a París al anochecer.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo, ateniéndose a las indicaciones de su ex ayudante, fue ir a Charenton a recuperar los objetos, alquilar una gran caja de seguridad en el banco y apresurarse a depositarlos en ella, tras asegurarlos debidamente. Hecho lo cual, por la tarde, acudió al despacho de Jean-Philippe Raymond para recoger el peritaje definitivo y, nada más llegar allí, Ferrer se tropezó de frente con Sonia. Siempre la misma con sus Bensons y su Ericssons, que Ferrer no

podía evitar asociar con el Babyphone. La joven pareció examinarle con indiferencia pero, mientras la seguía por el pasillo que llevaba al despacho de Raymond, se volvió bruscamente y empezó a reprocharle con inquina el que no hubiera vuelto a llamarla. Comoquiera que Ferrer no acusara esa observación, se puso a insultarle sordamente y, cuando Ferrer intentó una maniobra de diversión escabullándose hacia los servicios, se metió con él y se arrojó en sus brazos y ah, dijo, poséeme. Como él se resistiera tratando de hacerle ver que no era lugar ni momento, reaccionó con violencia e intentó arañarle y morderle y luego, abandonando toda compostura, desabrocharle el pantalón con vistas a vete a saber qué, no te hagas el inocente, de sobra sabes el qué. Sin embargo, vaya usted a saber por qué, Ferrer se resistió. Tras lograr restablecer un poco de calma, pudo sustraerse a esos diversos tratamientos, no sin experimentar toda una amalgama de sensaciones. Menos mal que un poco más tarde, de regreso a la galería, resultó que en su ausencia las cosas parecían haber evolucionado a mejor. El negocio parecía recobrase un poquito, aun así, durante toda la tarde, a Ferrer le costó mucho concentrarse.

Sonia no era desde luego la solución, pero Ferrer, hombre a quien, como sabemos, le cuesta vivir sin mujeres, intentó a partir del día siguiente resucitar algunas aventuras. Eran amores potenciales, flirteos postergados, expedientes abandonados antaño, dossieres en curso, asuntos pendientes que presentaban más o menos interés. Pero ninguno de sus intentos llegó a buen término. Las personas que hubieran podido animarle no estaban a mano, por vivir fuera o tener ocupaciones fuera. Sólo las de interés menor parecían resucitables; sin embargo, ahora era él quien no tenía demasiado interés.

Quedaba, claro está, Hélène, aunque Ferrer dudaba ante la idea de reiniciar el contacto con ella. No había vuelto a verla desde el día en que se maquillara, luego él había salido disparado hacia España, y seguía sin acabar de saber cómo comportarse con ella ni qué pensar. Demasiado lejana y próxima a la vez, ofrecida y fría, opaca y lisa, dejaba demasiado pocos asideros que permitieran a Ferrer aferrarse rumbo a no se sabía qué cima. Aun así se decidió a llamarla, pero, incluso con Hélène, no pudo conseguir una cita hasta al cabo de una semana. Transcurrida ésta, tras desechar tres veces la idea de anular esa cita, todo se desarrolló según el proceso desesperadamente habitual, quiero decir que cenaron juntos y luego se acostaron, no fue un éxito total pero lo hicieron. Luego volvieron a hacerlo. La cosa funcionó un poco mejor, de modo que insistieron hasta que no estuvo tan mal, máxime porque entre coito y coito empezaron a hablar más relajadamente, incluso llegaron a reírse los dos: avanzábamos, parecía que avanzábamos.

Ahora sigamos avanzando, aceleremos. Durante las semanas siguientes, Hélène no sólo pasa cada vez más tiempo en la rue d'Amsterdam, sino que acude cada vez más veces a la galería. Muy pronto tiene un doble de las llaves del piso, muy pronto

Ferrer no renueva el contrato a Elisabeth y naturalmente pasa a sucederle Hélène, que hereda también las llaves de la galería devueltas por Suzanne ante el Palacio de Justicia.

Hélène aprende bastante rápido el oficio. Adquiere tan consumadamente el arte de limar asperezas que Ferrer deja en sus manos, al principio a media jornada, lo esencial de las relaciones con los artistas. Se encarga por ejemplo de supervisar cómo evoluciona el trabajo de Spontini, de levantarle la moral a Gourdel o de moderar las pretensiones de Martinov. Este papel es tanto más necesario cuanto que Ferrer anda muy absorbido por la gestión de las antigüedades recobradas.

Muy rápido y del modo más natural, sin que siquiera haya sido necesario hablarlo mucho, Hélène se ha instalado en la rue d'Amsterdam y, como sea que los negocios funcionan cada vez mejor, trabaja ya a tiempo completo en la galería. Da la impresión de que los artistas, en especial Martinov, prefieren tratar con ella que con Ferrer: es más tranquila y tiene más mano izquierda que él. Cada noche le da el parte en la rue d'Amsterdam de las incidencias del día. Pese a que en ningún momento han formulado abiertamente el proyecto, la cosa empieza a cobrar visos de vida en pareja. Se los ve, por las mañanas, ella ante su café y él ante su té, hablando de números y de publicidad, de plazos de fabricación, de intercambios con el extranjero, y acabando por bajar definitivamente el pulgar en lo que respecta al presupuesto de los artistas plásticos.

Por otra parte, Ferrer está estudiando ya la posibilidad de mudarse. Empieza a ser perfectamente posible. Los objetos hallados en el *Nechilik* han reportado considerables beneficios y, además, el mercado se está recuperando de nuevo estos últimos tiempos, el teléfono vuelve a sonar, los coleccionistas vuelven a abrir un ojo de saurio, los talonarios emergen como gobios de sus bolsillos. La supresión de los artistas plásticos no ha generado pérdida alguna, al tiempo que Martinov, por ejemplo, despega hacia un estatuto de pintor oficial: le encargan vestíbulos de ministerios en Londres y entradas de fábrica en Singapur, telones y plafones de teatro en todas partes, su obra es objeto de cada vez más retrospectivas en el extranjero, funciona, la cosa funciona. Beucler y Spontini, primeros sorprendidos, empiezan a consolidar firmemente su audiencia, e incluso Gourdel, por el que nadie daba ya un real, vuelve a vender un poco. A tenor de tan gratos beneficios, Ferrer considera que pueden, que deben, que van a mudarse de piso. Nada le impide comprar, de modo que van a ponerse a buscar algo más grande, algo tirando a nuevecito, un ático que acaban de construir en el distrito VIII y que estará terminado la primera quincena de enero.

A la espera de que acaben de perfilarse todos los detalles de la nueva casa, han empezado a recibir gente en la rue d'Amsterdam. Organizan cócteles, cenas, invitan a coleccionistas como Réparaz, que acude con su mujer, a críticos de arte y a colegas galeristas, una noche incluso invitan a Supin que, por su parte, acude con su novia.

Para agradecerle su colaboración, Ferrer le obsequia solemnemente con una pequeña litografía de Martinov —Hélène ha convencido a éste de que se lo ceda a bajo precio—. Supin, emocionadísimo, asegura primero que no puede aceptarla pero acaba marchándose con la obra embalada bajo un brazo y su novia cogida del otro brazo. Corre el mes de noviembre, el aire es seco y el cielo azul, todo perfecto. Cuando no invitan a nadie, a veces salen a cenar, tras lo cual van a tomar una copa al Cyclone, al Central, al Soleil, bares donde suelen encontrarse con gente del ambiente, los mismos colegas galeristas o críticos de arte a quienes habían invitado la antevíspera.

Durante las semanas siguientes, hasta final de mes, Ferrer se cruza a veces casualmente, de cerca pero sobre todo de lejos, con algunas de sus parejas anteriores. Un día ve a Laurence esperando como él a que se ponga el semáforo en rojo, al otro lado de un paso cebra por la zona de la Madeleine, pero Ferrer, que recuerda su conflictiva separación, prefiere que no le vea y se desvía para cruzar en un semáforo cercano. Otro día, en la place de l'Europe, le llega de súbito un efluvio a Extatics Elixir y lo respira con circunspección, pero sin poder identificar a la que camina delante. No está seguro de que sea Bérangère, pues, a lo que parece, las abonadas a este perfume se han multiplicado últimamente. Se abstiene de seguir la estela olfativa, que de todas formas nunca le ha gustado, la evita incluso eclipsándose en dirección contraria.

Una noche, cuando entraba a tomar una copa con Hélène en el Central, Ferrer se topa con Victoire, a quien no ha visto desde principios de año. No ha cambiado mucho de aspecto, aunque lleva el pelo más largo y sus ojos son más distantes, como si su objetivo hubiera retrocedido para abarcar un campo más amplio. Cambian unas palabras insustanciales, Victoire parece ausente, pero dirige a Hélène, que se aleja —os dejo un momento, dice Hélène— una sonrisa de esclava libre o de conquistadora vencida. No parece al tanto de la desaparición de Delahaye. Ferrer le facilita, acompañada de una sonrisa desolada, la versión oficial, luego la invita a un vaso de vino blanco seco y se retira junto a Hélène.

Por esa época, Ferrer lo prepara todo con Hélène con vistas a su instalación: su habitación común y la de cada uno de ellos cuando prefieran dormir solos, hay que preverlo todo, los despachos y las habitaciones de invitados, la cocina y los tres cuartos de baño, la terraza y cuartos anejos. Ferrer acude varias veces por semana a visitar las obras. Camina por el cemento pelado, respirando el polvo de yeso que se pega al paladar, al tiempo que proyecta los acabados y las pinturas, colores de las cortinas y combinaciones de muebles, sin prestar atención al agente inmobiliario, que tropieza y se da contra las viguetas, desplegando planos inexactos. Hélène, esos días, prefiere no acompañar a Ferrer. Se queda en la galería y atiende a los artistas, especialmente a Martinov, a quien conviene vigilar de cerca, porque un éxito es algo tan frágil, requiere una atención tan constante, es un trabajo de cada segundo,

mientras Ferrer, desde la terraza de su futuro y lujoso ático, contempla cómo se acercan las nubes.

Esas nubes ofrecen un aspecto malévolos, alineadas y organizadas como un ejército profesional. Por lo demás, el tiempo acaba de cambiar bruscamente como si el invierno se impacientase, anunciándose de un humor de perros y atropellando al otoño con amenazadoras borrascas para ocupar su sitio lo antes posible, eligiendo uno de esos días de noviembre para, en menos de una hora, despojar estruendosamente a los árboles de sus hojas encogidas y reducidas al estado de recuerdos. Climatológicamente hablando, cabe esperar lo peor.

Había llegado el invierno, y con él el fin de año, y con éste su última noche, en vista de lo cual, previsoramente, todo el mundo se había dedicado a invitarse los unos a casa de los otros. Tiempo atrás, la perspectiva de dicha velada ponía siempre a Ferrer un tanto nervioso, pero en esta ocasión no, en absoluto. Se había organizado bien, y tenía previsto llevar a Hélène a casa de Réparaz, donde se celebraba una recepción de campanillas: acudiría un montón de gente, con doce orquestas y catorce buffets, trescientas celebridades procedentes de todas las esferas y dos ministros a los postres, todo aquello amenazaba con ser bastante distraído.

La noche del 31, poco antes de que dieran las noticias en la televisión, Ferrer estaba exponiéndole sonriente ese programa a Hélène cuando llamaron a la puerta y se presentó el cartero, acompañado de un ayudante de cartero, los cuales pasaban para los aguinaldos con su lote de calendarios que representaban los inevitables perros en muestra, gatos dormidos, pájaros en una rama, puertos de mar y picos nevados, vaya, que había donde elegir. Claro, dijo Ferrer con entusiasmo, pasen, pasen.

Hélène parecía de acuerdo en pronunciarse con él acerca del motivo del calendario, se decidieron por dos ramos de flores por ambas caras, uno por semestre, y Ferrer, de excelente humor, les dio a los carteros el triple de las propinas habituales. Los carteros, encantados, desearon a la pareja toda la felicidad posible, Ferrer los oyó comentar el evento en la escalera mientras cerraba la puerta, pero, una vez hecho eso, Hélène anunció que tenía algo que decirle. Claro, dijo Ferrer, ¿qué ocurre? Bueno, dijo ella, ocurría que, tras haberle dado vueltas, prefería no ir a la fiesta de Réparaz. Martinov organizaba también algo con una docena de amigos en su nuevo taller, fruto de todas sus ventas recientes y de una superficie más apropiada para su cotización actual y, pues eso, prefería ir allí. Si no te importa.

En absoluto, dijo Ferrer, como quieras. Eso sí, sería un tanto delicado dadas sus relaciones con Réparaz, pero ya se le ocurriría algo, no le sería difícil excusar su asistencia. No, es que no es eso, dijo Hélène apartando la vista, no es eso lo que quería decir. Bien pensado, sería mejor que fuera ella sola. Y al ver que Ferrer hacía una mueca y fruncía el ceño, escucha, dijo Hélène volviéndose hacia él, escúchame. Le explicó pausadamente que había meditado. Que aquel piso nuevo. Todos aquellos muebles. La perspectiva de vivir juntos con todo aquel cielo encima de ellos, no acababa de verlo. No estaba muy segura de estar preparada, necesitaba meditar, tendrían que volver a hablarlo. No digo que haya que mandar a paseo todo esto, sabes, digo que me gustaría pensármelo. Y que lo hablemos dentro de unos días. Bien, dijo Ferrer, examinando la punta de sus zapatos nuevos —nuevos, desde hacía unas semanas, lo eran todos sus zapatos—, bien, conforme. Eres muy amable, dijo Hélène, voy a cambiarme. Ya me contarás cómo ha ido en casa de Réparaz. Sí, dijo

Ferrer, no sé.

Hélène se marchó un poco pronto, pensó Ferrer, para ese tipo de velada. Al quedarse solo y dar un par de vueltas por la estancia, encendiendo el televisor para apagarlo al instante, Ferrer maldijo espontáneamente a Feldman por haberle prohibido fumar. Luego hizo sin convicción tres o cuatro llamadas que, aquel día de fiesta, abocaron en otros tantos contestadores automáticos. No le apetecía ya mucho ir a casa de Réparaz, quien había simpatizado con Hélène desde que trabajaba en la galería, y a quien a buen seguro sorprendería su ausencia. Como evidentemente no había previsto otra cosa para la noche, era un poco tarde para improvisar una solución de recambio. Aparte de que, tras haber rechazado otras invitaciones, telefonar ahora con tono desenvuelto para presentarse en una casa a falta de algo mejor parecía delicado: también allí se extrañarían y le harían preguntas a las que no tendría la menor gana de contestar.

Continuó haciendo llamadas, ésta vez bastantes más, pero se vieron coronadas por el mismo resultado. Metió un disco en el lector de compactos, bajó de inmediato el volumen; luego cambió de disco pero cortó el sonido para encender el televisor y quedarse de pie delante larguísimo rato, sin cambiar de cadena ni enterarse de lo que veía. Permaneció también de pie unos minutos delante de la nevera abierta, en el mismo estado de anonadamiento y sin coger nada. Al final, dos horas más tarde, lo tenemos bajando por la rue de Rome, hacia la estación de metro Saint-Lazare, desde donde hay línea directa hacia Coirentin-Celton. Los 31 de diciembre, a eso de las once, los metros no van muy cargados. No es raro encontrar asientos totalmente disponibles al gusto de Ferrer, que es plenamente consciente de elegir en aquel momento, quizás, la peor de las soluciones posibles.

Ferrer sabe que Suzanne, a quien abandonó exactamente hace un año menos dos días, es una gran experta en cuestión de Nocheviejas. Sabe también que se expone a lo peor y que ese lo peor estaría justificado, y sobre todo sabe que Suzanne puede reaccionar muy violentamente al verlo, que todo eso es en extremo arriesgado. Incluso tiene visos de operación suicida, pero parece que eso a Ferrer le trae sin cuidado, como si no tuviera otra cosa que hacer, sé que es una estupidez pero lo hago. Y además, quién sabe, puede que Suzanne haya cambiado, puede que se haya civilizado desde su primer encuentro. Es que ha sido siempre de una violencia neolítica y Ferrer se pregunta a veces si no la abordó en la boca de una caverna. Suzanne, sosteniendo una maza y con un hacha de sílex en el cinto, vestía aquel día un traje sastre de ala de pterodáctilo bajo una trinchera cortada con párpado de ictiosaurio, y tocada con una uña de iguanadón que se ajustaba a su cabeza. Luego las cosas no habían sido fáciles durante cinco años, había habido que batallar mucho, pero quizás las cosas habían evolucionado, ya veríamos.

La casa, en cualquier caso, había cambiado un poco de aspecto. El buzón, al igual

que el picaporte del portal, estaba repintado de rojo, la etiqueta no ostentaba ya el apellido de Ferrer ni el apellido de soltera de Suzanne. Se veía luz en todas las ventanas, daba la impresión de que ahora ocupaban la casita nuevos inquilinos que estaban celebrando la Nochevieja. Ferrer, desconcertado, permaneció unos minutos junto al portal, sin tener la menor idea ni de lo que iba a hacer ni de lo que le apetecía hacer, cuando se abrió la puerta de la casa, liberando una música a todo volumen al tiempo que a una joven que permaneció en el umbral, sin pinta de querer irse y, según todas las apariencias, sólo para tomar un rato el aire.

Parecía una chica bastante simpática y, al verle, le hizo un gesto sonriente. Tenía un vaso en la mano y entre veinticinco y treinta años, no estaba tan mal, recordaba un poco a Bérangère en un poquito menos guapa, no cabía descartar que estuviera ligeramente borracha pero sólo ligeramente, qué menos en ese tipo de fiestas. Comoquiera que Ferrer permanecía agazapado junto al portal, se dirigió a él, ¿es usted amigo de Georges? Ferrer, un tanto apurado, tardó en contestar. ¿No estará ahí Suzanne, por casualidad?, terminó preguntándole. No lo sé, dijo la chica, no he visto a ninguna Suzanne, pero puede que esté, hay bastante gente, no los conozco a todos. Soy hermana de uno de los socios de Georges, acaba de mudarse aquí. La casa no está mal, pero hace calor ahí dentro. Sí, dijo Ferrer, tiene buena pinta. ¿Quiere pasar a tomar una copa?, propuso amablemente la chica.

Tras ella, por la puerta abierta, Ferrer veía la entrada recién pintada, muebles distintos, una lámpara de araña desconocida, láminas colgadas o prendidas con chinchetas en la pared, que no encajaban ni con Suzanne ni con él. De acuerdo, contestó, pero no quiero molestar. Qué va, dijo sonriendo la chica, pase usted. Lo siento, dijo Ferrer, créame que no lo había previsto. Sería un poco complicado de explicar. Da igual, dijo la chica, si yo misma estoy aquí por casualidad. Ya verá, hay gente bastante divertida. Vamos, entre. Bueno, dijo Ferrer, pero sólo me quedo un rato, de verdad. Me tomo una copa y me voy.



El escritor francés **Jean Echenoz** (Orange, 1947) está considerado como la mayor esperanza de las letras francesas y el primer autor post-nouveau roman. Ha publicado las siguiente novelas, *El meridiano de Greenwich* (1979), su primera novela, *Cherokee* (Premio Médicis, 1983), *La aventura malaya* (1986), *Lago* (1989), *Nosotros tres* (1992), *Rubias peligrosas* (1995), *Un año* (1997), *Me voy* (Premio Goncourt, 1999), *Al piano* (2004), *Ravel* (2006), *Correr* (2008) y *Relámpagos* (2010). Novelista de lo inexplicable, admirador de Nabokov, Queneau, Flaubert y Faulkner, maestros del arte de la distanciaci3n, sus novelas suelen situarse fuera de Francia, imponi3ndonos un estilo desconcertante, casi maravilloso, apartado de presiones psicol3gicas y de nostalgias.

Echenoz domina el inimitable arte de desarrollar personajes encerrados en lo que hacen, obnubilados por su meta hasta olvidar en ocasiones al mundo y a quienes los rodean.

Notas

[1] Frac y Fnac, instituciones francesas que se ocupan de la compra de obras de arte. Frac: Fonds regional d'action culturelle. Fnac: Fonds national d'action culturelle. (*N. del T.*) <<